

F L O R E A L

A R M A N D S I L V E S T R E

I

Era la mañana del 30 floreal, una mañana radiante en la estación del año en que la frescura de las noches huye pronto ante los primeros alientos tiernos de la aurora, en uno de esos jardines que, por encima de sus altas tapias y de sus verjas, ponían en aquel tiempo un nivel de verdor en las orillas de la isla, de San Luis.

Acababa de apuntar el alba, repartiendo al principio una pelusa de cisne en el Sena dormido y desarrollándose después en pálidas rosas, pronto atravesadas, como por agujones de abeja por los primeros rayos del sol, todavía bajo el horizonte. Pero París no se había despertado bajo aquella caricia de la blanca luz teñida después de oro claro.

Transcurría el año VII, con las alegrías furiosas del Directorio, y los ciudadanos prolongaban mucho sus veladas placenteras y ruidosas. Mientras que las músicas acababan apenas de callarse en los bailes públicos, en el río y entre los desgarrados palos de los fuegos artificiales, corrían aún llamitas rojas. París, a quien thermidor había librado, no ha-

bía vuelto a ser la ciudad laboriosa, madre de tantas obras maestras. Respirábase en él como un aire de locura en el que apenas se distinguía un poco de heroísmo a la nueva de las victorias.

Pero la Naturaleza es más sabia, que nosotros. Aquel cansancio de fuera era recogimiento en el jardín de que hablo, al que las bellas claridades del Oriente en fiesta llegaban tamizadas por la profundidad de las arboledas, clavando en la arena de las calles y en los musgos mojados de rocío pequeñas notas de oro, vibrantes como alas de mariposa. Allí se asistía al despertar armonioso de los pájaros en la espesura, al imperceptible zumbido de los insectos en la hierba adiamantada, al estremecimiento de las alas que se despliegan, al vagido de las canciones que vuelan. Y en aquel murmullo delicado, rimado por la brisa del Sena, la antigua casa señorial, con las persianas cerradas, seguía silenciosa entre las altas tapias, que parecían agrietar las sombras de las ramas en redondas siluetas sobre un fondo iluminado y cortado de negro por la proyección oblicua de la cresta de la tapia, enguirnaldada de hiedra y enredaderas.

Aquel viejo hotel se llamaba todavía en el barrio el hotel de los Aubieres, aunque su nuevo propietario le hubiese, dado el nombre más pomposo de Palacio de la Igualdad. Habíanse abrigado en él durante mucho tiempo grandes recuerdos de raza, colgados de las paredes con los retratos de los antepasados, brillando bajo las vitrinas en restos de armaduras, muchas de las cuales habían sido traídas de las Cruzadas, floreciendo en reliquias de amor en las urnas cin-

celadas en que se guardaban anillos de boda piadosamente quitados de los dedos de los difuntos.

Todo allí había inspirado el heroísmo de las antiguas edades, la altiva tradición y la leyenda que los padres legan a los hijos escrita con la sangre de los soldados muertos en las grandes batallas. Un César de las Aubieres había caído en Pavía, un Gontrán de las Aubieres, en Rocroy. En cuanto al último que ocupó aquella morada, aquel a quien sorprendió la tormenta revolucionaria, no fue de los que transigieron y se marchó a la emigración, uno de los primeros con su mujer y su hijo único, un niño todavía, por lo que era particularmente execrado por los buenos patriotas, que sabían que había estado metido en las intrigas que los realistas fraguaban en el extranjero.

Sus bienes fueron vendidos, y he aquí por qué, en aquella hermosa mañana del 30 floreal, mientras que los pajarillos sacudían en sus picos trinos y gotas de rocío, el que, reposaba entre aquellas nobles murallas, detrás de los escudos esculpido en el corazón mismo de la piedra, era sencillamente el ciudadano Escévola Barigoule, un abogadillo venido del fondo del Ariège y que había, hecho fortuna en París con poco honradas y fructuosas operaciones, en un tiempo en que los que tenían que salvar su cabeza descuidaban la vigilancia de la caja. Nuestro hábil personaje había pescado sin escrúpulo en el agua revuelta de aquellas horas graves, y como había hecho siempre mucho ruido con su patriotismo, numerosos cándidos se felicitaban de que los bienes hubiesen caído en tales manos. No era por lo menos un hombre

perverso el tal Barigoule -los verdaderos perversos son tan escasos que resultan casi preciosos,- ni tenía que acusarse de la muerte de nadie; pero había sabido heredar a muchas personas que no le habían designado voluntariamente para tal cosa. Pequeño, rechoncho, con una verdadera brasa plantada en medio de la cara entre dos ojillos grises y relucientes como cabezas de clavo, era un personaje en el que lo odioso estaba sensiblemente dominado por lo ridículo. Era de los que, habiéndose enriquecido antes de thermidor, encontraban que, thermidor venido, era tiempo de que la propiedad volviese a ser sagrada y la sociedad aristocrática, como conviene a la riqueza. Se había guardado muy bien de hacer raspar las armas de los Aubieres en las paredes de su propiedad, y después de haberlas dejado prudentemente invadir por el musgo, las había resucitado de repente y no le faltaba nada para creer que, se habían vuelto suyas. Había tomado de pronto maneras de noble que hubieran asombrado a los mismos servidores de los antiguos dueños del hotel. Tenía pretensiones de hacendista y de hombre ingenioso, quería pasar aún por galán, y, viudo hacía tiempo, hubiera hecho sin duda la vida menos edificante en su propia casa, a no haber tenido a su lado a su hija Angela.

Una rosa silvestre perdida en el espesor de las malezas, Angela Barigoule era, por su naturaleza exquisita, un vivo contraste con aquel grosero temperamento de advenedizo. Habiendo perdido su madre muy joven y no habiendo tenido por guía más que un padre absorbido por los bonitos negocios que ya sabemos, Angela se había formado sola con

arreglo a sus inclinaciones, como una planta en la tierra, que crece en el sentido en que la atrae el sol. De esa educación instintiva y original había salido un desarrollo singular de gustos nobles y elevados y de aptitudes amables y recogidas. No había caído en ella ninguna sombra, o, al menos, no la había penetrado y corrompido, de los ejemplos lamentables que acumulaba ante sus ojos la tontería paternal. Llena de indulgencia y de buen sentido, ignoraba de esa tontería cuanto le era posible, sin permitirse juzgar a aquel extraño protector. Sin ser romántica ni mucho menos, tenía un soberano desprecio por los prejuicios, y, más instruida, acaso, de lo que llevaba consigo su edad -había tenido tiempo para meditar,- estimaba, que las cosas del corazón deben estar antes que las demás. Era de apariencia casi delicada, muy rubia, con lindos ojos azules que se profundizaban en el ensueño como el agua de un manantial en la imagen del cielo, pero no dejaba por eso de ser muy resuelta cuando llegaba la ocasión. Sin embargo, no exhibía su voluntad en las cosas pequeñas y parecía guardarla para alguna ocasión que, valiese la pena. Los verdaderos pacíficos son siempre así. Era dulce por costumbre, muy dulce, y, con mil beneficios delicados que repartía a su alrededor, hacía todo lo posible para que se perdonase la mal ganada opulencia de Barigoule, el cual tenía infinitamente más enemigos de lo que podía concebir su extremada satisfacción de sí mismo.

Además de unos cuantos domésticos insignificantes, Angela tenía un aya, la viuda Pitonnet, persona corta de alcances y todavía más sorda, que su padre había puesto a su

lado para cuidar de la propia popularidad, pues Pitonnet había sido en vida un buen patriota, y Angela la sufría. o parecía sufrirla por caridad.

Todo el mundo pues, dormía detrás de las persianas cerradas del hotel de los Aubieres en aquella mañana llena de sol que el río empezaba a salpicar de rubíes, y tampoco velaba nadie en los muelles, pues los mismos marineros dormían en el fondo de las barcazas amarradas a pesados anillos de hierro y dentro de sus camarotes de ventanitas de madera tejidas de enredaderas.

De repente, en aquel paraíso cerrado dentro de altas tapias que formaban los grandes árboles del jardín, una aparición singular, acompañada de un ruido de ramas rotas, interrumpió la canción de los pájaros e hizoles huir temerosos a las espesuras floridas. Dominando al principio con la cabeza el caballete de la tapia y apoyando en él las manos, un hombre se empinó vigorosamente sobre los codos, se inclinó hacia delante, montó una pierna y saltó con ligereza al suelo sobre la blanda tierra, donde su caída sonó apenas; solamente unas ramas azotaron de un rocío rosado en su cara, muy pálida un momento antes.

Podría tener veinticuatro años a juzgar por la juvenil expresión de sus facciones y por la extremada esbeltez de su talle. Era moreno, con bella y sedosa cabellera, y tenía una cara dulce y enérgica a la vez, con ese no sé qué profundamente simpático que tienen los que han sufrido. A pesar de la agilidad de su escalamiento, leíase en su aspecto cierto cansancio, y en sus primeras posturas de reposo, se leía el desa-

liento. Estaba muy sencillamente vestido de negro y, antes de saltar, había arrojado delante de él una pesada capa en la que debía de haberse envuelto para llegar al jardín. También con mucha destreza, había recogido a lo largo de la pierna, para saltar al suelo, una espada de puño de acero trabajado preciosamente que llevaba al costado. Después de levantar del suelo la capa, la puso en un banco y se sentó también en él. Quedóse un instante con la cabeza baja como si no tuviese valor para mirar alrededor suyo, pero cuando la levantó, paseó lentamente por todas partes una mirada en la que se leía una indecible emoción. Pareció entonces que se perdía en una vaga contemplación, deteniendo mucho tiempo los ojos aquí y allí, con imperceptibles movimientos de cabeza, como quien reconoce y recuerda.

De repente se levantó, anduvo al azar por los paseos como un hombre ebrio, se arrodilló delante de un tilo muy viejo y puso en su corteza los labios, que temblaron en un beso. En el río se puso a cantar un batelero, el primero que se había, despertado en la flotilla de la ciudad, una canción de amor en la que se trataba de un ausente que vuelve. El joven le escuchó, volvió a sentarse en su banco y escondió la cabeza entre las manos. Los, sollozos sacudieron sus hombros y las lágrimas, pasando entre los dedos, corrieron por sus manos finas como las de una mujer.

II

No era un ladrón, como el lector ha adivinado. El que así llegaba, casi con riesgo de la vida, y se deslizaba furtivamente, en el jardín de una casa habitada, era el último heredero del nombre de Aubieres, Roberto de las Aubieres, el niño a quien su padre había llevado a la emigración y que se había hecho un hombre. Conviene decir ante todo cómo se encontraba, en París, con desprecio de toda prudencia, estando comprendido en la proscripción, y en el lugar mismo en que menos debía de haberse olvidado su nombre. Al poco tiempo de su llegada al extranjero, Roberto perdió su madre, y el padre tuvo que asociarle a la vida un poco aventurera que él hacía en continuas conspiraciones, pues era uno de los enemigos más implacables entre los que el destierro había proporcionado a la Francia republicana. Roberto creció en aquel tumulto de esperanzas locas y de furiosas desesperaciones, en aquel desencadenamiento de odios y de rencores. Pero siendo él estudioso por naturaleza y gustándole la comunicación con los nobles espíritus del pasado, Virgilio, Tácito y hasta Ovidio el proscrito, la lectura asidua de los maestros le ha-

bía distraído noblemente de aquella lucha ruidosa le había hecho recogido en aquel ruido de pasiones y, aunque sin condenarle, huir de él instintivamente. Había conservado en sí mismo, a pesar de la memoria siempre sublevada de los crímenes, un amor ardiente a la Patria, una muda aspiración a aquella Francia maternal que combatía sola contra todo el mundo desencadenado y mezclaba a la sangre de tantos mártires la de tantos héroes. Ciertamente, no se hubiera atrevido a decir delante de su padre lo que pensaba en el fondo de su alma. Pero éste, sin adivinarlo, se alarmaba al no encontrar en su hijo el ardor que a él, siendo viejo le devoraba todavía. Miraba a Roberto como un ideólogo, y no le iniciaba ya en los secretos del partido.

El niño, pues, iba creciendo (tenía quince años cuando se marcharon) dedicado a la lectura de los filósofos, pero también a la de los poetas. Y a éstos era a quienes amaba más Roberto. En aquel aislamiento del destierro, en aquella vida de conspiraciones y derrotas, los poetas habían sido para él un consuelo y les había debido, por el respeto de sí mismo que inspira la poesía, el guardar inmaculada, fortificada e inviolable por las ternezas fútiles, el primer sentimiento de amor que, aun siendo adolescente, experimentó antes de salir de Francia. De naturaleza profundamente afectuosa y dulce, la belleza de la mujer, presentida por sus primeras impresiones, había sido para él objeto de un culto de religión y de ideal. La que había dejado en sus ojos esa imagen tan viviente y siempre adorada, que revestía en su mente esa especie de divinidad ante la cual se arrodilla eternamente la memoria,

había sido, aunque, unos años más joven que él, la amiga de sus primeros días. Roberto, en efecto, se había criado con Laura de Freneuse, hija de amigos de sus padres, y los proyectos de alianza para el porvenir se habían formado casi en sus cunas. No tenía Laura más que doce años cuando Roberto fue arrancado por su padre a aquella vida tan dulce de esperanzas oscuras en reales alegrías, y los pobres muchachos habían llorado tanto, que se los habían llevado como desmayados lejos el uno del otro. Pero el joven recordaba siempre el aspecto de señorita que tenía ya Laura, aquella hermosa cabellera negra que se posaba como dos alas sobre su frente, aquella linda sonrisa de flores que, se abren sobre la blancura de unos dienteitos como sobre gotas de rocío ; aquella mirada turbadora de unos ojos negros y dulces, en el fondo de los cuales, como en el de las fuentes, palpataba una arena de oro; y las inocentes gracias de su personilla ya adolescente, aquel dulce sueño bajo cuya claridad se había entreabierto el ala de su primer pensamiento de amor. Y el pobre proscrito seguía a través de la ausencia el desarrollo de esta visión en la juventud y en una gracia ya más seria. Cuando leía a Virgilio, era a Laura a quien veía en Galatea y en Nerea, a Laura con sus ojos constelados, con su cabello negro y con su sonrisa de rosa mojada.

Aquellas Gretchen de groseros encantos que se quería convertir en compatriotas suyas, le daban horror. Cuando más se sentía convertido en hombre, más firme era su voluntad de conservar a la señorita de Frenense todos sus juramentos y todas sus ternuras. Tenía una sed indecible de

volverla a ver. Y, sin embargo, ninguna noticia alimentaba aquella pasión tan verdadera, mezclada de tan lejos a la sangre de sus venas. El padre de Laura y el suyo habían regañado irremediabilmente en el momento de la separación. Freneuse, que caía un poco en las ideas nuevas, había censurado a su amigo el dejar Francia y exponerse, acaso, a dirigir sus armas contra ella. Aubieres había tomado mal el sermón y respondido a él tratando a su amigo de traidor al Rey. De este modo, aquellas dos manos que tan lealmente se habían estrechado durante un largo camino, se rechazaron para siempre la una a la otra. Y éste era para Roberto uno de los recuerdos crueles de aquella despedida.

Cuando thermidor resonó como un grito de liberación que se repercutía hasta más allá de la frontera, Roberto preguntó a su padre si no pensaba volver a Francia ; pero Aubieres le respondió que era como vencedor como pensaba entrar un día en ella. Roberto, entonces, pensó mucho. Se había dicho, sin embargo, ignorando la locura popular, que Francia debía ser bella, que la tierra debía en ella sonreír, aliviada de los patíbulos, que toda la sangre vertida había subido al corazón de las rosas, que, acabada la guerra civil, debían de hacerse, allí hermosos sueños de gloria y que la espada de los abuelos había debido de estremecerse en la vaina. Había pensado también que la patria tenía bien lavadas sus faltas con no pocas victorias; que no quedaba de la Revolución más que lo que tenía de grande, la libertad reconquistada; que París debía de estar hermoso al recibir la noticia de las batallas en que triunfaba Bonaparte con sus Jóvenes gene-

rales. ¡Ah! París, París... El señor de Freneuse debía de haber conservado sus bienes, puesto que se había unido a la causa popular. Pero Laura sobre todo : Laura debía de tener cerca de veinte años. ¿Le habría esperado? ¡Oh! Ciertamente. Todo era lealtad en aquella pobre niña que encontraría convertida en mujer. Pero él no tenía ya nada. Pero sus padres estaban regañados para siempre. ¡Qué importaba! La volvería a ver y le suplicaría que esperase a que él pudiese hacerse aún una posición en el mundo.

En aquel tiempo se era pronto glorioso con el valor. Y aquel sueño loco de volver a Francia, de ver a Laura, de recobrar al mismo tiempo su patria y su novia, llegó a ser en Roberto despótico e imperioso, Por última vez suplicó a su padre, pero éste respondió que estaba mal escogido el momento de volver a Francia, cuando los ingleses y los rusos, con los emigrados en sus filas, iban a aplastar a Francia. El alma del joven sintió al oírlo un estremecimiento de horror. Se separó del señor de las Aubieres, y, dos horas después, con papeles falsos que se había procurado hacía ya algún tiempo, pasó la frontera. A los diez días, después de haber dejado detrás de sí largas etapas en las que sus pies sangraron con frecuencia, llegaba a París. Roberto creyó que el corazón se le iba a parar en el pecho al pasar la puerta de Clichy, a la que había ido a terminar su camino y donde adquirió cierta seguridad cuando se comprobó por última vez su certificado de identidad.

Eran las cuatro cuando hizo en París aquella entrada llena de emociones. La tarde de primavera se terminaba en una

especie de feria que le dio al principio una impresión de domingo, aunque era viernes. En los arrabales se paseaba la gente, y se agrupaba alrededor de unos cantantes ambulantes que, subidos en toneles, cantaban canciones algo ligeras, jugaban a mil juegos y perdían alegremente en las loterías ambulantes. Los payasos hacían sus habilidades para los desocupados, y las tabernas estaban llenas de gente, entre la que se sentaban unas ciudadanas con trajes chillones en su pobreza. Roberto, que no esperaba aquel aspecto del nuevo París, sintió frío en el corazón ante aquella alegría que tanto contrastaba con las impresiones dolorosas de su espíritu, a través de su gozo profundo. Por que el joven se sentía también nervioso al pisar el suelo natal, pero con una nerviosidad enternecida.

Era el fin de un hermoso día, y el sol, al ocultarse detrás de la colina todavía frondosa de Boulogne, llenaba las calles de un gran brillo de luz en la que jugaba una multitud de muchachos como los gorriones que juguetean en el polvo. Roberto se detuvo un momento bajo un emparrado para refrescar y escuchó con curiosidad lo que se decía a su alrededor. No se hablaba palabra de la guerra y sí mucho, en cambio, de todas las diversiones de moda. Era aquello como una fiebre en todo el mundo. Cuando salió de allí para buscar un hotel, siguió zumbándole todavía mucho tiempo una charla insípida en los oídos. He aquí en lo que pensaba la Francia después de haber sacudido sus cadenas... He aquí las flores perversas que brotaban de toda la sangre vertida... Y cuando el joven bajaba hacia París y no era el sol más que

una sábana de oro pálido cortada por la sombra negra de las casas, oyó preludiar por todos lados los violines de las tabernas, en las que los faroles, en la indecisa claridad del día, ponían puntos rojos y temblorosos en una especie de niebla.

Creyóse entonces verdaderamente juguete de un mal sueño y se preguntó si el vino adulterado que había bebido se le habría subido a la cabeza. Las sombras descendían lentamente, y le pareció que un rebaño de fantasmas se agitaba alrededor de él en una insoportable carcajada. Los inconvenientes estribillos de los cantadores estaban en todos los labios y las mujeres le miraban como para arrastrarlo a aquella ronda irónicamente alegre en torno de su doloroso asombro.

Y aquel fue el primer desencanto de su sueño y la primera amargura de su regreso. Pero le consolaba el pensamiento de Laura, de Laura a la que vería sin duda al día siguiente. El señor de Freneuse vivía en la calle de la Universidad. Al día siguiente, muy temprano, después de poner en orden lo mejor que pudo su sumario atavío de viajero, Roberto se puso en marcha, latiéndole el corazón más que la víspera. Al atravesar el Sena, echó a pesar suyo una mirada hacia la isla de San Luis y sintió que las lágrimas subían a sus ojos. Pero se había jurado no enternecerse delante de aquellas ruinas. Yo estaba allí, por otra parte, lo mejor de lo que había perdido. Entre una ligera niebla, entre los dos puentes, se levantaba el pequeño promontorio ; pero arrancándose a sí mismo, el joven miró a otro lado.

Había llegado a la otra orilla y estaba en la calle de la Universidad. Delante de la casa del señor de Freneuse, había

un centinela, hablando alegremente con una muchacha que se había detenido; un soldado joven que hacía gozosamente su deber.

-¿Dónde va usted, ciudadano ?- Le preguntó otro soldado a caballo en una silla delante de la puerta, cuando Roberto quiso entrar por ella.

El joven nombró al señor de Freneuse.

-No le conocemos -le respondieron; -este es el alojamiento del general Harcoeur.

Preguntó si se podía hacer salir alguien de la casa, para preguntarle, pero no había allí más que militares. Entonces, con el pecho oprimido de angustia, miró a las casas próximas. Todas tenían el mismo aspecto que en otro tiempo, pero ostentaban todas insignias patrióticas que indicaban que habían cambiado de dueño.

Un poco más allá, en la esquina de la calle del Bac, había, sin embargo, una tiendecilla que le pareció la misma que en otro tiempo, y detrás de los vidrios creyó conocer una cara vieja, pues ya lo era cuando él se marchó, y Laura y él le compraban algunas cosillas porque era pobre y querían hacerle bien. Sintió un escalofrío y entró. Sí, era aquella vieja, más blanca solamente y más arrugada. La mujer le miró alarmada, y con ojos inciertos, que no parecían ya ver mucho a través de las pestañas largas y grises.

-¿Ha conocido usted a la familia de Freneuse? -le preguntó Roberto con voz temblorosa.

Pero la vieja le hizo seña de que se callara y se pintó en su cara un gran terror.

-Hable usted, señora, se lo suplico...

Entonces, aproximándose para hablar más bajo, la mujer le dijo :

-¿ No sabe usted, entonces?

El joven no se atrevía a preguntar más, y la vieja murmuró más que dijo:

-Guillotinado uno de los últimos.

Roberto se sintió invadido por un sudor frío y repitió maquinalmente:

-¡ Guillotinado!

La vieja movió la cabeza para decirle que había comprendido bien.

¿Su mujer... su hija?- siguió diciendo falto de aliento.

-Desaparecidas -respondió la vieja.

-¿Y no sabe usted?...

- ¡ Nada, nada! Y, además, nadie se todavía a decir...

¿Sabía algo y estaba aún bajo el imperio de un terror profundo por los acontecimientos que había visto y por las delaciones a que había asistido? ¿O no sabía nada verdaderamente? Roberto no pudo sacar nada en limpio. La mujer le dijo que se informase en la Municipalidad, y él echó a correr impaciente por andar; pero tropezando a cada paso. Allí le confirmaron la ejecución de Freneuse dos días antes de la caída de Robespierre. En cuanto a lo que había sido de la mujer y la hija del exnoble, se le hizo comprender que ese cuidado era indigno de los buenos patriotas. Todo lo que, pudo saber fue que los bienes de Freneuse habían sido religiosamente confiscados.

¿Dónde podían estar? Buscó en la memoria las señas de todas las personas con quienes los Freneuse estaban en relaciones de amistad o de negocios, y en todas partes encontró otras que no conocía. Si aquellas señoras hubieran podido salir de París, hubieran ido, ciertamente, a buscar a los amigos que tenían en la emigración y hubiera él oído hablar de ellas. Pero en París, ¿qué podía haberles sucedido más que morir de hambre? Tan gran desesperación se apoderó de Roberto, que el joven sintió desfallecer todo su valor.

Al día siguiente, sin embargo, empezó a buscar al azar, rogando a Dios que lo condujese y confiando en que le guiaría no se qué piedad del Cielo. Por todo París, siempre perseguido por la ruidosa, alegría de los transeúntes, solo en medio de todas aquellas risas y de aquellas canciones, sin que la tristeza fraternal de algún amigo se inclinase hacia la suya, anduvo errante, engañado por ilusiones siempre crueles, creyendo reconocer a cada paso a las que buscaba y alejándose en seguida más desesperado. ¡Ah! jamás Cristo subió un calvario más doloroso. Y en aquel camino del Gólgota iba sembrando sus últimos recursos con toda la sangre de su corazón. Pronto no le quedaría con qué comprar pan.

Llevaba ocho días sufriendo sin agotarla aquella angustia, cuando le pareció que estaba perdida toda esperanza. Por la tarde del último, pensó resueltamente que era inútil buscar más y que no le quedaba más que morir. Y pidiendo perdón a Dios en su alma de cristiano por el crimen que iba a cometer, se ocupó en buscar los medios de poner en ejecución su funesto designio.

En la firmeza de su resolución hubo una especie de enternecimiento, un ensueño que le hizo pensar un momento en la casa paterna, en el dulce nido de su juventud, donde su corazón había latido por primera vez. El joven pensó que la muerte sería menos cruel en aquel lugar donde había empezado a vivir y entre los recuerdos que verían sus ojos antes de cerrarse para siempre.

¡Quién sabe! las rosas de aquel jardín en que había jugado siendo niño tendrían, acaso, lágrimas para él, y los pájaros le cantarían muy bajito un supremo *De profundis*. El que estaba allí entonces sería, acaso, una buena persona que le haría enterrar en el panteón de los Aubierés, donde le esperaba su madre. Expresaría ese deseo en una esquela que se encontraría sobre él cuando se hubiera atravesado el pecho con una espada, porque quería morir como los soldados, de un agujero en el corazón y recibido por delante. Durante toda la noche se confirmó en ese doloroso pensamiento y en el deseo de procurarse ese supremo consuelo. En cuanto el alba puso un vapor blanco en el horizonte, Roberto pagó su habitación con el último peso, que dejó sobre la mesa, y salió.

He aquí por qué le hemos encontrado al comienzo de este relato en el jardín del hotel de los Aubieres, y le hemos dejado en un banco llorando sus últimas lágrimas.

Pasado aquel momento de debilidad, se levantó resueltamente, saludó con una suprema mirada a la antigua casa, que seguía con sus pupilas de madera cerradas, se despidió de los frondosos árboles cuyas profundidades se llenaban de sol, sacó la espada, se encomendó a la misericordia divina, y

ya apoyaba el puño en el suelo para precipitarse sobre la punta, cuando sonó un ruido muy cerca, entre las ramas. Instintivamente el joven recogió la espada y se escondió.

Por el lado opuesto a aquel por donde él había entrado, dominando al principio con la cabeza el caballete de la tapia y apoyando en él las manos, un hombre se empinó vigorosamente sobre los codos, se inclinó hacia adelante, montó una pierna y saltó con ligereza al suelo, repitiendo la propia pantomima de Roberto y precedido de una espada que recogió al llegar a tierra.

Después de lo cual el desconocido se puso mirar dolorosamente la casa y los árboles, lo mismo que el otro, a lanzar enormes suspiros, a sonarse melancólicamente, como lo hacen los que lloran, y a hablarse a sí mismo en voz baja como para animarse a alguna acción viril.

III

Era un muchachón de cabellera de un rubio paliducho y fisonomía extraña al principio pero simpática en último resultado. Su nariz, gruesa y larga, se remangaba con bastante gracia en el extremo. Sus ojos, muy vivos, chispeaban bajo unas cejas violentamente circunflejas, y el arco de sus labios era paralelo al de su barbilla, ligeramente puntiaguda. Era su aspecto un tanto desmadejado, y su cuerpo, anudado de un modo rudo en las articulaciones, respiraba un vigor símico. Iba vestido con una casaca roja y llevaba medias de color chillón, aunque todo él iba a la moda, la cual no era precisamente para los hombres de un gusto severo y exquisito.

Con estas trazas y mientras seguía hablando solo en voz baja y con grandes gestos, mirando de vez en cuando la espada que conservaba en la mano, trazaba cada vez más de prisa zancadas más y más largas en la arena de los paseos.

Roberto, que creyó al principio que se trataba del novio de alguna criada, experimentó un mal humor excesivo contra aquel intruso que iba a turbar su meditación dolorosa y a retardar la ejecución de su firme designio. El recién llegado pa-

seante seguía en su pantomima, cuando a Roberto se le ocurrió pensar que sería perfectamente ridículo que se le sorprendiese escondido, y salió resueltamente de la mata en que estaba oculto y empezó él también a pasearse de un lado a otro, aunque evitando al principio encontrar en sus círculos al desconocido.

Este, que no parecía asombrarse fácilmente, no se alteró y pareció que decía para su capote : «En el punto en que estoy, me es enteramente igual.» Hasta subrayó con una sonrisa el pensamiento, que hubiera podido ser éste : «¡Mejor! Cuantos más locos seamos, más nos reiremos.» Aquel doble paseo continuó unos instantes, durante los cuales cada uno de ellos demostró con sus gestos de impaciencia que esperaba que el otro se cansaría antes que él. Roberto, que veía correr el tiempo, resolvió apresurar el desenlace de una situación que empezaba a encontrar desagradable. Se adelantó hacia el intruso y le preguntó en tono poco amable :

-Dispense usted, caballero; ¿tiene usted la intención de permanecer aquí mucho tiempo?

-Mucho, ciudadano -respondió el otro. -¿Y usted ?

-¡Yo, siempre !-dijo Aubieres volviendo a su melancolía.

-Eso era lo que quería decir yo también, y tendrán que llevarme para arrancarme de estos lugares.

Roberto cerró los puños y dio unos pasos pero volviendo hacia el desconocido, que se ponía también tranquilamente en camino, le dijo con acento más irritado :

-¿ Sabe usted, caballero, que me está estorbando infinitamente?

-Con gran sentimiento mío iba a hacerle a usted el mismo cumplimento, ciudadano -replicó imperturbablemente el intruso.

Roberto sintió que su cólera crecía.

- Me tiene sin cuidado, caballero.

-Pues a mí me importa tres pitos, ciudadano.

Roberto se dio un golpe en la frente. Le ocurría una idea, una idea de genio en el apuro en que se agitaba su conciencia. Sabido es que aquel buen católico tenía horror al suicidio y temía por la salvación de su alma inmortal. Pero morir a manos de otro y en un combate en el que él no arriesgaría el matar a su adversario, era un recurso admirable que le ofrecía, inopinadamente la piedad del destino. ¡Un duelo con aquel desconocido! El joven sintió un alivio enorme por haber concebido ese plan. La ofensa no se retardó en sus labios, y, plantándose bien enfrente del inoportuno visitante, le dijo :

-¿Sabe usted, caballero, que es usted un necio y un impertinente?

El hombre de la casaca roja dio un salto. También él pareció que reflexionaba un instante y quedaba muy satisfecho del resultado de su meditación.

-¡ Vamos! -exclamó, -es un lance lo que usted quiere, ciudadano. Haberlo dicho antes ; estoy a su servicio. ¡En guardia! ¡En guardia!

Y con un ademán trágico, el desconocido hizo describir a su espada un semicírculo por encima de su cabeza y se apoyó sólidamente en las piernas ligeramente arqueadas.

Aubieres, bien enfrente de él, hizo otro tanto, después de haberse trazado en el pecho la señal de la cruz.

Entonces empezó el combate más extraordinario del mundo y como no creo que se hayan visto muchos parecidos. A cada movimiento de su adversario, el caballero presentaba el pecho apartando el arma, y cuando para excitar a éste, simulaba él un ataque, el desconocido se guardaba bien de parar y se descubría también lo mejor que podía. Roberto creyó al principio en una emoción que le quitaba hasta el instinto de la conservación y le hacía perder el juicio. Multiplicó sus falsos ataques, pero aquel tirador extraordinario parecía esforzarse por hacer que tuvieran éxito. Aubieres se paró en seco y le dijo :

-Pero, caballero, ¿quiere usted hacerme el honor de defenderse de mis estocadas? Van diez veces que abre usted mismo el camino a mi espada. ¿Es la primera vez que, coge usted una en la mano?

-Dispéñeme usted, ciudadano, pero soy de primera fuerza. Usted sí que se defiende mal o nada. ¿Es este, pues, su primer asalto?

-Llevo veinte años de sala de armas. Pero eso no le importa a usted. Hago lo que me acomoda.

-Y yo también. Volvamos, pues, a empezar; se lo ruego.

Y la pantomima continuó sin modificarse lo más mínimo. Por fin Roberto exclamó :

-Pero señor mío, ¿quiere usted hacerse matar ?

Sí, ciudadano -respondió imperturbablemente el obstinado.

-Desesperado está usted -murmuró melancólicamente Roberto ;-pero me niego en redondo a asesinarle.

Y yo le declaro a usted que no tiene que contar conmigo para desembarazarse de la vida.

El sol había subido mucho mientras ellos conversaban de ese modo y, rebosando por el caballete de la tapia entre la maraña de hiedra y enredaderas en que se encarnizaba el vuelo de oro de las avispas, la luz dibujaba en la arena grandes manchas en las que temblaban sombras flotantes y en las que el ala furtiva de los pájaros ponía extrañas puntuaciones copio en una escritura misteriosa. Una persiana se abrió en la casa, con un doble chasquido muy seco contra el muro: algún criado que se levantaba para comenzar su trabajo. Los dos combatientes comprendieron al mismo tiempo lo ridículo de aquella situación y el mal efecto que produciría su presencia en el jardín. Roberto, que conocía maravillosamente el sitio, se fue derecho y sin ruido hacia una poterna que se abría hacia dentro, y el desconocido le siguió maquinalmente. La puerta se abrió rechinando sus goznes y desgarrando algunas ramas, pues estaba condenada hacía mucho tiempo, y ambos se encontraron juntos en el umbral.

-Pase usted, caballero.

-Después de usted, ciudadano.

Cuando estuvieron fuera, en el muelle, los dos se miraron con curiosidad. No es un cobarde el que intenta morir de esa manera -pensaba Aubieres.- Un cualquiera no renuncia tan caballerescamente a la vida -pensaba su adversario de hacía un momento.

Aquel noble examen trajo a sus ojos una expresión de benevolencia recíproca. El desconocido admiraba sensiblemente la noble postura y los bellos signos de raza que marcaban la cara y los menores movimientos de Aubieres. Roberto sentía disiparse, un poco su melancolía ante la fisonomía irremediabilmente cómica del que había intentado el mismo fin heroico que él. ¿Podía alojarse tan trágica concepción en aquella frente un poco estrecha y tan graciosamente adornada de oro amarillo? El joven no podía imaginar a aquel divertido personaje caído con la dignidad de la muerte en la arena ensangrentada. ¿ Fue también la radiante alegría del paisaje urbano e inundado de luz en que estaban envueltos lo que arrojó de su mente aquel mal sueño? Ello fue que éste pareció desvanecerse. En sus labios apareció al mismo tiempo una sonrisa. El desconocido, que era el más hablador y el más comunicativo por Naturaleza, dijo :

-Ciudadano, me parece usted un valiente caballero.

Aubieres respondió con la misma cordialidad en el acento :

-Y usted, caballero, me parece un buen muchacho.

Estaban muy cerca el uno del otro, con una urbanidad ya casi afectuosa en su actitud. Un buen sol les bañaba la espalda, y una brisa, fresca todavía, les acariciaba la cara. El estremecimiento de la vida radiante estaba en todas partes : en el agua del río que chispeaba lentejuelas de plata en los árboles del parque que rebosaban por la tapia de piedra y en los que los pájaros habían recommenzado su concierto ; en la fuga ligera de las primeras barcas, dejando detrás de ellas una es-

tela azulada ; en el aliento de las rosas que las vendedoras ambulantes paseaban ya por fragantes carretadas; en las ventanas que se abrían por todas partes para beber un poco de aquel calor y de aquella claridad.

-Decididamente, está el tiempo demasiado hermoso para matarse -dijo el desconocido.

-Y sobre todo para matar a alguien a quien no se desea más que bien -respondió Roberto.

Una, tierna mirada del desconocido le dio las gracias por aquella amable frase. Los dos dieron unos pasos por el barrio hasta la esquina del puente.

-Si evitásemos ahora el morir de hambre... -dijo el nuevo amigo de Roberto. Conozco por aquí un delicioso merendero donde fríen a todas horas.

En otra ocasión cualquiera aquella proposición de un desconocido hubiera sublevado el orgullo original de Aubieres. ¿Cómo fue que, en lugar de mostrarse ofendido, hizo un gesto que más indicaba asentimiento que sorpresa? Sencillamente, porque Roberto acababa de pasar por una emoción terrible y estaba todavía en ese hermoso tiempo de la edad viril en que nuestros más grandes dolores están atravesados por aspiraciones triunfantes a la vida y a la esperanza. La bestia que hay en nosotros tiene a la nada un horror instintivo. Bajo aquel sol y en aquel encanto de la Naturaleza, Roberto se sentía dichoso de vivir, después de haber estado tan cerca de la muerte.

En nada habían cambiado sus ternuras y sus resoluciones amorosas. Pero se ofrecía un respiro a la angustia que

tanto le había oprimido, un respiro del que no tenía la vergüenza de sentirse cómplice. Le parecía que el Cielo había tenido piedad de él y no le hubiera apartado de la tumba si no debiera devolverle a aquella a quien quería más que a la vida.

-¿Por qué no? -respondió.

Y añadió con una melancolía atravesada por una sonrisa

:

-Sepa usted que no tengo dinero.

-Ciudadano, soy yo quien le invito -dijo el otro con la dignidad de un parisiense ofendido y que conoce los usos.

Echaron de nuevo a andar, siguiendo Roberto al desconocido y respirando a plenos pulmones el buen aire, primaveral lleno de fortificantes efluvios. En los parapetos de piedra del muelle los comerciantes nómadas empezaban a instalar sus tiendas al aire libre: pajareros, cuyos cautivos agitaban más dolorosamente las alas en aquella atmósfera de libertad; floristas colocando altos y verdes tallos en aquella pacífica muralla; librereros de viejo golpeando sus librotres antes de colocarlos en sus bibliotecas portátiles; numismáticos que habían pasado la noche fabricando monedas falsas con la efigie de los Reyes antiguos. El merendero estaba en el extremo de la isla formando promontorio con sus verdes parras, y los mozos, con chaquetas multicolores, estaban haciendo la limpieza a grandes golpes de rodilla, mientras que en la cocina, misteriosa como el antro de las sibilas antiguas, estaba el dueño contando la provisión de gatos estrangulados en los tejados próximos por ingeniosos cazadores y que se iban a convertir en excelentes guisados de conejo. Al mismo

tiempo se exhibían ruidosamente en el mostrador los jarros de estaño, y una ciudadana se instalaba con majestad en un sillón que gemía horriblemente.

Aquel brusco cambio de decoración había acabado de ahuyentar las tinieblas en que se había agitado por un instante el alma de los dos combatientes reconciliados. Con mucho apetito, se instalaron bajo el más fresco emparrado, el tino enfrente del otro, y el traidor olorcillo que corrió de repente, entre las brisas de aquel jardín lleno de bosquecillos, atestiguó que no tenían que tardar en hacer su pedido. Unos entremeses alegremente devorados mientras llegaba el frito de olores indiscretos, fueron acompañados de un vinillo blanco que hubiera dado oídos y lengua a un sordomudo. Cerezas y fresas sirvieron de postre a aquel frugal refrigerio, comido con visible placer.

Los humillos del café hicieronles sumirse en nuevos y dolorosos ensueños. Pero eran éstos más bien de bienestar que del recuerdo de su doble miseria. Ambos miraban al espacio sin formular claramente ningún pensamiento, descansando de las impresiones trágicas que habían dominado al uno y al otro. El hermoso espectáculo que veían sus ojos no era indiferente a aquella bruma de bienaventuranza que respiraban en el aire y que vertía sobre, ellos el ligero estremecimiento de la enramada por encima de sus cabezas.

París estaba admirable, en efecto, desde aquel punto que le domina, no por su altura, sino en una longitud considerable, con sus monumentos, que parecían salir uno a uno de una niebla de oro como en una ciudad resucitada por un ma-

go, tal como una evocación de la lejana Nínive o de cualquier otro pueblo desaparecido. Y aunque era aquélla una época en que el espíritu se arrastraba en vanas frivolidades, todo lo que había habido grande en la población heroica y santa, formada de recuerdos de valentía y de libertad, parecía despertarse al sonido de la diana que tocaban al unísono las bandas como una llamada a las sombras de otro tiempo.

París, en el que tanta sangre había mezclado sus vapores a la brisa del río y al aliento de los árboles de sus jardines, parecía desprenderse de esa funesta bruma y bañar sus fangos en las anchas ondas del sol. Una especie de rejuvenecimiento venía a sus verdores y hasta a sus piedras en aquella radiante mañana, en la que ya pasaba el rumor de las victorias próximas.

El gran alivio de las conciencias que había sido thermidor se desarrollaba al fin en la alegría, universal. Las cornetas sonaban alegremente en el relevo de los centinelas. Un ruido sordo de coches en el lejano empedrado decía que la, gran actividad y el movimiento vital habían recobrado en las calles el ritmo diario. Los corazones estaban llenos de grandes imágenes y de amplias esperanzas, y pasaba la visión de todo lo que hace de París el corazón y la cabeza del mundo.

A los pies de los paseantes y alrededor de ellos el encanto era más sutil y, por decirlo así, más familiar. Con un ruido muy dulce, iba a quebrarse el agua en las anchas piedras que dejan a su espuma una furtiva franja de plata. Los marineros se saludaban de unos barcos a otros y las pesadas barcazas parecían deslizarse por el Sena doblando su imagen,

con un pequeño temblor en las bordas, en el espejo de plata de las tranquilas aguas. Los pescadores, con las piernas desnudas, bajaban tropezando por las escurridizas piedras, con sus anchos sombreros y unas cañas lentamente cebadas por ellos con aspecto de terribles justicieros del río. En los emparados próximos se habían instalado otros consumidores que bebían, haciendo castañetear la lengua, auténtico vino de Argenteuil, mientras que unas lindas muchachas, sin sombrero y con ligeros trajes, reían con sus galanes.

Un joven regordete, muy risueño y de cara encarnada, entró acompañando a varias señoritas que se reían como locas. Vio al compañero de Roberto y se fue derecho a él con una franca sonrisa en los labios.

-Buenos día, Papillón -le dijo.

-Muy buenos, Eurotas -respondió Papillón, cuyo apellido sabemos ya.

-Has de saber que mi comedia se va a hacer dentro de dos meses y he hablado de ti a Segeret para el papel.

-Gracias -dijo bajito Papillón.

Y el guapo Eurotas giró sobre sus talones y desapareció cogiendo por el talle a sus compañeras, que hacían exclamaciones cómicas y reían como locas con una risa clara como el ruido de alegres cristales.

Hubo un instante de silencio, y después, todos aquellos lechuguinos se alejaron con sus bellas. Papillón, a quien el vino hacía expansivo, se inclinó afectuosamente hacia Roberto y le dijo con respetuosa política :

-Ciudadano, ya sabe usted como me llamo; ¿no podría usted hacerme el favor de decirme su nombre?

-Soy proscrito -respondió sencillamente Roberto, -y me llamo el caballero Roberto de las Aubieres.

-Gracias por no haber dudado de mí -dijo vivamente Papillón estrechándole las manos. ¿Pero está usted, al menos, en seguridad en París ?

-¡Qué me importa!

-Es verdad, puesto que venía usted para matarse. Pero si ha renunciado usted ya a ese proyecto, como espero, puede contar conmigo en vida y en muerte.

Papillón extendió los brazos como un Horacio y con una solemnidad involuntariamente graciosa en la voz. El caballero le miraba con creciente benevolencia y con una simpatía en la que irradiaba verdaderamente un comienzo de amistad. Con una ingenuidad perfecta en el acento le preguntó :

-Señor Papillón, usted dispensará mi curiosidad ; pero ¿por qué diablo un joven que me parece, como usted, tener todo lo necesario para ser feliz, concibió la fantasía de renunciar a la vida ?

Papillón se puso muy grave.

-¡Un asunto de amor, ciudadano!... quiero decir, señor caballero; y no tengo inconveniente en confiarle mi secreto, porque le quiero ya como a un hermano. ¿Pero me dirá usted en seguida el suyo?

-Según -respondió el caballero sonriendo - lo que usted me cuente de sí mismo. Pero sí, como creo, todo es honroso

en la historia de su ternura, le doy mi palabra de que me confesaré también a usted con entera confianza.

Y tendrá usted razón, señor ciudadano, digo, señor caballero, pues según el viejo refrán, se necesita a veces a los más pequeños. Y pudiera ser que, ahora el pequeño fuese yo para usted. Por lo menos lo deseo con toda mi alma.

Y el alma del buen Papillón se salía por los ojos mientras él tenía ese cordial lenguaje, un alma transparente como el agua de un lago en la cima de una montaña, un alma a cuyas profundidades descendía, la imagen de un cielo puro y sin nubes.

El bullicioso Eurotas había propuesto una expedición en barco y llevándose a todos los parroquianos del merendero, con sus compañeras y en medio de un clamor de gritos, apagado luego con el ruido, pronto lejano, de los remos en el agua. Los dos amigos se quedaron solos en su emparrado, rodeados de un buen perfume de madreselvas y de guisantes de olor, en un silencio muy propicio a las confidencias y que parecía caer sobre ellos con las pesadas alas de las doce del día que daban en el reloj del Palacio de Justicia, allá, lejos, bajo la cálida luz. El narrador habló así :

IV

-Mi apellido es Papillón, como usted sabe, y mi nombre Remigio. A pesar de que el estudio que he realizado del teatro me ha hecho adquirir grandes maneras que han podido engañar a usted, no soy noble, sino de una antigua familia artesana, pues los Papillón han sido siempre conocidos como excelentes ópticos. Mi padre tiene aún su tienda en la Cité. Es un excelente hombre, pero que no puede perdonarme el tener una vocación y quería absolutamente que hiciera anteojos como él. ¡Un trabajo de precisión, yo, que tengo calambres en las pantorrillas en cuanto me estoy un momento quieto! La suerte, por otra parte, está jugada ; seré comediante o no seré nada.

-¡Cómo! es porque no ha podido vencer la voluntad de su señor padre en ese punto por lo que quería usted esta mañana...

-He hablado a usted de un amor contrariado, caballero, y no de un disentimiento de familia. Si no hubiera sido comediante por gusto, lo hubiera sido por amor, a fin de hacerme rápidamente célebre y obtener a fuerza de gloria un favor del

que reconozco que un simple fabricante de gafas hubiera sido eternamente indigno. Pero voy a decir a usted en seguida cómo han pasado las cosas. En el departamento de encima de la tienda de mi padre, que me ha dado ya tres veces su maldición, lo que prueba que él mismo no tomaba muy en serio las dos primeras y me autoriza a no hacer gran caso de la última, vivía, hace unos diez años un abogado de provincia que vino a buscar fortuna a París. Buen patriota y ruidosamente republicano, obtuvo pronto la confianza de mi padre, que es un perfecto papamoscas a pesar de ser tan versado en óptica, lo que prueba que esta profesión no desarrolla gran cosa el juicio. El señor Barigoule...

-¡Barigoule! -exclamó vivamente el caballero en voz casi imperceptible. Pero Papillón le oyó y vio sobre todo el gesto que hizo de sorpresa.

-Pero ahora caigo; usted le conoce, puesto que es en su casa donde he tenido el honor de encontrarle. Sabe usted entonces probablemente qué hombre es. No es malo; aunque no habla más que de ahogar la reacción en sangre, es incapaz de matar un saltamontes, aunque es el saltamontes un animalito enteramente reaccionario. Pero es mi hombre ambicioso... Y vanidoso... Y poseído de sí mismo... Se cree un genio porque un montón de imbéciles le han hecho lograr cuanto quería. Salvo el respeto que le debo, mi dulce padre ha contribuido más que nadie a su éxito. Comerciante, respetado en el barrio, de una fidelidad a toda prueba, a las nuevas ideas y teniendo en las juntas una voz siempre escuchada y una real influencia, Papillón padre era el hombre que hacía falta para

entonar la trompeta delante de ese futuro triunfador. Barigoule le embriagaba literalmente con su charla meridional, le ensordecía y le aturdí con la nada sonora de sus utopías y le creía, en una palabra, el más grande hombre del mundo. Papillón padre, el honor comercial mismo y un óptico que no vendería por una fortuna, y a un presidiario, un cristal ligeramente rajado, ayudó cándidamente a ese embrollón en sus más quiméricas empresas y a engañar a una porción de gente honrada con promesas fantásticas. Y el azar, tan culpable como mi padre, aunque no hace anteojos, se hizo igualmente cómplice de la fortuna impertinente de ese pordiosero. Todo le salía bien al tal Barigoule. Su buen genio le preservaba de todos los peligros, hasta del de ser un canalla, a pesar de los nobles esfuerzos que él hacía para ello. Veníale el dinero de todos lados, el dinero sagrado del pequeño ahorro, un dinero formado de centavos, y él le arrojaba al azar, a lo alto, para que volviese a caer una lluvia del oro, de la que sólo el polvo dejaba entrar en las bolsas abiertas delante de él. Pero en qué angustia vivía yo, pensando que, instintivamente, papá, que es duro conmigo, pero a quien quiero a pesar de todo, estaba expuesto a que le confundieran en el mismo desprecio y en el mismo anatema que, a aquel aventurero...

-Puesto que usted veía tan claro -observó tímidamente el caballero,-¿ cómo no trataba de enterar a su señor padre?

-Es la sola falta de que tengo que acusarme -respondió Papillón con dolor repentino.- Y es que, desgraciadamente, yo también encontraba ventaja en ello.

-¡Diablo! -no pudo menos de exclamar Aubieres.

Papillón se puso como una amapola y dijo con una voz en la que había algo de suplicante :

-Le juro a usted, caballero, que me ha comprendido mal, Tener parte en aquel dinero mal ganado... ¡Qué horror! Pero tenía yo un interés poderoso en que mi padre conquistase la amistad de ese abominable Barigoule, le hiciese todos los servicios posibles y nos le uniese, en una palabra, por el agradecimiento. Barigoule tiene una hija.

-¡Ah! vamos... Perdóneme usted, mi querido Papillón.

Y el caballero dio la mano al joven, que prosiguió de este modo :

-Sí, una hija adorable, Angela, a la que él quería llamar Veturia, sin que ella lo haya jamás permitido; una criatura deliciosa y dulce que se le parece tan poco, que si aquel tesoro de pureza no hubiera tenido por madre una santa, querría yo creer que semejante hombre no ha tenido nada que ver con el desarrollo de tantas gracias. Tiene un cabello rubio que es como un polvo de oro, tinos ojos que no son ni azules ni negros, si no de color de ensueño, y una boca florida de la que, no salen más que palabras dulces y consoladoras. No parece de la tierra, sino del Cielo, tan seráfico es su modo de andar y tan armoniosa su voz ; cuando ella pasa, parece que todas las cosas se arrodillan a su alrededor. Al verla se deslumbran mis miradas...

-Apuesto a que está usted enamorado de ella.

-Trataba de ocultarlo por no comprometerla. ¿Pero en qué puede perjudicarla una ternura como la mía? Había momentos en que no me atrevía siquiera a concebir el pensa-

miento de que se convirtiese un día en mi mujer, y en que la idea de vivir solamente, en su sombra, como una planta, como un perro, me parecía la mayor felicidad que pudiera soñarse. Desde el día en que la vi, debiera o no ser mía alguna vez, llegó a ser toda mi vida. La hija de Barigoule no era todavía rica como ahora, pues no puede usted figurarse lo hermoso y espléndido que es el hotel en que vive.

-Sí, me lo figuro -respondió melancólicamente el caballero.

-Y que es suyo...

-¡Oh! eso...-no pudo menos de murmurar Aubieres.

-Barigoule estaba todavía humano, y mi padre, que no desaprobaba mi deseo, deseaba ardientemente tener por nueva a la hija de tan grande hombre y se lo había dicho a él francamente.

-¿Antes de que consultase usted los sentimientos de la señorita Angela?

-Era tan amable conmigo que podía yo creer que no le disgustaba, y me imponía de tal modo, que nunca me hubiera atrevido a declararle mi amor. Su propio padre fue, quien, después de haber hablado con el mío, se encargó de esa conmovedora comunicación, y tuve la dicha de observar que Angela parecía alegrarse. Barigoule tenía todavía muchos servicios que pedir al inocente Papillón padre, el cual continuaba pulimentando sus lentes mientras su protegido adquiría el derecho de despreciarle un día. Fingió aceptar absolutamente nuestros proyectos, pero, éramos tan jóvenes uno y otro... Se tomó tiempo para hacerse dar todavía unos cuantos empujo-

nes en el camino de la popularidad. Pero yo no podía creer en tanta perfidia y estaba verdaderamente encantado.

¡Ah! aquel tiempo fue el más delicioso de mi vida. Nos dejaban vernos cuanto queríamos. No había yo sentido todavía el atrevimiento de decir a Angela palabras de amor, pero saboreaba la dicha de vivir a su lado las mejores horas del día y de llevarme por la noche, al dejarla, los más halagüeños recuerdos. Gozaba de todas las alegrías inconscientes e instintivas de una intimidad que era por mi parte respetuosa e inocente por la suya. Bastábame respirar el mismo aire que ella, leer sus menores caprichos, obedecer al menor de sus pensamientos y soñar por lo bajo mientras hablaba de las cosas más indiferentes. Barigotile estaba tan ocupado por sus negocios y sus ambiciones que no se ocupaba de su hija. Eranos, pues, permitido, sin que se murmurase en el barrio, donde Angela era adorada, dar cortos paseos juntos en primavera como ésta por las calles llenas de flores. En aquel tiempo, que era para tantos desgraciados el de la gran tormenta y el de las angustias supremas, vivíamos nosotros como envueltos en un encanto; estaban nuestros ojos tan levantados hasta el cielo y las estrellas, que no llegaba hasta nosotros el rumor siniestro de los cadalsos. ¿Quién se pregunta cuando ama de dónde viene la púrpura de las rosas que ofrece a su amada?

La fiebre del terror que inspiraban a todo el mundo los triunviros, apagó la de las especulaciones, y, a pesar del concurso tan eficaz como cándido que seguía prestándole mi padre, Barigoule no había llegado todavía más que a una me-

diana fortuna. Pero thermidor, al hacer callar el miedo y despertar todos los apetitos de goce y de placeres, devolvió a los chanchulleros toda su acción sobre un público a quien importaba poco perder su dinero después de haber salvado su cabeza: Barigoule se aprovechó más que nadie de aquel ardor de todos por el lujo y los favores de la casualidad. En dos años realizó bastantes beneficios para cambiar de modo de vivir. Sus maneras conmigo y con mi padre se fueron modificando al mismo compás. Sin alejarnos precisamente, manifestó un deseo mucho menos vivo de vernos a menudo. Mi padre, que tiene su vanidad, fue el primero en echarlo de ver y en ofenderse. Yo tenía mil razones para mostrarme menos susceptible, y la mejor de todas era que todo lo veía con indiferencia con tal de que me dejaran la dicha de ver a Angela. En aquel tiempo fue cuando el financiero enriquecido compró casi por nada ese hotel de los Aubieres que había sido de un emigrado, cuyos bienes fueron vendidos. Barigoule le llenó de un hijo en el que su hija, de gustos sencillos en su distinción natural, no parecía menos fuera de su centro que yo. Se acabó desde entonces para nosotros, durante mis visitas, la buena soledad de otro tiempo y fue reemplazado por un continuo vaivén de criados insoportables, un ruido incessante de carrozas en el patio y mil deberes de sociedad impuestos a la señorita Barigoule y cuyos preparativos turbaban hasta el recogimiento de las horas que se nos dejaban.

No podía yo creer, sin embargo, que hubiese cambiado nada de nuestros proyectos para el porvenir. Angela estaba cada vez más compasiva por mi ternura y más afectuosa

conmigo. Su padre le había dado un aya, que ella, muy hábilmente, pidió elegir por sí misma. La señora Pitonnet, viuda de un excelente patriota, mujer tan buena como poco molesta, con el oído tan detestable como la vista y sin otro cuidado en el fondo que sus comodidades de vieja que ha sufrido mucho, pues parece ser que el excelente patriota no era siempre cómodo en su trato, fue la que tomó posesión de este puesto. Era una infeliz por otra parte, romántica como un diablo y se sabía de memoria *La Nueva Eloísa*, por lo que Angela, con la habilidad natural de las muchachas más puras, supo, sin la menor confianza, interesarla en nuestros amores y se convirtió para nosotros en una protectora más que en una carcelera. Yo gozaba de aquella tranquila felicidad sin temer nada del porvenir ni pedir nada más al presente.

Mi padre fue quien me abrió los ojos. Con intención más burlona que afectuosa, me previno que Angela no sería probablemente para mí y que su padre debía de haber cambiado de idea sobre el marido que le convenía. Sentí una angustia terrible, que Angela tranquilizó jurándome que jamás sería mujer de otro. Y aquel fue mi último momento de felicidad. La duda había entrado en mí, terrible, despótica, envenenando todas mis alegrías. Barigoule, a quien veía muy poco, me trataba con una familiaridad un poco despreciativa, pero en la que yo no quería ver más que las maneras naturales en un hombre mal educado que le ha conocido a uno de niño.

La incertidumbre, no era ya tolerable para mí y se volvía cada día más punzante, y complicada con unos vagos celos,

pues me, decían que la hija de Barigoule era muy festejada en la sociedad a que yo no concurría. Saqué, pues, un día fuerzas de flaqueza y aprovechando un momento de ruidoso buen humor del que tenía en sus manos mi destino, temblando y con lágrimas en los ojos, lo pregunté si podía como siempre esperar... No tuve tiempo de terminar; aquel hombre prorrumpió en una abominable carcajada. Irónicamente magnánimo, no me prohibió siquiera que volviese a ver a su hija, pero me advirtió caritativamente que no se la daría a un pobretón de mi especie. Sí, caballero, aquel viejo ridículo tenía ya en la boca la palabra pobretón, y adoptaba el acento de un Montmorency para arrojarla a la cabeza de los villanos.

Subióseme, a la cara un vapor caliente y se apoderó de mí una cólera que no podía dominar. Pero era el padre de Angela y salí sin pronunciar una palabra. Mi amada, que, esperaba impaciente, conoció pronto la verdad en mi cara alterada. Pero me renovó su juramento. «No seré jamás de nadie más que tuya.» me dijo. Su voz vibraba como nunca la había oído, y mi corazón estaba al oírla como sacudido en el pecho. Cogí su mano, que me llevé por primera vez a los labios, y ella me la abandonó. Le pregunté si debía aprovechar el derecho desdeñoso que se me había dejado de continuar visitándola, pero ella me dijo con acento de súplica : «No, sería demasiado desgraciada si dejase de verte.» Y seguí viéndola todos los días, pero no con la misma tranquila alegría. El peso de mis esperanzas perdidas me hacía inclinar la frente delante de ella. Me daba vergüenza haber aceptado con tal cobardía aquella inocente dicha. Lo que había sido mi única

felicidad, se convertía en mi más cruel martirio. Y, sin embargo, Angela tenía para animarme dulcísimas frases y parecía más resuelta que nunca, a lo que por dos veces me había jurado. Ocurrióseme, una locura. ¡Si pudiese cometer un rapto! Ahora me da horror el haber concebido siquiera tal pensamiento. ¡Qué hubiera yo hecho de ella! Pero le escribí una carta en la que le decía esa esperanza insensata, una carta en la que puse toda la fiebre de una larga noche de insomnio. En la visita que le hice al día siguiente, no me atreví a decir una palabra de todo aquello ni a darle yo mismo mi suplicante epístola. Se lo encargué a la excelente señora Pitonnet, la cual, teniendo que entregar al mismo tiempo al señor Barigoule unos papeles de importancia, los confundió y le entregó la carta. Barigoule montó en cólera de un modo espantoso; me mandó llamar y me despidió como al último de los lacayos. Ayer fue, caballero, cuando pasaron esas cosas. Angela, encerrada en su cuarto, no pudo siquiera decirme adiós.

Viendo entonces que estaba perdida para siempre, después de una velada terrible y llorando de pena por el dolor que iba a causar a mi padre, tomé la resolución de morir allí donde, había visto a Angela por última vez y donde me había hecho su primer juramento. Aquí tiene usted por qué salté la, tapia, del jardín del hotel, donde tuve el placer de conocer a usted y donde por poco nos degollamos tan galantemente el uno al otro.

Roberto dio la mano a su interlocutor.

-Yo también voy a contar a usted mi historia -dijo,- pues su relato le ha hecho ser para mí uno de esos amigos a quie-

nes se puede confiar todo. Soy el caballero Roberto de las Aubieres, cuya casa ocupa ahora el señor Barigoule.

Papillón se levantó con un ademán de respeto enteramente cómico por su asombro.

-Pido a usted perdón, caballero -dijo,- por haber entrado en su casa sin permiso.

Aubieres le había ya obligado a volverse a sentar y respondió con sonrisa, de tristeza :

-Tan en su casa estaba usted allí, mi querido Papillón, como yo mismo. ¿Pero por qué diablo quería usted encargarme de la misión de enviarle *ad patres* en lugar de irse usted mismo? No me hubiera consolado nunca de haber matado a un buen muchacho como usted.

Papillón pareció sentir cierto embarazo para responder y dijo por fin con encantadora franqueza :

-Porque en el último momento no estaba muy seguro de tener valor para darme yo mismo la estocada. Me daba frío pensarlo, por mucho que me repetía los versos de Corneille... Hubiera podido errar el golpe, mientras que usted tenía un aire tan resuelto que me inspiraba confianza.

-¡Gracias! Ahora me toca a mí no ocultar usted nada de la aventura que nos ha reunido.

Y el caballero contó su lamentable historia a Remigio Papillón, que la escuchó con enternecimientos y cóleras en que se leía una verdadera amistad. Cuando el narrador llegó al fin de su relato, le dijo :

-Caballero, lo que ahora hace falta es que no muramos ni el uno ni el otro, sino que nos ayudemos mutuamente a ven-

cer la mala suerte. Disponga usted de mí; me, ha salvado usted la vida, no quitándomela cuando yo se lo pedía, y es suya.

-Me ha prestado usted el mismo servicio -dijo el caballero,- pero no sé si debo darle las gracias. Sin embargo, yo también le soy adicto en cuerpo y alma y sería feliz dando mi sangre por servirle.

Y en un movimiento de impetuosa cordialidad, se dieron un abrazo del que resultaron sus mejillas un poco mojadadas.

Eran cerca de las cuatro. París, tan mutable en sus aspectos, había revestido otro adorno. El sol, al declinar, había prolongado las sombras de los monumentos, atravesaba por un vibrante polvillo de oro en las calles que miraban al Occidente. La pereza del mediodía había dejado el puesto a una renovación de actividad. En los carritos ambulantes, las flores, que empezaban a marchitarse, tenían un perfume más penetrante y más dulce. Los emparados volvían a llenarse de visitantes que iban a beber fresco y a reír mientras llegaba la hora de comer. Los dos amigos se, levantaron, pagaron su escote y salieron juntos teniendo aún no pocas cosas que decirse.

V

Atravesaron uno de los brazos del Sena y subieron hacia el Luxemburgo. Entre aquella multitud indiferente y trivial, iban los dos como fortificados y vueltos a la esperanza por la doble confianza que había sellado su amistad. El jardín estaba lleno de paseantes, pero ellos encontraron un banco en el que la luz más oblicua y ya violada que cambiaba el cielo hacia el Poniente en un jardín de ciclamores, no dibujaba delante de ellos más que algunas flechas de oro a través de las profundas arboledas. Los dos guardaban silencio y no se miraban, y era que el mismo sentimiento de la realidad les venía a la mente después de la inestable audacia del ensueño. Se habían prometido servirse el uno al otro en la vida y en la muerte, pero ¿cómo? ¿Qué podían hacer el uno por el otro? Papillón, más fácil de ilusionarse que el caballero, salió el primero de aquel mutismo.

-Valor, amigo -dijo, cogiendo la mano a Roberto.- Yo encontraré a la señorita Laura de Freneuse.

Roberto movió tristemente la cabeza.

-La he buscado bien por todas partes -respondió,- y no la he encontrado.

-Es que usted no es como yo -replicó con vago orgullo Papillón,- un hijo de París viejo. Yo conozco en él a todo el mundo. Curioso por naturaleza, muy aficionado a las cosas del pasado y muy holgazán por temperamento, como decía mi padre, no hay barrio que yo no haya explorado ni en el que no tenga amigos. Es preciso, por otra parte, que un comediante estudie la vida en los hechos, a todas las clases bajo sus, aspectos más pintorescos. Todos los, libreros de viejo del muelle, todos los revendedores del Temple, todos los equilibristas al aire libre, todo el que vive de la bohemia, conoce a Remigio Papillón. Tengo conocimientos de los que mi padre no estaría orgulloso, y puedo decir que la policía sabe menos que yo sobre muchas cosas. Le digo a usted que la encontraré.

-¿Y de qué vivirá durante, ese tiempo ?-suspiró el caballero.

-Viviremos juntos : mi padre no me tiene sin recursos.

-Permítame usted, querido Papillón, pero yo no puedo aceptar.

-No acepta usted por orgullo... Hace usted mal y me da un gran disgusto. Pues bien, lleva usted al cinto una espada que, por el hermoso cincelado de su puño, no vale menos de veinticinco pesos, Soy inteligente en eso y conozco un prendero que se los dará en seguida, si usted quiere. Pero hay que dejarme regatear. Veo que le da a usted pena separarse de ella... Pues bien, le daré la mía, que me ha costado un peso

veinte centavos. Un comediante no necesita espada como un noble. ¡Para lo que hago yo con ella! Cambiemos.

Y fue aquello dicho con tal cordialidad, que Roberto, enternecido, no tuvo valor para rehusar.

-Es como si tuviera usted ya los veinticinco pesos en el bolsillo, y puede que treinta -dijo el excelente Papillón examinando el arma con éxtasis cómicos.- ¡Una montura italiana del siglo XVI y firmada por Rudolohi! Es un tesoro lo que tiene usted ahí. Se hubieran sacado quinientos pesos a un imbécil como Barigoule diciéndole que era una espada histórica. Pero poco importa ; quiéralo usted o no, no tenemos para los dos más que una misma fortuna y, como acaba de oírlo, estoy a punto de ganar mucho dinero.

Roberto miró con asombro a Papillón, que cruzaba las piernas con ademán de millonario y se metía las manos en el bolsillo como para remover en él las piezas de oro. Al ver que se callaba, Papillón añadió :

-¿No ha oído usted lo que me ha dicho Eurotas ?

-¿Quién es Eurotas?

-Eurotas el poeta, ese alegre muchacho que hemos visto en el merendero con unas chicas y que, ha venido a estrecharme la mano. Eurotas, ahí donde usted le ve, logra arrancar lágrimas en la elegía a las almas más insensibles. Pero cultiva todos los géneros con igual talento. Hace ramilletes rimados para las damas que las hace caer en éxtasis agradecido. Es también autor dramático de la escuela de Voltaire, y ha hecho una tragedia: *Deidamia, Reina de las Amazonas*, que ha prometido representarle el célebre Sageret, que dirige él

solo cinco teatros, uno de los cuales es el Francés y otro el Feydeau. Parece que las cosas están muy adelantadas y ya va siendo tiempo, pues hace cuatro años que Sageret debe empezar los ensayos de la tragedia, una verdadera obra maestra, en la que tengo el principal papel, el de Nicéforo, el único hombre de la obra. Nicéforo es un héroe griego que ha caído, como Ulises con Circe, en la isla de las Amazonas, y del que se enamoran todas aquellas guerreras.

Roberto no pudo contener una sonrisa y Papillón lo notó.

-¿ No le parece a usted posible a causa de mi nariz? No sabe usted lo que me embellece la pintura y la majestad que me da el traje. Cuando estoy con mi túnica griega delante del espejo y con mi machete al lado, me impongo a mí mismo y apenas puedo darme la orden de no mirarme más. Esa creación de Nicéforo me hará absolutamente célebre. Se pagan ahora a los comediantes sueldos locos, mucho más que a los generales. Veremos, después de mi triunfo, si el tal Barigoule no siente haber desdeñado al *Qualis artifex*, como decía Nerón, al que por poco mato.

Y Papillón añadió embriagándose con sus propias palabras y abandonándose a las visiones de gloria que siempre le venían del teatro:

-Sí, todos los que me conocen tendrán una gran sorpresa. Así, este pequeño defecto de pronunciación que habrá usted acaso notado y que los superficiales toman por un ceceo, se transforma en una vibración formidable cuando pronuncio los versos. Me pongo, como Demóstenes, unas pie-

drecitas en la boca para aclarar y fortificar al mismo tiempo mi pronunciación, y los alejandrinos heroicos resuenan en ella y mugen como una ola llena de cantos. De cerca no es agradable, pero de lejos... Eurotas me dice que no ha oído nada parecido desde los tiempos en que los autores antiguos hablaban con bocina.

Y Papillón se puso a imitar el murmullo de las olas chapurreando unos hemistiquios del papel de Nicéforo, mientras el caballero envidiaba a aquel hombre a quien un entusiasmo de profesión hacía olvidar un instante los dolores inmortales del amor. Papillón continuó:

-Es necesario que conozca usted a Eurotas. Es uno de mis más antiguos compañeros de la niñez, uno de mis más fieles amigos, y podrá servirnos mucho para encontrar a la señorita de Freneuse. Se llama en realidad Tomás Pincebourde, pero ha creído con razón que para un poeta era mejor el nombre de Eurotas, todo impregnado de gracia antigua. Pero lo mismo que mi padre, el de Eurotas, confitero de profesión, es de una honrada burguesía comercial y ha educado a su hijo en buenos principios de honradez que permiten fiarse de él como de uno mismo. Esa gran probidad natural, fortificada por tradiciones de familia, le ha valido, como a mí, el ser maldito por sus padres. Se ha atrevido a ser francamente poeta, como yo quiero ser lealmente comediante, en vez de hacer versos o de decirlos astutamente como lo hubieran hecho unos hipócritas deseosos de heredar. Ahí tiene, usted uno que conoce París y que será para nosotros un guía ingenioso y seguro. Como yo, trabaja en lo vivo y

estudia el natural. Es casi un vagabundo. Así es que, viéndonos todos los días, jamás he podido saber precisamente dónde vive. Pero sé sitios en que se tienen muchas probabilidades de encontrarle, y mañana, mismo...

-Mi querido señor Papillón -le interrumpió el caballero en un tono ligeramente enfriado,- le agradecería a usted que guardase para sí las confidencias que le he hecho.

En los ojos de Papillón hubo una inefable mirada de reproche y de dolor.

-Los nombres que me ha dicho usted, caballero, son para mí tan sagrados como el suyo propio. Eurotas no tiene necesidad de saber nada para informarme útilmente. Además, confieso a usted que es al mismo tiempo para mí por lo que deseo encontrarle y hablar con él. Hay un verso de Nicéforo que no me parece claro, y ahora que vamos a poner en escena la obra...

-Dispense usted -dijo el caballero ;-hablemos también un poco del modo que yo podré ayudarlo a encontrar a la que ama.

-Es muy sencillo -respondió Papillón.- Ayudarme ante todo a obtener un inmenso éxito en *Deidamia, Reina de las Amazonas*. Cuando haya llegado de un golpe a la cumbre de la fama, intentaré un nuevo paso cerca del señor Barigoule, y si fracasa...

-¿Qué?

-Me ayudará usted a robar a la señorita Angela.

-¿Con su consentimiento?

-Ciertamente; estoy seguro de antemano, pues estoy seguro de su corazón. De aquí a entonces, tendremos acaso algún peligro que correr el uno y el otro para hacerle llegar mis noticias y recibir las suyas. Eso será más bien asunto de Eurotas. Pero cuando haga falta recurrir al golpe de fuerza...

-Puede usted contar conmigo -dijo el caballero con dulce firmeza.

Y los dos amigos se estrecharon la mano teniendo en los labios el mismo juramento mudo de fidelidad y de adhesión.

El día se había puesto ligeramente crepuscular y en aquella claridad de apoteosis el jardín del Luxemburgo había tomado un singular carácter de melancolía. Borrándose en una especie de bruma por la que no pasaba más que una ligera luz rosada, los árboles, en largas calles, parecían fantasmas al pesado ruido de alas de las palomas que se refugiaban en sus nidos nocturnos. También las estatuas, en pie, sobre sus pedestales, parecían animarse con misteriosa vida en el vago perfume de los jardines entre el zumbido confuso de las mariposas nocturnas prontas a remontar el vuelo. Y, muy pequeños entre aquellos seres gigantes y aquellas imágenes colocadas en alto, los verdaderos vivientes, los últimos paseantes, pasaban como hormigas por la orilla de los estanques, en los que lloraban los saltos de agua iluminados en su cumbre por los últimos resplandores del poniente. Una vaga vibración de estrellas era tamizada por el azul pálido del cielo admirablemente puro y cuyos bordes estaban dulcemente teñidos de topacio. En los paseos lejanos, los tambores hacían sonar la retreta.

Pero nuestros dos amigos no se levantaron en seguida.

Una indecible impresión de poesía se había apoderado de ellos ante aquel espectáculo. En aquella caída de la tarde veían pasar, estremeciéndose con las copas de los árboles, abriendo las alas con las últimas palomas, zumbando con las primeras mariposas, e irradiándose en las lágrimas de los saltos de agua, todas sus esperanzas, todos los votos, todos los sueños de sus almas verdaderamente enamoradas. Todo aquel mundo que se desvanecía en la sombra envolvente y se teñía en las luces moribundas del día eran las ilusiones en que habían vivido tan dulcemente y por las que habían estado a punto de morir. Pronto surgió para cada uno, en aquel horizonte fantástico, un espectro más dulce y que les sonreía con gracia triste y sobrehumana : ante los ojos medio cerrados de Roberto, la imagen de Laura de Freneuse en el desarrollo de su belleza de joven y que le ofrecía en sus manos diáfanas una rosa teñida en sangre; en la mente de Papillón la figura de Angela rodeada, como un santo de misal, de un nimbo formado por su cabellera rubia, con una rosa blanca en los dedos, la primera flor que él le había dado y que ella, le mostraba fielmente conservada., Y también cantaban en sus oídos las voces de las amadas: la de Laura grave y con un cántico religioso en los labios: la de Angela alegre, con una linda canción de trovador que él le había enseñado en otro tiempo.

El tambor se aproximaba con un enjambre de chiquillos que, seguían la retreta, ridículamente vestidos como peque-

ños lechuginos con grandes sombreros de papel y altas varas cortadas en las matas municipales.

Cuando los dos se miraron para darse mutuamente la señal de la partida necesaria, ambos tenían lágrimas en los ojos. Cuando los levantaron al mismo tiempo hacia el cielo, después de haberse unido sus manos, una hermosa luna de blancura de plata parecía bogar en una espuma de nubecillas, y les pareció que era la barca que llevaba su esperanza empujada delante de ellos por un soplo del cielo.

Al salir del Luxemburgo -cenaron frugalmente, y, en la casa donde Papillón había instalado sus lares de soltero, pues su padre había declarado que no quería en su casa un heredero que se pasaba la noche declamando versos con mugidos de trombón, el futuro actor encontró para Roberto un cuarto próximo al suyo en el que el joven se instaló lo mejor que pudo.

-Duerma usted bien y levántese tarde, pues yo tengo que ir a ver a Eurotas mañana antes de almorzar.

VI

Muy cerca de la esquina de la calle de Croix-des-Petits-Champs, la casa que llevaba entonces el número 91 de la calle de Saint-Honoré tenía todo el piso bajo ocupado por una tienda de modista de sombreros, que era ciertamente, una de las más elegantes de París, y el punto de reunión de las damas más coquetas. La muestra ostentaba en letras de oro, que parecían recién pintadas, este letrero : A *las nueve Musas*. Podíase leer debajo el nombre de la propietaria : Cornelia Migoulette. En el escaparate se exhibían, en cascadas de flores, de plumas y de cintas, todos los tocados de moda. Ninguna época presentó semejante variedad; en primer lugar la serie de los gorros: a la campesina, a la Despace, el Pierrot, a la loca, a la diosa, a la frívola, a la esclavona, a la Nelson ; éste, adornado con veinte plumas azules, aquel otro realzado con crespón morado, el de más allá ostentando dos filas de perlas, otro por fin cuyo fondo estaba formado por un pañolito rosa. Venía después la flora de los sombreros, que no era menos variada : sombrero a la Primerose, sombrero Ruban, sombrero redondo a la inglesa, a la Espigadora, sombre-

ro Spencer, sombrero Lisbeth, bautizado por la comedianta Saint-Aubin, sombrero de tablero de damas, que consagraba un recuerdo electoral, y, en fin, sombrero rejuvenecido con flores de olor, un verdadero jardín debido al genio del jardinero Wenzell.

Detrás de todas aquellas maravillas, unas lindas muchachas arreglaban las muestras y acudían solícitas a las parroquianas, muy contempladas a través de los cristales por todos los petimetres, a quienes se presentaban como a través de un cuadro de flores. Pero aquella mañana, la de un lunes, aunque Antonio, el mozo del almacén, había abierto la tienda hacía mucho tiempo, el interior estaba vacío. hasta a eso de las nueve no bajó la primera señorita estirando los brazos; después la siguió otra reprimiendo un bostezo en sus lindos labios; y con perfecta pereza se dejaron caer en sus sillas esperando a sus compañeras, que se sucedieron con animación descendente. Tan charlatanas de ordinario que la tienda parecía el interior de una pajarera, apenas se hablaban aquel día y sus discursos eran tan breves como se podía desear. -Urania, haga usted el favor de darme ese sombrero. -Melpómene, no olvide usted el encargo de la señora Migú. -Euterpe, va usted a pisar esa cinta. -Déme usted unos cuantos alfileres, Caliope.

Jamás el Parnaso, de heroica memoria, había escuchado ideas tan burguesas mezcladas con nombres tan gloriosos. Y todo aquello parecía el despertar muy perezoso en un castillo encantado. -Por fortuna, la señorita Polimnia viene también tarde -dijo la señorita Caliope. Y Euterpe, le respondió: -Siempre será esa mala pécora, de Erato la que le hace perder

el tiempo. -¡Cielos! ¡La señora !-exclamó Urania haciendo como que trabajaba en una labor imaginaria.

Cornelia Migoulette entró respirando severidad:

-Todos los lunes lo mismo, ¿verdad, señoritas? ¡Imposible hacer que se levanten ustedes! ¿Y Polimnia? ¿Y Erato? Siempre será vuestro señor Eurotas. que les habrá llevado a ustedes a bailar hasta las tres de la madrugada,... ¡Cómo voy a poner en la puerta a ese poetastro!

En este momento entró Polimnia llevando del brazo a Erato, un poco pálida.

-Dispénsenos usted, señora -dijo la, primera, que parecía ejercer cierta autoridad sobre las demás, -pero Erato ha estado muy enferma y he tenido que ayudarle a vestirse.

-Eso es lo que tiene bailar demasiado -dijo con mal humor la modista.

-Yo no bailo nunca -respondió con voz muy dulce Erato,- y Polimnia y yo hemos vuelto anoche a casa temprano.

-¡Es amable para sus compañeras! -murmuró Euterpe, que manifestaba decididamente su antipatía a Erato.

-Está bien, está bien -respondió sin dulcificarse la señora Migoulette. - Pero es preciso que todo esto cambie, y como ese tunante de Eurotas ponga aquí los pies en mucho tiempo, ya verá lo que es bueno.

No había acabado de decir estas palabras cuando se abrió la puerta y dio paso a una fisonomía enteramente risueña y a un amable, mozo al que hemos visto el día antes en el merendero de la Isla de San Luis. El poeta Eurotas tenía la

pretensión de observar la moda de su tiempo y era su atavío el más irreprochable del mundo a cualquiera hora del día en que, se le encontrase. Con su corbata que le aprisionaba hasta la barbilla, realizaba el ideal así definido en un libelo de su tiempo: un salchichón de Bolonia puesto en un pedestal. Era exactamente «cara cayendo en los bolsillos del chaleco, barbilla cayendo en la corbata, calzones cayendo en las pantorrillas,» como los elegantes de aquel tiempo han sido descritos por los caricaturistas. Añádanse unas gafas puestas de moda por los abogados del tercio estado en 1789 y que se llevaban bien montadas en la nariz, y un garrote entre los dedos, que había hecho cortar del corazón mismo de un laurel.

Todos los colores pálidos se armonizaban en su traje, cuyos botones relucían como una constelación. Tenía el aspecto de estar muy contento de sí mismo, sin parecer sin embargo un fatuo ni un imbécil. El poeta hizo crujir el sombrero debajo del brazo al hacer una, bella reverencia a, la compañía ; pero había ciertamente tempestad en el aire, pues no fue acogido como todos los días con mil alegres gritos en los que el nombre de Eurotas era repetido con los más amables adjetivos. El intruso no se alteró por aquella acogida.

-Buenos días, ciudadana Migoulette - dijo adelantándose hacia la modista ofendida, la cual, con un gesto seco, le respondió :

Le agradecería a usted, señor Eurotas, que nos dispensara en adelante de sus visitas.

-¿Por qué ?-dijo Eurotas con acento contrito e inocente.

-Porque ayer noche ha llevado usted otra vez a estas señoritas al baile, a pesar de mi prohibición.

Le juro a usted, ciudadana!... Yo estaba allí ...

-Y bien, entonces ...

-Estaba allí para asegurarme, de que me desobedecían ustedes.

-Si aquel querido señor Beauguignon hubiera podido adivinarlo...

-Basta, caballero - interrumpió la modista poniéndose muy colorada,- y sírvase usted tornar la puerta.

Ante esa invitación subrayada por un gesto lleno de majestad, Eurotas tomó tranquilamente una silla y se sentó, lo que produjo un imperceptible rumor de placer en los labios de aquellas señoritas, visiblemente alarmadas y entristecidas un momento antes. Eurotas cruzó las piernas calzadas con botas a lo Lenthraud, puso en la punta del pie la contera del garrote y dijo con voz muy tranquila :

-No ha reflexionado usted, ciudadana Migoulette, que yo soy la fortuna de su casa.

-¿Desmoralizando a mis obreras y haciéndoles perder los días en escuchar sus tontunas?

-Trata usted un poco ligeramente a los productos de mi genio, ciudadana Cornelia, y si supiera lo que acabo de hacer por usted...

-No quiero saberlo y estamos en paz.

-¡Ingrata! No es ya bastante haber dado un poco de originalidad a su casa y haber hecho de ella una verdadera sucursal del Helicón desbautizando a estas señoritas de los

vocablos burgueses con que sus padres las habían afeado y dándoles los nombres de las nueve Inmortales...

-¡Bonita cosa! Ahora ya no me entiendo. Juana, Sofía, María y Josefina eran nombres que, se venían a la boca, mientras que, sus Euterpe, sus Polimnia y sus Caliope...

-No blasfeme usted, ciudadana Cornella. ¿Y esa muestra que hace tres días tiene a todos los transeúntes confundidos delante de su puerta? ¿Hecha usted acaso de menos el : *Al sombrero florido*, que antes se leía? ¡ Sí usted supiera, sin embargo, lo que rabian las otras modistas de París! En estos tiempos mitológicos no habrá mañana una señora de calidad que, no quiera hacerse los sombreros en *A las nueve Musas*. Pues bien, hay más, ciudadana Migoulette, he encontrado algo nuevo.

-Me da usted miedo.

-Y que aumentará todavía la fama de su casa. He compuesto una redondilla para cada una de estas señoritas, y mis nueve redondillas Serán impresas en el almanaque que publico todos los años y en el que dará la dirección de la tienda.

-Eso es ya más amable -dijo la modista en tono más dulce.

-¡Las redondillas! ¡Las redondillas! exclamaron todas las muchachas, envalentonadas por el repentino cambio de humor de la maestra.

Y ante la mirada medio risueña, medio impaciente de ésta, hicieron círculo alrededor de Eurotas, el cual, con ademán gracioso, sacó un rollo caligrafiado de debajo de su casaca del color de garganta de pichón.

Y, en medio de un gran silencio, el poeta dijo a cada una su verso y reclamó de todas un beso como precio, que le fue pagado con más o menos espontaneidad.

La última fue Erato, joven persona de aristocrática belleza bajo su modesto traje y con un ensueño triste en los ojos. La muchacha trató de sonreír a Eurotas, pero cuando éste se adelantó para cobrar el precio de su poesía, Erato, muy dulcemente, sin afectación y con un gesto que imponía respeto, le hizo comprender que no quería, y el poeta se retiró de ella saludándola con cierto rubor en la frente.

-¡Santurrona ! -murmuró Euterpe mirándola de reojo.

-He acabado -dijo Eurotas.- Y bien, ¿cómo cree usted que hará todo esto cuando esté impreso ?

-Oiga usted, señor Eurotas -dijo la señora Migoulette repentinamente enfadada ;- no es usted muy político que digamos.

-¿Porqué, ciudadana Cornelia?

-Me parece que me ha olvidado usted en todo ese lindo galimatías.

-Dispense usted, ciudadana Cornelia, no me he atrevido... El respeto...

-¡Grosero! -exclamó la modista exasperada.

-Y después, no hay más que nueve musas en la fábula -prosiguió Eurotas muy embarazado. -Después de todo, puede que la fábula se engañe, y la cosa es muy reparable... Habrá diez, y ,asunto concluido. Tranquilícese usted, ciudadana Cornelia, dentro de diez minutos tendrá su redondilla...

-Eso es, va usted a hacérmela de cualquier modo. Yo, no, tómese el tiempo necesario y hágame una cosa bonita.

-La inspiración me viene, ciudadana Cornelia. Un momento de meditación, un golpe de genio. ¡Déjeme usted! ¡Déjeme!

Y Eurotas se puso a pasear furiosamente por la gran pieza, enganchando a cada paso con codos y piernas una de esas armaduras de alambre que sirven para sostener los sombreros. Las muchachas corrían detrás de él para reparar todos esos desastres.

-¡Eureka! -exclamó quitándose la peluca, con lo que descubrió una cabeza redonda como... manzana y cubierta de un pelillo rubio y rizado.

-¡ Está loco !-dijo la modista refugiándose detrás del mostrador. Pero enfrente de ese mueble, como un ciudadano jurando fidelidad en el altar de la patria, Eurotas extendió la mano y recitó con solemnidad la redondilla de la modista.

-¡Preciosa! -dijo ésta, y saliendo de detrás de su barricada pasajera, se fue hacia Eurotas y le estrechó por cuatro veces contra su opulento pecho, del que él salió reprimiendo con galantería un estornudo.

-Ahora, a trabajar, señoritas -dijo la excelente mujer.- Polimnia, confío a usted la vigilancia del taller. Deberes de familia me llaman lejos de aquí.

-Que se llaman el teniente Beauguignon -le dijo Eurotas al oído. La modista le, echó una mala mirada.

-Señor Eurotas, deme usted el brazo para ir a buscar un coche.

Cuando estuvieron fuera, le dijo:

-Ruego a usted que me deje en paz con el teniente Beau-
guignon.

-Y yo le doy a usted el aviso caritativo, querida señora
Migoulette, de que Polínima no está menos enamorada que
usted de ese militar.

-¿Cree usted, mi querido Eurotas? -Estoy seguro ; pero
silencio...

Pasaba un coche de alquiler y Eurotas instaló en él a la
exuberante Cornelia. Después hizo como que tomaba otra
dirección y, cuando ella no pudo ya verle, volvió a la tienda
por un pasaje que, a ella conducía. Su entrada fue acogida
por una ruidosa exclamación de alegría de aquellas señoritas.

-Basta, basta, hijas mías -díjoles Eurotas.- No se trata
ahora de eso. ¿Han aprendido ustedes sus papeles?

-Sí, sí, sí -respondieron todas las voces.

-Y usted, Caliope, ¿no ha cambiado usted de idea y se
casa la semana, que viene, de hoy en ocho ?

-Sí, señor Eurotas.

-¿Con el mismo prometido?

-¡Qué tontería!

-¡Las mujeres son tan cambiadizas! Oiga usted, fuera de
Polimnia, que conserva su dignidad de encargada, de la tien-
da, y de Erato, que está contenida no sé por qué, no hay aquí
una sola que no me haya dado alguna esperanza cuando le he
ofrecido mi corazón.

-¡ Qué horror! -dijeron todas aquellas señoritas.

-Decid más bien: ¡qué indiscreción! -dijo Eurotas con melancolía.- Por otra parte, no os guardo rencor y confieso que yo, mismo he carecido acaso de constancia en la expresión de mis sentimientos. He querido correr demasiadas liebres... no, palomas, a la vez, y me parezco a un cazador que, vuelve de vacío.

-¡Inconstante mariposa! Le está bien empleado -respondieron todas las voces.

-¡Qué malas son ustedes! Un poco de generosidad... En fin, Caliope, puesto que sigue usted en la idea de casarse y con el mismo marido, va usted a retirarse, si gusta, para que haga ensayar a sus compañeras el epitalamio que he compuesto para usted y que su pudor de simple novia la prohíbe, oír.

-Gracias por nosotras -dijeron las demás.

-Dispensen ustedes, señoritas, pero si cualquiera otra de ustedes estuviera en el caso de Caliope le hubiera hecho salir a ella y hubiera dicho mi epitalamio delante de ésta. No hay aquí nada de personal y es una simple sorpresa que queremos prepararle. No se trata, pues, querida Caliope, de una exclusión de mis favores. Antes de que salga usted, tengo que darle, como a todas sus compañeras, una buena noticia. Mi gran tragedia, *Deidamia, Reina de las Amazonas*, va a ser representada antes de un mes en el Teatro Feydeau. Tengo la palabra del célebre director Sageret.

-¡ Qué felicidad!

-Sí, muy grande, hijas mías. Porque ya sabéis lo que está convenido hace mucho tiempo. Todas vais a dejar las modas

y a plantar a esta excelente señora Migoulette. Eso le enseñará a hacerme inventar una décima musa. Voy a hacer que os ajuste a todas Sageret en condiciones magníficas. Entonces sí que os volveréis verdaderas musas. Tengo cincuenta papeles de mujeres en mi obra. Polimnia, usted que tiene las costumbres del mando, hará de Deidamia. Todas estaréis enamoradas de Papillón...

Una inmensa carcajada interrumpió ese ditirambo.

-Papillón... ¿quién llama a Papillón? -dijo una voz entre los dos ruidos que hizo una puerta al abrirse y cerrarse.

Y el aludido apareció en la tienda, recibido con los brazos abiertos por Eurotas, mientras las muchachas se enseñaban con ligeros codazos la nariz del comediante, teñida por el sol del más bonito color de rosa.

-Te estoy buscando desde esta mañana y celebro mucho encontrarte aquí.

-Y yo el verte -dijo Eurotas.- Vas a darme tu opinión sobre un epitalamio ...

-No se trata de eso ; tengo que hablarte en secreto.

-Bueno, se acabó el ensayo. Señoritas, pueden ustedes llamar a Caliope. Ensayaremos el epitalamio mañana o acaso esta tarde.. No se cansen ustedes mucho en hacer sombreros ni se quiebren la cabeza para embellecer a un atajo de cotorronas que no se lo han de agradecer. Consérvense para el teatro, hijas mías. ¡Si la ciudadana Migoulette me oyera! Ahora sí que me pondría en la puerta. Pero le está bien empleado ; ya te daré yo la musa, vieja verde.

Y cuando estuvieron en el umbral de la puerta, muchas miradas tristes y contrariadas siguieron a Eurotas a través de los cristales del escaparate, entre el caprichoso laberinto de cintas, de flores y de plumas.

-¿Qué puedo hacer por ti? -dijo Eurotas a su amigo.

-En primer lugar, querido Eurotas, dedicar la mitad de la amistad con que me honras a un nuevo compañero que me proporciona la vida.

-¿Su nombre? Estoy pronto a serle tan adicto como a ti.

-Es proscrito, pero te dirá su nombre en cuanto te conozca y me lo permita. Es el joven con quien me encontraste en el merendero de la Isla.

-No hice más que verle de prisa, pero me pareció una buena fisonomía, franca y cordial, con una altivez en la mirada que me sedujo en seguida.

-Cuenta con nosotros para hacerle un gran servicio, para salvarle la vida.

-Se la salvaremos, Papillón ; es preciso.

-Se trata de encontrar a una joven cuyo padre fue guillotinado dos días antes de thermidor, mientras mi amigo estaba en la emigración.

-¿Cómo se llamaba?

-Me ha encargado el secreto. Si por casualidad no fuese ya digna... No ha sido él quien ha tenido esta idea, sino yo, y por eso le he aconsejado yo mismo que se calle el nombre. Es, pues, preciso que prescindas de él provisionalmente en tus investigaciones y que te contentes con las circunstancias

que te daré muy en detalle. Tú conoces, como yo, todos los rincones de París.

-Ciertamente, y voy a registrar mis libros de teatro.

-¿Eh?

-Amigo mío, se han hecho lo menos quinientas comedias en las que se busca una señorita desaparecida y cuyo nombre se ignora, y siempre se la encuentra en el desenlace. Allí encontraré ciertamente una idea, un plan, un ejemplo. ¡Ah! Papillón, se dice que el teatro es la imagen de la vida, pero es todo lo contrario. La vida es una comedia y una tragedia a veces.

Eurotas se creyó obligado a pronunciar estas palabras en un tono melancólico.

-Ven ante todo para que te presente a mi nuevo amigo -dijo Papillón. - Vive conmigo desde ayer noche y me espera sin duda con impaciencia.

-Eso es : iremos a almorzar donde, nos vimos ayer. Tengo la superstición del lugar donde se ha visto uno por primera vez y vuelvo a él de buena gana. Por el camino convendremos lo que hemos de hacer después.

Y Eurotas cogió del brazo a Papillón. Los dos pasaron el Sena por el Puente Nuevo y remontaron la corriente charlando.

No bien habían salido de la, calle de Saint-Honoré, cuando un guapo oficial de húsares se puso a pasear por delante de la tienda de la señora Migoulette. Tenía cara enérgica y aire emprendedor y era muy moreno y muy alto. Polimnia

palideció ligeramente al verle. Pero pronto bajó los ojos hacia su labor y dijo con voz muy dulce a Erato :

-¿Te sientes mejor?

-Sí -respondió la joven con expresión de infinito reconocimiento.

VII

¿Qué profunda ternura, protectora de una parte y agradecida de la otra, unía a aquellas dos mujeres? Tiempo es ya de decirlo, pues la amistad de Polimina y de Erato, tan envidiada por Euterpe, ocupa un gran lugar en nuestro relato.

Hacía ya cinco años de esto. La señorita Celeste Bachelier, convertida, en la musa Polimnia por obra y gracia del poeta Eurotas, merecía bien un retrato y Boucher hubiera consentido en hacérselo, Tenía entonces veintiún años y estaba en todo el esplendor de una belleza resultado de una salud radiante. Sus facciones estaban lejos de ser de una regularidad romana, y su nariz, de una espiritual insolencia, estaba en especial rebelión contra las leyes inmortales de la línea. Pero no se veía de su cara más que, la sonrisa, que parecía, el triunfo de una flor roja sobre el brillante rocío, y los ojos, de un azul claro, en los que corría, como en el fondo de un manantial, una imperceptible arena de oro. Era su cabellera de un rubio de miel con algunas ondas bermejas y cambiantes como las de un arroyo lleno de hojas secas después de la tempestad. Su tez reluciente estaba amasada de luz con pe-

queñas pecas, deliciosas chispitas como las que ostenta el aguardiente de Dantzic. Era más bien alta que baja y gruesa que delgada, y el conjunto de su persona presentaba un hermoso dibujo escultural. Su cara estaba, iluminada, por decirlo así, de alegría, y florecía en su boca una expresión de entusiasta benevolencia. De este modo, parecía pasar a través de la vida como un bello rayo de sol entre el encanto de las flores. Todo era a su alrededor simpatía para aquella naturaleza franca, abierta y bondadosa. Era ciertamente la más alegre modista de París, en aquel tiempo en que París era a la vez alegre, y siniestro. Era, a semejanza de tantas otras, como la mandrágora que florece al pie de los cadalsos.

Vivía entonces en la calle del Petit-Musc, en una casa modesta cuyos otros huéspedes no tenían mas fortuna que ella. Estaba, por otra parte, muy poco en su casa, aunque su ventana estuviese siempre tapizada de capuchinas y de otras enredaderas, entre las cuales, al aparecer por la mañana, era su cara como un sol interior que también acariciaba y caldeaba a las flores. Era buena y laboriosa, obrera durante el día, pero dedicaba, las noches a un sin fin de pasatiempos frívolos, le gustaba el baile y se moría por los paseos en barca, por debajo de los puentes, cuyas claridades, lentamente encendidas, aumentaban en el temblor del agua del río la imagen agitada de las constelaciones. ¡Pues y el domingo! ... No la había más apasionada que ella por los paseos por el campo en esos inmensos coches cargados de ciudadanos fugitivos del empedrado, que arrastraba, la agonía de dos flacos jamelgos, al fuerza de latigazos.

Para decir verdad, Celeste Bachelier no iba sola a todas esas expediciones. Acompañábale un sueño viviente, por los lindos sitios de los alrededores en que tan buscadas son por los enamorados las primeras violetas, por Saint-Cloud, Viriflay y Nogent, en las orillas del Sena o del Marne. Aquel sueño llevaba, el uniforme de un guapo húsar absolutamente enamorado de ella y que quería tomarla por esposa entre dos campañas, un soberbio muchachón de Normandía, que tendría, acaso, un día bienes de sus padres. ¡Ay! el pobre no debía volver de aquella campaña a la que se marchó con los labios llenos de juramentos y los ojos llenos de lágrimas. Pero, a Dios gracias, ni Celeste ni él tenían el don de las provisiones dolorosas. Se amaban con todo su corazón y la vida era dulce para la obrera entre un trabajo que le gustaba, y en el que era diestra, y las arras que le pagaba la esperanza. Salía muy temprano, volvía tarde, y los vecinos no la conocían casi más que por la canción que entonaba al subir o bajar la escalera. Más la conocían los pobres sentados a la puerta con la mano tendida, pues era raro que al pasar la joven no quedase en sus manos una, limosna. No es, pues, extraño que la entrada de nuevos inquilinos, aun en un cuartito contiguo al suyo hubiese pasado inadvertida para aquella vagabunda y radiante criatura. Eran las recién llegadas una mujer que podría tener treinta y cinco años, y una niña que tendría unos doce, ambas de luto riguroso y a quienes tampoco se conoció pronto en la vecindad, por una razón diferente y contraria a la de la señorita Bachelier porque no salían jamás.

La madre hacía bordados y la hija le ayudaba. Esto era todo lo que habían podido saber los más curiosos por los comerciantes que iban a veces a comprarles la obra. En sus raros encuentros con la gente de la casa y en las cosas diarias de la vida, eran muy políticas, pero de una reserva, que olía vagamente a aristocracia. Los buenos demócratas de la casa no se engañaban y desconfiaban de ellas. -Simiente de exnobles- gruñían al ver pasar con su púdica y dulce altivez a la niña, cuyos ojos estaban siempre, bajos y cuya linda boca parecía ignorar la sonrisa. La madre debía de haber sido de una grande y soberbia belleza, pero sus cabellos habían encanecido antes de tiempo y todo era profunda melancolía en aquellas dos criaturas, hacia las cuales se despertaba un poco de lástima en todos los corazones un poco vibrantes. Se llamaban en la casa las señoras Bernard. -Debe de ser «de la Bernardiere» - pensaban los buenos demócratas ahumando pipas en el umbral de la puerta a los rayos oblicuos del sol poniente, que apenas penetraba en la estrecha calle.

Aquellas señoras se habían instalado allí en la primavera, en la época en que, las golondrinas vienen a colgar sus nidos en el alero de los tejados y parecen también ellas unas desterradas. La ventana de su bohardilla estaba próxima a la de Celeste, y la niña había también colocado unas cuantas flores tristes como ella, anémonas de un mojado pálido y pensamientos de oscuro terciopelo, ese jardín donde buscamos siempre un poco de las impresiones de nuestra alma, de tal modo tenemos sed de lo que la Naturaleza tiene de fraternal para nosotros.

Parece, sin embargo, que un día, la madre prohibió a su hija mirar por esa ventana, por la que sólo le llegaba la caricia del aire en la, estrecha calle. Esto pasó un día en que, había visto a la señorita Celeste acompañada hasta la puerta por el húsar, con el que cambió una tierna despedida. Hasta le fue a la niña especialmente prohibido responder a aquella señorita, la cual, algunas veces, al encontrarla cargada con algún pesado paquete, se lo llevaba con graciosa sonrisa. Pero Celeste no se cuidaba ni tenía conciencia del oculto desprecio de que era objeto. Amaba y era amada en aquella hermosa primavera llena de sol y florida de esperanza. Estaba todavía en la edad en que, se cree que aquello dura siempre lo mismo.

El verano había sido cruel para las recién llegadas a la casa, confinadas en un cuarto muy pequeño, cuya única abertura, que daba, al cielo, estaba casi condenada. Los días muy cálidos, en la proximidad de los tejados, eran seguidos por noches llenas de escalofríos por las corrientes de aire que se cambiaban entre las paredes agrietadas. Hasta los más indiferentes echaban de ver que la señora Bernard se desmejoraba a ojos vistas. Se decía también que la labor del bordado iba mal, pues todas las elegantes estaban lejos de París, y que las dos mujeres iban con menos frecuencia a la compra, por tener, sin duda, menos recursos de que disponer. Pero todo esto no eran más que conjeturas, pues la madre y la hija no hablaban con nadie y guardaban la actitud altiva que les parecía natural y que rechazaba por adelantado la sospecha misma de toda lástima.

Lo que no fue conjetura es que, en cuanto las primeras frescuras del otoño se apoderaron de las tardes, más breves y doradas por un sol más pálido, Celeste oyó a la señora Bernard toser cada vez más en la pieza contigua, donde también se oían los piececitos desnudos de la niña correr por los ladrillos, sin duda para procurar auxilios a su madre. Una noche en que los golpes de tos, más fuertes y más precipitados, denunciaban una agravación del mal, Celeste se levantó y llamó a la puerta de las dos mujeres.

-No tenemos necesidad de usted, señorita.

Estas palabras, dichas con voz seca por la madre, la clavaron en el suelo, muy triste por no haber podido ser buena y servicial con aquel dolor adivinado, como era en ella una necesidad casi despótica. No se atrevió más, sin embargo, a ofrecer sus cuidados en las noches siguientes, aunque el estado de la enferma empeoraba a, juzgar por las convulsiones de su pecho y por su mal comprimido estertor. Celeste sufría un martirio al no poder abandonarse al impulso sagrado de su corazón.

Cuando vino el frío, que es para, los que sufren un aumento de miseria, los transeúntes se apresuraban hacia sus hogares, calados hasta los huesos por las frías nieblas y, después, por las flechas de hielo que detienen en el río y en los arroyos esa alegría del agua corriente que, al reflejar el cielo, parece la imagen de la vida. Y esa muerte que el invierno reparte sobre todas las cosas, llegaba también al corazón en el que sólo los amores fervientes conservan un resto de calor.

Por eso Celeste, cuyo húsar seguía presente y lleno de ternura matrimonial, era la única que llevaba en aquella casa desolada una primavera inmortal en ella y un sol cuyos rayos nada podía apagar. Pero sus noches estaban atravesadas por crueles fantasmas, pues su vecina no le permitía más que un sueño interrumpido por los roncacos accesos de una garganta en la que hasta el aliento parecía quemar.

Una noche, ese repentino despertar fue más cruel todavía. Al otro lado de la tapia no se oía ya más que un gemido rítmico, una queja anhelosa. Aquel ruido monótono fue atravesado de repente por un grito de niña

-¡Socorro!!Socorro!

Y la puerta se abrió violentamente. Celeste, en camisa, estaba ya en la suya.

-Entre usted, señorita ; voy a buscar al médico.

Y vistiéndose a toda prisa, la buena muchacha bajó la escalera de un salto, injurió al portero porque no abría pronto, y se perdió por las frías calles preguntando a los raros transeúntes si sabían de algún médico. La mayor parte, si no todos, se reían de ella. Pasaron dos hombres más graves, y Celeste les hizo la misma súplica.

-Soy médico -dijo uno de ellos con voz muy dulce,- y estoy pronto a seguir a usted.

La joven le dio las gracias, le condujo a la casa, y le guió por la mano en la obscuridad de la escalera. No le vio más que a la luz del cuarto, una vela que humeaba y se deshacía en blandas lavas, no iluminando más que por debajo. Era el

médico un hombre de buena cara y de expresión compasiva. La niña, estaba ya a sus pies.

-¡Por Dios, salve usted a mi madre!

El hombre de ciencia la levantó muy amablemente. Celeste abrió los brazos delante de ella, pero la joven fue contenida por un no sé qué que le impidió aceptar el brazo. El médico mientras tanto, había aproximado el oído al pecho de la enferma, en el que la respiración se precipitaba, pero volviéndose menos distinta y silbando menos ruidosamente. Cuando levantó la cabeza, pintábase en sus ojos una verdadera angustia.

-No se vaya usted, señorita -dijo dulcemente a Celeste.

-¡Mi madre! -sollozó la niña.

-Tenga usted valor, hija mía -dijo gravemente el hombre.

Sacó un peso del bolsillo y quiso ponerlo en la mesa ; pero, por muy discretamente que lo hizo, lo vio la niña, y con un gesto imperiosamente doloroso, le obligó sin decir palabra a volverle a coger. Celeste y la niña se arrodillaron al pie de la cama, en la que el estertor no era ya más que como el ruido de los remos de un barco que se aleja. Así se va nuestra alma hacia la eternidad.

La niña rezaba con las manos juntas y sus lágrimas corrían por sus deditos helados y se congelaban en ellos. También Celeste tenía en los labios vagas oraciones, recuerdos de los *orems* de antaño, que le zumbaban en los oídos como esas bellas moscas doradas que los verdores de las tumbas cambian entre sí.

Una, dos, tres aspiraciones levantaban anchamente el pecho de la enferma como si fueran a hacerle estallar, y se precipitaban en una misma espiración lenta y penosa. La niña seguía rezando con los ojos fijos en el cielo y sin comprender. Celeste miró con terror. Los ojos de la muerta estaban fijos y su mano descarnada se había bajado lentamente hacia la niña para bendecirla.

Esta, pasándose bruscamente los dedos por el cabello y por los ojos, como si despertase de un sueño horrible, lanzó un grito desgarrador y fue a arrojarse, sobre el cadáver ; pero Celeste la aprisionó esta vez entre sus brazos y la niña permaneció en ellos con los hombros sacudidos por los sollozos y la cabeza anegada en sus propias lágrimas, mientras las de Celeste le caían en la nuca en tibias gotas como una lluvia de verano.

Ambas permanecieron mucho tiempo en aquel abrazo, en el que, bajo el recogimiento de un dolor pasajero, sus dos almas se fundían en un inalterable cariño.

Los vecinos habían también subido o bajado al oír aquel vago clamor de agonía. Las mujeres ofrecían tímidamente sus servicios y los hombres se volvían a la cama. filosofando sobre la fragilidad de la vida humana. Celeste, y la niña velaron solas hasta el alba, muy lenta en esa estación, y que, no teniendo cortinas que atravesar, sino simples ranuras de plata, en las grietas de las paredes, ponía serpenteos raros y fantásticos en aquel gran cuerpo extendido en la fúnebre blancura de las sábanas. Así debió de bajar una claridad a la tumba de

Lázaro al aproximarse el Cristo. Pero éste había muerto y Lázaro no debía ya resucitar.

Cuando al día siguiente hubo que hacer la declaración, preciso fue buscar los papeles que atestiguaban la autenticidad de la señora Bernard. A pesar de la resistencia de la niña, se forzó un mueble viejo cuya llave no se encontraba, y se averiguó que la difunta no era otra que la señora de Freneuse, viuda de un antiguo Conde de Freneuse, guillotinado dos días de thermidor.

-Ya lo decíamos nosotros -repitieron los buenos demócratas de la, casa.

Al mismo tiempo, Celeste supo que la joven se llamaba Laura.

-Laura -le preguntó,- ¿ quieres que sea tu madre?

La niña sintió un estremecimiento doloroso. Celeste rectificó :

-Pues bien, seré tu hermana mayor.

La niña sonrió tristemente y cayó por sí misma en los brazos de Celeste.

Después del desgarrador último adiós al despojo que se va hacia el gran surco en que mañana se desarrollará la flora, funeraria ; después del triste entierro que algunos vecinos siguieron lentamente, regocijándose en su interior al sentirse muy vivos, como es costumbre; después de la vuelta, al cuarto vacío y que era preciso devolver al propietario al día siguiente, para no comprometer un nuevo período de alquiler, Celeste y su protegida se quedaron solas. La niña, a quien el dolor tenía como alelada o insensible al menos a todas las

cosas del exterior, se dejaba cuidar, besar y rodear de ternura, sin salir nunca por completo de un sueño cruel.

Por no dejarla, Celeste que tenía felizmente un poco de dinero ahorrado, renunció durante varios días a ir a trabajar. No se, separaba de Laura más que, durante las horas que debía a su prometido. Un día el húsar la acogió medio sonriente, medio melancólico. Había, recibido orden de partir a batirse en Italia, y estaba contento porque era valiente, y le gustaba su oficio, pero también triste, porque era fiel y amaba a su amiga. Celeste, tuvo una verdadera pena, pero hubiera sido acaso todavía más viva, si la joven no hubiese tenido el cuidado de la huérfana, lo que era, a pesar de todo, una distracción grande y santa para su corazón.

El héroe prometió enviar con frecuencia noticias suyas, y durante el primer mes, en efecto, se recibieron dos veces, lo que era mucho en aquellos tiempos. Pero se acabó. Dos meses después un camarada escribió a Celeste para, hacerle saber que su novio había resultado con la cabeza gloriosamente hecha pedazos en el primer encuentro. Entonces fue ella la que lloró, y verdaderamente, con toda su alma. Y, por un fenómeno extraño, fue Laura quien se arrancó de repente al abatimiento de su propio dolor por el tierno deseo de consolar a su hermana mayor de una pena que ella no comprendía gran cosa. Pero el instinto de las mujeres es admirable en el dominio de los sentimientos delicados. Laura estuvo verdaderamente conmovedora de ternura, de atenciones exquisitas, de cuidados diarios, de esos mil detalles que se

agradecen a veces más que los grandes sacrificios. Pues un poeta lo ha dicho admirablemente:

*Son las más pequeñas cosas
las que prueban más amor.*

Ahora bien, esas señales de cariño en una desgracia inesperada, estrecharon más aún el lazo entre aquellas dos almas, una de las cuales era la inocencia misma, mientras la otra se reconquistaba por una elevación repentina, del pensamiento hacia la abnegación y la caridad. El mismo velo de pureza verdaderamente angelical cubría a aquellos dos seres a quienes la vida había formado tan diferentemente para el mismo sentimiento. A pesar de la negativa de la niña, Celeste era en realidad la madre de Laura. Pues era madre por todas sus ternuras aquella buena muchacha que el destino daba por guía, a una niña que parecía haber escapado a un destino de dicha y de seguridad. Y las dos resultaban así encantadoras, paseándose gravemente en la dulzura, de las tardes de la nueva primavera, hasta, el anochecer solamente, ambas vestidas de negro, hablándose muy bajito en el estrépito de las conversaciones frívolas, cuyo ruido moría a su alrededor tan indiferente como el de las piedras en el lecho tumultuoso de un torrente.

Llevaban esta existencia sin grandes necesidades, pero también sin recursos inmediatos, y así iban viviendo, cuando Celeste, prorrumpió en la primera carcajada que había aparecido en sus labios hacía mucho tiempo al echar de ver que

quedaban precisamente sesenta centavos en su hucha, que había roto al no oír en ella más que un alarmante y débil ruido de dinero.

-Vamos a tener que ponernos a trabajar, pobre niña.

Y Laura, devolviéndola su sonrisa, respondió casi alegremente :

-Mejor, con tal de que no nos separemos.

Celeste supo que la señora Migoulette pedía buenas, obreras y aprendizas, a quienes daba alojamiento. La señorita Bachelier era hábil en su oficio y Laura inteligente, y habilidosa por naturaleza. Celeste fue a presentarse y llevó a Laura como prima suya. Al poco tiempo, Celeste, convertida en Polinma, fue investida por la maestra de cierta, autoridad sobre las otras oficiales. Con esto ganó el tener una habitación separada para ella, en la que instaló también a Laura, a la que aquel loco de Eurotas había bautizado Erato.

Y, ahora, ya sabe el lector por qué cuando el guapo teniente de húsares Beauguignon pasaba por la calle, Polimnia, que se acordaba, sentía latidos en el corazón y se ponía muy pálida.

VIII

Para consagrarse, a su protegida, la excelente Celeste había renunciado a los placeres que, más le gustaban, pero el fondo de alegría que había en ella, y que era el de su misma naturaleza, volvía a aparecer en cuanto se presentaba la ocasión. Y era entonces como una locura aquel desquite de todos los gustos reprimidos y de todas las fantasías contenidas. Celeste bailaba toda una noche como una peonza y sus veinte años subían a su corazón como flota en un agua iluminada de azul una flor largo tiempo sumergida. Quedábase después avergonzada y casi hubiera querido que, la pequeña la regañase, para perdonarla después. Pero Erato encontraba encantador todo lo que hacía su hermana.

Polimnia hubiera querido que la joven sintiese un poco de aquel desarrollo inocente de los sentidos en la música y por el ritmo. Le espantaba el recogimiento de aquella juventud. sin risa y sin canciones, Pero Erato, sin vituperar nada a sus compañeras que, excepto Euterpe, la querían mucho, se mantenía ajena a sus placeres y no tomaba en ellos más que una parte disputada a la altivez natural de su carácter, en el

que se veía el estigma indeleble de la raza al lado de la gran tristeza del pasado.

Dormían en la misma, pieza, muy soleada por los primeros rayos de la mañana, y las dos estaban de ordinario levantadas muy temprano. Polimnia, sin embargo, echó de ver una noche que Erato, muy callandito, había encendido la luz, la había tapado por el lado que miraba a sus ojos y se había instalado en la mesita para escribir. Polimnia siguió haciéndose la dormida para no molestarla. Una hora después, y también furtivamente, Erato volvió a dejar el cuarto en tinieblas y se metió en la cama.

-¿Has dormido bien? -le preguntó por la mañana con mucho cariño.

-Divinamente, gracias -respondió Erato.

Era la primera mentira que descubría en ella, y eso la entristeció y la alarmó. Erato, sin embargo, parecía más tierna y más confiada con ella que nunca.

Aquellos insomnios, ocupados por una correspondencia misteriosa, se reprodujeron varias veces sin que, Polimnia quisiera dar a su amiga el disgusto de sorprenderla. Una noche, con todo, Erato pareció dormirse, más cansada que de costumbre, sobre la página empezada. Ahora bien, Polimnia era demasiado mujer para no ser curiosa y, por otra parte, su curiosidad tenía por excusa el papel de tutora que había, adoptado. También descalza, se bajó de la cama, se aproximó dulcemente y leyó por encima del hombro de la dormida, encantadora con la maraña de su bella cabellera suelta por la

que corrían hilos de oro, Era la segunda carilla de una carta, y Polimnia leyó con estupefacción lo que sigue:

« ... Te, he dado toda mi alma; Roberto querido, desde el día en que te ví, y sé que, a través del dolor que nos separa, toda mi vida sigue siendo tuya. Tu querida imagen está sin cesar ante, mis ojos y nada puede distraer de ella mi recuerdo. De lejos, mi corazón se ensancha todavía bajo tu mirada como en otro tiempo. El Menor aliento que pasa me trae el sonido amado de tu voz. Y tú, ¿te acuerdas? ¿Te acuerdas del gran jardín en el que me paseaba yo tan orgullosa de tu brazo, como una mujer? Y aquella flor que cogiste para mí, una mañana, en lo alto de la tapia, a riesgo de romperte la cabeza... Todavía me hace temblar el pensarlo... ¡Por un capricho! La guardo con todo lo que tengo más sagrado en el mundo. Espero y desespero alternativamente cuando pienso en ti, es decir, siempre, tú Roberto amado. Me parece que se nos debería un poco de dicha después de tantas miserias. ¡Oh! volverte a ver, volver a ver tus ojos y oír tu voz... No sé lo que pasa en mí cuando me ocurre esta idea de tu regreso, pero me parece que me moriría de gozo... ¡Roberto! ¡Roberto! ... »

La llama chisporroteó de repente, y Erato se despertó frotándose los ojos. Polimnia, muy admirada por su descubrimiento, no tuvo tiempo para meterse en la cama. Erato estaba muy encarnada, Polimnia también. No se hubiera, podido decir cuál de las dos estaba más avergonzada. Los grandes ojos negros de Erato se fijaban para interrogarlos, en los azules estrellados de oro de Polimnia. Pero no había cólera en su alarma. Con voz muy conmovida, le dijo

-¿Has leído ?

-Sí, he leído - respondió tristemente Polimnia.

Quedáronse en silencio, que Polimnia interrumpió la primera diciendo en tono de dulce reproche :

-¿Por qué no me has dicho que amabas?

-¡Está tan lejos el hombre a quien amo! respondió Erato más tristemente todavía. -No sé si vive y me miento a mí misma cuando le escribo que espero volverle a ver.

-¿Pero cómo llegan a su poder tus cartas?

-No las recibe. Mira, aquí tienes toda nuestra correspondencia, en la que no encontrarás más que letra mía. -Y Erato sacó de un cajón de la mesa un paquete de cartas cuidadosamente selladas. Después añadió:

-Vivo yo sola mi pobre novela, imaginándome a veces que me responde por algún misterioso lazo de nuestras almas... una locura sin duda. Pero tengo el corazón tan lleno de él, que me rebosa y escribo para no llorar. Esto te parece ridículo, pero te aseguro, mi pobre Polimnia, que es para mí un gran alivio el contar así mi pena a aquel cuya ausencia es el más cruel de mis males. Veo que te causo pena. Te juro que soy feliz a tu lado... todo lo feliz que puedo ser lejos de él. Perdóname ; harás mal en guardarme rencor. Eramos niños cuando nos prometieron el uno al otro y hemos crecido juntos hasta el día en que... Ahora lloro. Hubieras hecho mejor dejándome escribir más. Eso no me hace daño y sí mucho bien.

Como Polimnia quiso interrumpirla para calmar aquel dolor, Erato le contó entre sollozos su infancia al lado de

Roberto de las Aubieres, sus familias unidas por antiguas amistades y los proyectos cambiados en la cuna. Con un gozo cruel para sí misma, profundizó en sus recuerdos y volvió a entrar en la antigua casa donde todo era alegría y esperanza antes de que el duelo y la expoliación hubiesen forzado su puerta. Dijo además que, Roberto se había marchado con su padre y nunca habían tenido noticias del uno ni del otro, pero que estaba segura de que, jamás otro tendría su pensamiento, su amor, ni su fe.

-No me, guardes rencor -le dijo cariñosamente Polimnia cogiéndola en sus brazos,- por haber violado tu secreto. Ahora podemos hablar de él juntas y esto te parecerá acaso mejor que escribir cartas imaginarias que él no leerá, acaso, jamás.

-Déjame esta distracción inocente, Polimnia ; hablándole así de lejos, toda mi alma viene a los labios y vuelve aliviada de ese viaje. Es como un rosal al que se quitan las flores para que los capullos recobren un poco de savia. Leerás mis cartas, si quieres...

-No, por cierto, y te pido perdón por haber sido hoy tan indiscreta. Ciérralas como quieras, pero déjame en seguida que, yo las guarde bajo llave. Tienes dieciséis años, Erato, y si un día, por accidente, se encontrasen esas cartas, podrían comprometer tu reputación para los que no estuvieran en el secreto.

-Gracias por tu solicitud, Polimnia. Toma, aquí tienes todas las que he escrito. Pero no las quemes ; quiero conser-

varlas, y si algún día le volviese a ver, sabría que -he hablado siempre de él.

Polimnia puso las cartas en un cofrecillo que tenía sus iniciales. Erato continuó escribiendo y aquel relicario de su corazón se fue llenando lentamente.

Toda la casa estaba revuelta en aquel momento por el matrimonio de la señorita Caliope. Durante las horas de recreo se confeccionaba la ropa blanca de la camarada con risas y palabras animadas, más o menos inocentes según la experiencia de la que las decía. Polimnia y Erato tomaban parte, en aquella tarea amistosa. Erato bordaba muy ligeramente el velo por las orillas, y Polimnia, la más hábil, redondeaba en forma de corona, las flores de azahar. En cambio, ni la una ni la otra habían querido aprender su papel en el epitalamio dialogado compuesto por Eurotas con aquella ocasión.

Pues Eurotas había sido desde el principio el gran organizador de la fiesta. El novio de Caliope, Anaxágoras, era el peluquero del Teatro Feydeau, y Eurotas no descuidaba ninguna de sus influencias en el teatro. Todos los dependientes y empleados eran de antemano sus amigos y hasta al portero le compraba de vez en cuando tabaco para ponerse bien con él. El ciudadano Anaxágoras era, por otra parte, un hombre importante, o que al menos creía serlo, en la casa, pues tenía el honor de atusar entre sus dedos llenos de pomada las «orejas de perro» que adornaban las sienes del ciudadano director, Sageret, y de unir las dos aletas negras que completaban el tocado a lo Tito del primer traspunte de la escena. Anaxágora había prometido a Eurotas hablar bien de *Deida-*

mia, Reina de las Amazonas, a aquellas dos grandes autoridades, una de las cuales era soberana. Eurotas, en cambio, le había prometido publicar en los papeles los versos que estaba confeccionando para su boda.

La semana se, pasó, pues, en detalles de Coquetería por parte de las muchachas y en visitas continuas de Eurotas que iba a ver si todo marchaba bien. Era seguido generalmente a poca distancia por Papillón, que le andaba siempre pisando los talones para obtener una carta de recomendación para éste o para aquél, pues a todo esto, Papillón seguía no teniendo más que un pensamiento en la cabeza, aun antes que su famoso estreno, y era el de sacar de penas a su amigo Roberto encontrando a la señorita de Freneuse. Eurotas, que nunca había dejado pasar una fiesta patriótica sin consagrarle una propósito rimado, estaba muy bien visto por las Municipalidades. Dos letras suyas endulzaban a los huraños empleados y hacían abrirse todos los registros. El pobre Papillón, escoltado por Roberto, se pasaba los días hojeando aquellos insípidos documentos. Si Eurotas no tomaba una parte más directa y más activa en aquellas investigaciones, era, primero porque no tenía tiempo; después, porque no le habían confiado el nombre que se trataba de descubrir ; y, en fin, porque Roberto parecía tener cierta desconfianza de aquel muchacho regocijado, exuberante, y, sin duda, ligero.

En el gran recogimiento de ideas en que se encontraba, Roberto soportaba mal, en efecto, las alegrías demasiado ruidosas. Con sus exageraciones de palabras, sus vuelos de estrofas improvisadas y el estrépito de su talento sin discreción,

Eurotas le había casi repugnado y todo el bien que Papillón le decía de él no podía hacerle cambiar esa impresión. Por esta causa Roberto no quiso nunca acompañar a Papillón a la tienda de la señora Migoulette, y se quedaba esperándole en una calle o leyendo los periódicos en algún café, mientras el comediante hacía sus visitas a la casa, donde respiraba, la que era todo su pensamiento, aquella Laura tan ardiente y amorosamente buscada. Había alguna crueldad en aquella aproximación inútil que el destino permitía entre ellos. Parecía, sin embargo, que Laura tenía una intuición vaga y como una impresión misteriosa de esa proximidad, pues Polimnia la veía algunas veces palidecer y llevarse la mano al corazón como si se acercara el hombre amado.

El domingo víspera de las bodas de Caliope y Anaxágoras, Papillón dijo a su amigo :

-Mañana no puedo ir contigo, mi pobre Roberto. Eurotas me ha pedido el favor, imposible de rehusar, de ocuparme de una fiesta que está organizando... A no ser que, vengas con nosotros...

-Gracias -dijo vivamente el señor de las Aubieres.

Papillón, aunque algo vulgarmente, trató de convencerle de que un poco de distracción le haría el mayor bien del mundo, y hasta llegó a decirle que no teniendo sus investigaciones traza alguna de dar resultado, haría, bien de irse conformando y haciéndose a esa idea. Roberto se estremeció de dolor y casi de indignación y de cólera.

-Cuando ese caso llegue, - dijo, - sé lo que tengo que hacer.

-¿Qué ?-le, preguntó Papillón alarmado.

-Volveré al jardín, paterno más temprano todavía, y -añadió con dolorosa sonrisa,- procuraré no encontrarte en él.

A su vez Papillón se quedó aterrado y ansioso.

-Júrame al menos no hacerte ningún mal mañana mientras estés solo.

-Te lo juro, mi buen Papillón -dijo Roberto enternecido.- Gracias a Dios, todavía, no he perdido toda esperanza -Y ambos se estrecharon las manos.

Pero, con todo, la dicha de Papillón estaba envenenada para todo el día siguiente. Otro descubrimiento aumentó todavía el mal humor en que le había visto su amigo. El precio de la famosa espada de Roberto empezaba a agotarse. Segaret no había aún significado la admisión oficial de *Deidamia, Reina de las Amazonas*, lo que hubiera hecho abrirse los cofres de los usureros. Le quedaba muy poco dinero para echarlas de galante en la boda de Caliope, y era, de temer que al día siguiente no le quedaría, absolutamente nada. Guardó, sin embargo, en un cajón la mitad de lo poco que poseía, pensando que no era justo, puesto que Roberto y él tenían fondos comunes, que éste pagase la mitad de una diversión de la que no participaba.

IX

El gran día llegó por fin. Por la mañana temprano aquellas señoritas dieron un beso a su camarada Caliope, y el dormitorio de las modistas ofreció un espectáculo encantador que Lawrence parece haber vislumbrado en uno de sus más célebres grabados. Y fue alegre, radiante y precioso aquel cuadro de blancuras, de cabelleras enmarañadas, de cutis resplandecientes de juventud, de sonrisas corriendo como cascadas sobre la blancura de los dientes, de llamas que parecían cambiarse entre los ojos, de palabras gozosas corriendo de labios en labios, de cómica solicitud de todas aquellas bonitas camaristas improvisadas y habladoras, con las tijeras en la mano, arreglando, ajustando y disponiendo los pliegues, y todo esto en un gran rayo de sol que entraba abundantemente por las ventanas, mientras los pájaros cantaban y revoloteaban en los tejados próximos en medio de la radiante luz. En el centro del cuarto, la novia, con su carita afinada por una apariencia de timidez deliciosamente hipócrita y haciéndose la remilgada, mientras se miraba con cándido placer a medida, que se terminaba su atavío, haciendo como que

veía por primera vez que tenía un pie muy pequeñito en su zapato de seda blanca y el talle bien plantado bajo el ramo simbólico, y tomando una expresión de víctima que hacía sonreír a sus compañeras.

¡Pues, y los comentarios sobre el guapo Anaxágoras! Había que tener sujeto a aquel caballero, que era el coco de toda la calle. Las bellas damas no querían pelucas más que hechas por él y puestas por su mano. Caliope declaraba que le dejaría en seguida si alguna vez la engañaba, después de haber empezado por matarle, y todas le daban la razón. Es preciso que una mujer se haga respetar en su casa y en su matrimonio por su dulzura. Nunca los pajarillos, revoloteando en un cerezo en flor, gorjearon de tal modo. Y, en medio de aquel ruido, todas se atracaban de los bombones que Euterpe había repartido el día antes para las que mejor sabían su redondilla en el epitalamio.

El atavio estaba a punto cuando entró la señora Migoulette con su regalo en la mano. Era un *ridículo* que ella misma había bordado y era inteligente en eso, como hizo observar Euterpe, siempre caritativa. Como Caliope no tenía padres, la maestra le dirigió el discurso de circunstancias, pero en una forma de tan exquisita pureza que no necesitó llevársela aparte para ello. Toda, las oficiales aprovecharon por adelantado aquel manifiesto matrimonial que tuvo todo el carácter de una circular. Tratábase en él de las santas leyes de la Naturaleza, de la bondad del Ser supremo y de la unión indisoluble de las almas en el altar. Un erudito hubiera echado de ver que era aquello sencillamente un párrafo de Bitauibé, que

la modista se había aprendido de memoria. Nobleza obliga, y su dignidad de décima musa no permitía a la señora Migoulette expresarse como el común de los mortales. Nadie comprendió palabra, pero todas lloraron, sin embargo como fuentes, y Caliope por poco se desmaya, de emoción. Solamente Polimnia tenía una espantosa ganas de reír.

El estrépito de una murga entrando de lleno por las ventanas, como si los rayos del sol se hubiesen agrupado en pabellón de trompeta, puso fin a aquella escena de lágrimas. Era Anaxágoras, para el que Eurotas había obtenido autorización especial de la policía a fin de que entrase con música en casa de su novia. Era aquel un uso renovado de la antigüedad como todo lo que inventaba Eurotas. El desgraciado Papillón había sido puesto a pesar suyo a la cabeza de aquel orfeón y parecía que su enorme nariz tomaba parte en aquellos mugidos.

Después de una marcha militar inesperada y de un toque de caza todavía menos oportuno, Anaxágoras descendió de su carroza. Había querido peinarse, él mismo y tenía en la mano un ancho sombrero de medio queso cuyo roce, hubiera desarreglado el monumento capilar de que estaba coronado. Por espíritu de reacción, pues peinaba sobre todo a las grandes señoras, había conservado las cadenas. Su casaca, de seda era de un azul tornasolado y el calzón de un morado con reflejos. Presentaba el hombre un vago parecido con el arco iris, del que surgía su vientre, apretado como una cúpula bajo una lluvia de tempestad. Un enorme ramo hacía correr como arroyuelos cintas de todos colores por las anchas sola-

pas de la casaca. Una cara sonrosada e infantil, de esas que dan ganas de dar cachetes, salía de una corbata tan alta que sólo hubiera podido aceptarla alguna Herodiades burguesa para presentar la cabeza de Juan Bautista. Las hebillas de los zapatos parecían dos constelaciones.

Detrás de su carroza venían otras varias entre la multitud, ya considerable en la calle. Oyóse un murmullo curioso y después halagüeño cuando Caliope, muy guapa a fe mía, con su expresión despierta, se acercó a la que le estaba destinada, andando con las puntas de los pies como una perdiz entre los trigos, y se puso al lado de la señora Migoulette, que llevaba en la cabeza un verdadero jardín. Todas las muchachas, brillantemente vestidas de domingo, se instalaron en los otros coches. Eurotas y Papillón acompañaron al impaciente Anaxágoras, que se hacía el enamorado perdido y declaraba que se hubiera muerto si hubiera tenido que esperar un día más. Eurotas decía sus simplezas líricas y Papillón pensaba en Roberto y sentía el alma llena de amistosa ternura en medio de aquel ruido. La murga, que no tenía gana de correr delante de los caballos, fue a esperar la boda en la Alcaldía, donde renovó sus excesos, siempre bajo la dirección de Papillón.

Otra conmoción en otra multitud. El guapo teniente de húsares, Beauguignon, con su uniforme de gala, estaba esperando en la Alcaldía. El brazo de Polimnia se estremeció en el de Erato. El teniente las miraba mucho a las dos y Polimnia se apropiaba aquellas miradas, pero todo induce a creer que eran para Erato, absolutamente deliciosa con su traje

un poco menos claro que el de su compañera y de color lila pálido, como si reflejase la lejana melancolía de su pensamiento. Era ciertamente una distinguida flor en la que faltaba la expansión de juventud y de frescura de sus compañeras de taller. Beauguignon pareció muy impresionado al verla y se acercó lo más que pudo a las dos mujeres, lo que hizo latir más todavía el corazón de Polimnia.

La música saludó en seguida la entrada del magistrado municipal, subrayó su discurso con unos cuantos suspiros de trombón, estalló triunfal a la salida del cortejo, y, durante los cumplimientos de rigor, volvió a echar a correr para ir a encontrarse otra vez contra la fonda del *Pie de Carnero*, donde se iba a verificar la comida organizada por Eurotas y donde pronto se le reunió la boda. Anaxágoras iba esta vez triunfalmente sentado en la más hermosa de las carrozas al lado de la señora de Anaxágoras, la cual parecía sumida en meditación como una, santita de terciopelo en un nicho de raso blanco.

Eurotas había querido que la sopa fuera el famoso pisto de los espartanos, cuya receta había encontrado, y esta fantasía culinaria no permitió que nadie la comiera. Pero se desquitaron con admirable, apetito con el resto de la lista, que no tenía las mismas pretensiones históricas. Solamente los vinos fueron bautizados con heroicos epítetos. Por primera vez, el Argenteuil se llamó Siracusa, y el Suresne, Salamina. Se hizo observar que la pasta de un admirable ramillete, había sido hecha con miel auténtica del monte Himeto, lo que decidió a la señora Migoulette a darse tal atracón, que dos de

sus oficialas tuvieron que hacerse un arco para desabrocharle el corsé. Se había comido ella sola tres columnas del templo en que estaba colocado el amor victorioso y una parte del frontón.

Habían llegado a los postres sin otro incidente que aquella intemperancia iconoclasta, tan rápidamente castigada por los dioses, cuando un rumor suscitado por Eurotas, corrió alrededor de la gran mesa, por la que andaban como perlas desprendidas de un collar los capullos de azahar caídos del simbólico ramo de la señora de Anaxágoras.

-¡El epitalamio! ¡El epitalamio! -gritaba aquella voz popular.

Papillón gritó también a voz en cuello:

-¡El epitalamio!

A una señal de Eurotas, que aparentó ceder a pesar suyo a la impaciencia de los convidados, aquellas señoritas se levantaron, apartaron sus sillas y se agruparon armoniosamente. Después cada una a su vez, excepto Polimnia y Erato que, se habían quedado en sus sitios, cantó con una música graciosa, de la que Eurotas pretendía ser también autor, su rondilla correspondiente, que era repetida al unísono por el coro, según una moda tomada de los coros de Sófocles y bajo la inspiración de los versos amorosos de Anacreonte.

-¡Adorable! ¡Arrebatador! -exclamó Anaxágoras.

-La verdad es que está muy bien -añadió la señora Mígoulette.

Y toda la concurrencia prorrumpió en un inmenso viva.

Anaxágoras y Papillón, entusiasmados, se precipitaron al mismo tiempo hacia Eurotas para abrazarle, en el momento en que éste inclinaba la cabeza en un saludo lleno de humildad y de agradecimiento, y cayeron en los brazos el uno del otro . Cuando se separaban, la señora Migoulette, que se había levantado también para tomar parte en el entusiasmo, se encontró precisamente detrás de Anaxágoras, el cual, creyendo que era su mujer la que corría detrás de él, cerró los brazos y cubrió de besos las mejillas y la nuca, de la señora Migoulette. Esta, que en los días de su vida había encontrado semejante ganga, halló la cosa muy graciosa.

-Ya te había prevenido que tu esposo era un libertino
-murmuró la caritativa Euterpe al oído de la recién casada.

Eurotas, por su parte, hacía una buena cosecha, y abrazaba contra su corazón a todas ellas con éxtasis cómicos en las miradas. Polimnia y Erato se habían refugiado en un rincón para escapar a aquella tempestad de caricias.

-Esas se hacen las remilgadas -dijo la dulce Euterpe mirándolas de reojo.

Durante aquellas expansiones del poeta dichoso de su triunfo, Papillón que había abusado del Siracusa y del Salamina vendimiados en la orilla del Sena, aquel buen Papillón, cuya mente, ocupada hacía ocho días en graves investigaciones, encontraba muy a propósito un descanso, se reía a carcajadas sin razón, hacía piruetas en todos sentidos, declamaba con énfasis grandes versos trágicos, se subía en las sillas con grande alarma de todo el mundo y se bajaba dando un salto mortal, ejercicio en el que siempre había sobresalido. De

este modo cayó una vez galantemente en los hombros de la señora Migoulette, que estaba recogiendo del suelo su pañuelo, lo que gustó mucho menos a la opulenta modista que la familiaridad de Anaxágoras. La buena mujer llamó a Papi llón, imbécil y torpe, mientras él le ayudaba a levantarse. Y entonces Paipíllón, para salir del mal paso, volvió a tomar el mando de la murga. Pero también los músicos habían abusado de los vinos heroicos y aquello fue una algarabía, contra la cual protestó Eurotas en nombre del dios de la Armonía.

Eran las cuatro y entraba en el programa un paseo por el campo antes de la comida, que sería rápida, pues la gran fiesta debía acabarse en el baile del Tívoli. Fueron llamadas las carrozas y el cortejo, desembarazado de la murga, definitivamente desterrada por Eurotas, se colocó en ellas con un aumento de expansivo buen humor y de alegría..

X

París estaba polvoriento en aquella estación de hermosos días sin lluvia, y todo el mundo, las señoras sobre todo, tenía verdadera sed de campo un poco lejano, tanto como lo permitiese la necesidad de volver a París para la hora del baile. Se discutió si irían a Choisy o a Marly, pero Anaxágoras propuso Trianón, donde tenía un amigo, el botillero Langlois, que daba de beber y alojaba «desde catorce pesos cuarenta, centavos hasta la suma que se quisiera,» decía un anuncio del tiempo. Por el Sena y Sevres, se fueron, pues, a Versailles. Trianón tenía aún en la puerta este letrero, que permaneció diez años: *Propiedad en venta*. Trianón, que había escapado con mucho trabajo al decreto de nivoso que proponía labrar las tierras abandonadas; Trianón, cuyo admirable mueblaje estaba a la venta en casa de un prendero de la calle Nueva de la Igualdad. Y el parque plantado con ochocientas especies de árboles... Y el lago convertido en pantano... Solamente el templo de Flora había sido respetado y aparecía sonriente en la ironía de su decoración, tan fresca como si la Reina debiera ir a comer dentro de media hora. En todas partes no se veía

más que la ruina, el abandono, los dioses mutilados en sus estanques, que parecían llenos de sus lágrimas, y, en el umbral de aquel templo profanado, el botillero Langlois ejerciendo su comercio.

Aquel hombre recibió a Anaxágoras con cordial animación, se dignó encontrar guapa a la novia, propuso la primera serie de libaciones y se hizo después el cicerone de todo el mundo a través de los antiguos esplendores, hoy difuntos, de Trianón. La melancolía del sitio era todavía, mayor y más conmovedora bajo el cielo azul que servía de marco por el lado del sol poniente a un océano de oro. La luz oblicua iluminaba solamente la cuna de los árboles y ponía incendios en las ventanas rojas del palacio, mientras que en los charcos de agua del lago medio seco, donde los cisnes, muy flacos, movían desesperadamente las alas, la misma luz producía tintes de sangre.

En los pilones de las fuentes, los amores de bronce o de mármol tendían en vano sus arcos inmóviles. No pasaban ya por la sonora arena de los paseos los bellos palaciegos murmurando madrigales al oído de las damas, que no se asustaban por eso, mientras arrastraban sus largas y sedosas colas por los musgos donde ahora crecían ásperos cardos. Al espectro encantador de María Antonieta sucedía, destacándose sobre la espléndida decoración del anochecer, la silueta gordinflona y monstruosamente insolente, de la señora Migoulette, que declaraba que nunca había comido tan buenas galletas como las del ciudadano Langlois.

Para decir verdad, entre aquellos alegres visitantes, solamente dos estaban conmovidos al ver tal desolación indeciblemente saludada con risas y canciones. En primer lugar Eurotas, cuya piedad pagana estaba sublevada por todos aquellos sacrilegios y que, en su calidad de verdadero poeta, gemía al ver tratar así las nobles imágenes de los dioses. En nombre del pueblo francés, al que tenía el honor de pertenecer, presentó dolientes excusas a una Venus cuyo pecho de mármol habían mutilado unos tunantes. Tuvo lágrimas en los ojos para las Ninfas de fuentes agotadas, para los Tritones sin agua, para los Silvanos y los Faunos aprisionados por la hiedra y roídos por el musgo. Pero había otra para quien el espectáculo era mucho más conmovedor y profundamente doloroso. En Erato se despertaba la señorita Laura de Freneuse, la joven aristocrática que, siendo niña, había sido presentada a la Reina, y que conservaba la imagen del Triunfo triunfal en el que todo era música, flores, perfumes y encantos. ¡Se graban tan bien en nosotros las cosas que admiramos de niños!

Y no sólo le oprimía la memoria de aquella tarde de hermosos trajes, de bailes suspirados por los violines y de amables sonrisas, sino el pensar que en aquel cambio estaba la imagen de su propia vida. Todo un mundo, aquel en que había nacido, estaba muerto para ella. También ella llevaba para siempre, desde la sombra misma de la cuna, flores marchitas, músicas calladas y perfumes evaporados. Le pareció que pisaba su propio mausoleo, un mausoleo inmenso en el que fantasmas amados la rozaban sin hablarla. Llevándose

con ella a la buena Polimnia, se aisló del cortejo ruidoso de los señores Anaxágoras y buscó la soledad en un rincón del terrado desde donde veía el lago. Allí, ante la Indiferencia del alegre cielo, pero entre el murmullo fraternal de la arboleda estremecida por el primer aliento de la noche, dejó correr las lágrimas, con la cabeza en el seno de su amiga. Polimnia, tuvo la ternura inteligente de no turbar su dolor.

Cuando al oír el ruido de los grupos que se acercaban, Erato se arrancó a aquella meditación dolorosa, las dos mujeres oyeron las pisadas de un caballo en la parte baja del terrado. Miraron instintivamente y fueron galantemente saludadas por el teniente Beauguignon, seguido a distancia por un húsar que le servía de ordenanza. No se sabía si era la casualidad lo que le había llevado, o si, lo que era más probable, había él seguido a la boda en su paseo. Polimnia, que creyó que aquella atención era para ella, sintió un sobresalto en el corazón. También había pasado por su frente un recuerdo querido, y ese recuerdo estaba como florecido por una vaga esperanza. Jamás Beauguignon había estado más soberbio con su elegante uniforme en el polvo de oro que parecía aplastarse contra las altas paredes del terrado, el teniente resultaba como en una especie de apoteosis en la que las rojas claridades del Occidente ponían tonos heroicos. Cuando estuvo seguro de que le habían visto, picó espuelas, hizo subir al caballo una empinada cuesta entre los juncos que le rozaban el vientre, y desapareció al galope corto entre aquel humo glorioso parecido al de los cañones, cuyo estampido jamás oyera el bello militar.

De repente resonaron las notas de la trompa, evocando el recuerdo de las hermosas cacerías reales de otro tiempo. Era sencillamente el ciudadano Langlois que se había encargado de reunir a los paseantes diseminados por el parque, para servirles el último trago. La tarde caía rápidamente y era ya tiempo de volver a París.

Solamente la señora Migoulette no era de esta opinión, pues encontraba al botillero amable, el campo delicioso y hablaba de pasar allí ocho días. Se la izó, a pesar de todo, a su carroza y Eurotas se colocó a su lado para prolongar los goces inocentes de la Naturaleza diciéndole versos que la gruesa señora escuchaba lanzando suspiros capaces de hacer dar vueltas a un molino. Antes de acabar aquel viaje de vuelta, había echado de ver que no era ya el botillero Langlois, sino el poeta Eurotas el que le gustaría infinitamente y comprendía la angustia de su alma. De este modo subían al pecho y a los labios de aquella respetable dama los recuerdos desordenados de la juventud. Cuando se bajaron del coche, Eurotas, muy inquieto, tuvo buen cuidado de desaparecer.

Estaban en el Tívoli, donde se agolpaban ya los parisien- ses a la vuelta de *los Amathontes*, y la orquesta dejaba ya oír sus maravillas bajo las frondosidades y entre las plantas raras acumuladas por el guillotinado Boutin, allí donde floreció en otro tiempo la sociedad de los *Vendredins* que encantaba con su talento la señorita de Quinault. También en el Tívoli se acumulaban los recuerdos, más rápidos que en Trianón, pero también menos conmovedores. Pero el presente había borrado el pasado y la lucha de Ruggieri con el ciudadano Gerar-

do des Rivieras para la explotación de aquel lugar de placer era allí el único y poco interesante objeto de conversación. La boda de Anaxágoras cayó en aquel torrente humano donde nos costará mucho trabajo el seguirla, pues no había allí menos de diez mil personas divirtiéndose o haciendo como que se divertían.

Anaxágoras, Eurotas y Papillón se hicieron, sin embargo, un sitio en aquella confusión y constituyeron una doble cuadrilla que no dejó de obtener cierto éxito. Todas las muchachas se pusieron el cuerpo como nuevo de bailar, Eurotas olvidó las melancolías de Trianón, Papillón la tristeza de Roberto y el mismo Anaxágoras no parecía recordar que se había casado por la mañana. El gozo infantil que mostraba Caliope bailando no era, por otra parte, para traerle al sentimiento de sus idílicos deberes. Era aquello para todos una deliciosa embriaguez, un poco de la locura de que todo el mundo estaba entonces poseído y que era como el desquite de las lejanas angustias. Solamente Eurotas tuvo una ligera contrariedad. Estaba gozando del placer tan indiscreto como fundamentalmente inocente de oprimir el talle de la opulenta Melpómene, cuando la señora Migoulette, que había acabado por encontrarle, declaró que también ella quería bailar. Melpómene, que deseaba un aumento de sueldo, cedió el puesto a su principal con fingida alegría, y el pobre Eurotas tuvo que hacer girar las doscientas libras que pesaba la señora Migoulette, muy aplaudido por un público de lechuguinos en un tiempo en que estaban en gran honor los ejercicios olímpicos. Papillón, que estaba decididamente en pleno dominio de

la fantasía, imaginó plantar en la cabellera horriblemente deshecha de la señora Migoulette un molino de papel que acababa de comprar, lo que aumentó el efecto cómico de los giros de ésta y valió a Eurotas, que no lo sospechaba, aplausos más ruidosos todavía.

Polimnia, que no quería separarse de Erato, luchó mucho tiempo contra la animación general, pero a la pobre muchacha se le bailaban las piernas. Erato echó de ver el martirio que sufría, y, con una amabilidad exquisita, le suplicó que bailase, diciéndole que no se alejaría de ella. ¿Qué podía temer en medio de tanta gente? Hubiera preferido volverse a casa en vez de quedarse en aquel tropel, pero temía ofender a Caliope no asistiendo hasta el fin de las fiestas de su himeneo.

Polimnia cedió, y Eurotas, libre al fin de la señora Migoulette, fue su primera pareja. El poeta sintió de repente un temblor en el brazo de Polimnia. Mientras se abandonaba al ritmo de sus antiguas delicias rejuvenecidas, la joven había reconocido entre la multitud, y al brillo de las luces, la varonil fisonomía del teniente Beauguignon, Un poco iluminado por el brillo extraordinario de sus ojos. Y su pensamiento se puso a dar vueltas bajo su frente con la misma celeridad que ella. Por una vuelta al pasado, vio de nuevo al hombre a quien amó, y encontró que Beauguignon se parecía enteramente a él. El teniente la amaba, era seguro; y ella sentía también que le correspondía. Si Eurotas hubiera sospechado qué lejos estaba de él aquella a quien llevaba, en sus brazos, hubiera ciertamente compuesto un soneto sobre la impenetra-

bilidad del corazón femenino. Pero el poeta prodigaba concienzudamente sus gracias, persuadido de que Polimnia se las agradecía infinito. A todo esto, la joven se puso ligeramente inquieta, sin abandonar los compases a que la arrastraba la furia de la orquesta. El teniente Beauguignon había desaparecido.

Laurá soñaba bajo los farolillos que el viento agitaba en las ramas, mucho más absorta e inconsciente todavía, que Polimnia. Soñaba con las angustias de su vida cuando todos aquellos indiferentes parecían tan gozosos. No se volvió al oír unos pesados pasos que hacían crujir la arena detrás de ella.

No se movió aunque le importunaba un aliento tibio que le pasaba por el cuello. Pero, de repente, dos manos la cogieron por la cintura y Laura tuvo que dar un salto para desprenderse. El teniente Beanguignon estaba delante de ella, un poco vacilante y con una estúpida risa de soldado en los labios. La joven no pudo contener su indignación.

¡Miserable! -dijo,- ¡déjeme usted!

Bah! no se enfade usted, mi bonita Erato -dijo el teniente, tratando de apoderarse de la silla que servía a la joven de barricada.- Ya ve usted que sé su nombre, pero usted no sabe que la amo. Vamos, no se haga usted la remilgada. Una muchacha que trabaja en las modas y que viene al Tívoli...

-¡Déjeme usted! ¡Déjeme, usted! ¡Cobarde !.. .

El teniente había logrado apartar la silla y trataba de arrastrar a la joven.

- Vamos, linda Erato!

Con una energía inesperada en un ser tan delicado, Laura le plantó el codo en plena cara, y gritó con voz vibrante, sublevada, imperiosa, en la, que sonaba todo el honor indignado de su raza :

-¡No me llamo Erato! ¡Soy la señorita de Freneuse!

Casi a su lado sonó un grito y, al mismo tiempo, Beauguignon fue cogido por dos manos furiosas que le sacudieron. El, a su vez, se revolvió, pero su fuerza ordinaria, gastada por la embriaguez, no le servía de nada. Era Papillón, que, habiendo visto de lejos la escena, corría al socorro de Erato; Papillón, a quien una palabra acababa de hacer saber al mismo tiempo quién era, aquella a quien iba a defender tan a propósito. Un poco despierto, sin embargo, por la lucha, Beauguignon empezaba a reponerse. De un vigoroso empujón hizo soltar presa a su adversario y dijo :

-Oiga usted, el insolente, va usted a darme una satisfacción en el acto. ¡En guardia!

Y sacó el sable.

-No antes de haber puesto en seguridad a esta pobre niña, ni de haber dado a un amigo una buena noticia. Le pido a usted el resto de la noche, teniente. Mañana temprano estará a sus órdenes, si usted quiere.

-Muy temprano tendrá que ser -respondió el teniente, que recobró el sentido de las conveniencias y envainó el sable. -Mañana, a las seis, debe estar formado mi regimiento y salimos para Holanda.

-¿,Dónde podré ver a usted antes?

-Salimos de Vicennes. A las cinco de la mañana en los fosos, al lado de la poterna del fuerte, si le conviene a usted. Adiós, ó, más bien, hasta mañana.

Y Beauguignon se alejó ligeramente despejado y ya correcto por la costumbre de la disciplina. Papillón, entonces, que había estado enteramente absorbido por aquel drama, que comenzaba solamente para él, buscó a la señorita de Freneuse. Pero Erato había desaparecido. Volvió a los grupos donde estaban las compañeras de taller de Erato; ninguna la había visto. Tampoco Eurotas ni Anaxágoras. En cuanto a la señora Migoulette, interrogada a su vez, respondió con una pequeña pantomima muy estilo Regencia :

-¡Bah! habrá escuchado a algún galán y habrá hecho muy bien.

Papillón encontró al paso a Eurotas y le dio cita para el día siguiente, a las cinco de la mañana, en Vincennes.

La última que encontró fue Polimnia.

Entusiasmada aún por la última danza, pareció que se despertaba de un sueño cuando Papillón pronunció a su lado el nombre de Erato. Púsose en seguida a buscarla febrilmente, con Papillón y a llamarla a voces en medio de las risas de los tontos, hendiendo aquella multitud odiosamente burlesca, y empujando a los bailarines, que la llenaban de imprecaciones e impertinencias. Durante más de una hora estuvieron obstinándose en aquel dédalo humano cuyos caminos movibles parecían fundirse detrás de ello.

Una serie de detonaciones anunciaron los fuegos artificiales, y a Papillón y a Polimnia les pareció que aquella des-

carga les hería en el corazón. Bajo las chispeantes cenizas, en medio de una lluvia de estrellas de mil colores, a través del ruido de los soles al despedazarse en haces de fuego, con el pecho lleno de angustia, siguieron buscando entre la multitud, que se deslizaba alrededor de ellos como un torrente.

-Tengo que ir a reunirme con mi amigo -dijo Papillón,- pero estaré en el taller mañana a las ocho.

Y añadió con un poco de melancolía -A no ser que vaya otro por mí.

Los dos se estrecharon la mano terriblemente inquietos. Al salir, encontraron el cortejo nupcial que se había vuelto a formar. Eurotas estaba a la cabeza llevando el compás, y todo el mundo cantaba alegremente.

XI

Papillón tuvo que atravesar a pie casi todo París para llegar a su hotel. Eran cerca de las dos de la mañana y la luna envolvía en una bella sábana de plata fluida, la pintoresca silueta de la ciudad. Aunque el joven andaba rápidamente, iba pensando en la serie de acontecimientos que acababan de suceder y que se desarrollaban en su cerebro al revés, por decirlo así. El último y ciertamente, el más interesante, era el descubrimiento inesperado de la señorita Laura de Freneuse, en la aprendiz Erato. Era imposible una simple coincidencia. Hablando con las otras oficiales de la señora Migoulette, a Papillón, que sabía la historia de todas, le había chocado el misterio que envolvía la de Erato.

Era aquella la edad que debía de tener la prometida, de Roberto. Además, éste había hecho a su amigo descripciones repetidas de Laura cuando era niña, tan apasionadas y precisas, que no podía menos de reconocer la flor cuyo capullo había sido cantado con tal frecuencia delante de él. Aquella cabellera negra con reflejos azulados, aquellos ojos penetrantes y dulces, aquel airecito altivo y agreste; era Laura. Re-

cordó además haber visto un pañuelo suyo bordado con una L. Por otra parte, en sus investigaciones por las Municipalidades, no habían encontrado huellas de ninguna otra familia de Freneuse. ¡La dicha de Roberto era cierta!

¡Ay! el pobre Papillón había sido el obrero de esa dicha, pero también la víctima. No presenciaría aquella felicidad de su amigo. Estaba seguro de que el teniente Beauguignon le expediría para el otro mundo antes de cuatro horas. Beauguignon, del que le habían hablado, era célebre, por sus duelos Y jamás había dejado de matar a su adversario. Era un expedidor *ad patres* muy conocido; desde el célebre señor de Cominges no se había conocido otro semejante.

Papillón sintió frío en la espalda. Ya hemos visto, cuando estaba resuelto a matarse, que no tenía respecto de la muerte más que una filosofía un poco insuficiente. Tampoco tenía gracia morir a los veintidós años y sin haber creado el papel de Nicéforo en *Deidamia, Reina de las Amazonas*. Papillón se puso a pensar con dolorosa complacencia en todas las cualidades que morían con él, sin contar su genio dramático. Había sido buen hijo, aunque hubiera hecho rabiar un poco a su padre. Buen amante, aunque un poco inclinado a la inconstancia. Buen amigo... demasiado bueno, puesto que la amistad le costaba la vida. Mientras atravesaba el *Palais-Royal*, se, hizo por adelantado y en toda regla una elocuente oración fúnebre. Como el cisne, se lloró a sí mismo, y cuando llegó al puente y vio en el Sena el cabrilleo infinito de las claridades de plata de la luna y el espejismo chispeante de las estrellas, pensó de repente que todas las cosas se echaban también a

llorar, el agua, el cielo, los árboles que murmuraban en la orilla, los serenos que cantaban la hora a los transeúntes retrasados, y, a los lejos, el Teatro Feydeau, cuya, fortuna no podría ya hacer. Aquel espectáculo del dolor de la Naturaleza entera le hizo daño. Se acusaba por causar una pena tan universal y poco le faltó para gritar a aquella general desolación : ¡Cálmate, no se muere más que una vez!

Pero esa vez es terrible para el que la sufre.

Cuando llegó a la otra orilla, sus pensamientos tomaron un sesgo más preciso por la aproximación misma del suceso final. Resolvió escribir su última voluntad y expresar cómo entendía el papel de Nicéforo, para el que le representase en su lugar. ¡Y Angela!... la pobre Angela Barigoule que le amaba y a la que Roberto le había prometido reconquistar a su ternura... A ésta le dirigiría la despedida más conmovedora, la misma que había escrito cuando pensó matarse en el jardín y que había puesto en evidencia en un bolsillo. Mejor hubiera hecho en morir entonces ; así no hubiera tenido esta querrela con un espadachín por un desconocido, después de todo. Porque, en fin, hacía ocho días, no había oído hablar del tal Roberto. Fatal encuentro. Se le hubiera hecho un hermoso entierro y toda la juventud de las escuelas hubiera seguido los despojos de aquel muerto por amor. Cuando llegó al umbral de su puerta no le faltaba más que componer su epitafio y hasta había hecho el primer verso :

No se si he sido flor o mariposa

.....

Llamó quedito a la puerta de Roberto, pero éste no dormía.

¿Era una especie de presentimiento de la casualidad que iba a devolverle a Laura? Solamente los imbéciles, que no sospechan que, tenemos otros sentidos mucho más sutiles que los cinco que enumeran los filósofos rudimentarios, dudan de esos encuentros entre las almas a quienes el mismo pensamiento hace tender al mismo fin. Roberto se había levantado mucho antes de que apuntase, el alba y se había dedicado a la contemplación consoladora de las estrellas, que nos parecen mundos en que volverán a florecer, acaso, nuestras dichas prohibidas en éste. El bueno de Papillón, a quien el pensamiento de la alegría que iba a dar a su amigo había infundido una especie de heroísmo, no tuvo, sin embargo, fuerza. más que para decir estas palabras :

-¡He encontrado a la señorita de Freneuse! Aunque estaba anheloso al decir esto, tuvo que repetirlo al ver pasar por los ojos de Roberto una alegría tan delirante, que parecía una locura. Roberto le miraba sin parecer comprenderle, pero con una bienaventuranza enorme en las facciones. Después palideció horrorosamente y cayó en los brazos de su amigo murmurande:

-¡ Te han engañado; es imposible!

Aquel mismo día, en efecto, un dato encontrado en la Alcaldía le había hecho pensar que la señora de Freneuse y su hija se habían marchado al extranjero.

-La he visto con mis propios ojos -exclamó Papillón tranquilizándole como podía -Y tu la verás mañana.

-¡Corramos! quiero ver el sitio en que...

-No tan de prisa, mi pobre Roberto; tienes antes que cumplir un penoso deber.

-¿Con quién?

-Conmigo mismo -respondió tristemente el comediante. Tienes que acompañarme dentro de un instante...

-¿ Adónde ?

-¡A mi última morada!

-¿Eh? ¿Qué dices?

-O, más bien, al umbral de mi última morada. Porque voy a hacer un viaje del que nadie vuelve, al menos por su pie...

-Me, das miedo.

-Voy a batirme con un hombre que mata siempre a su adversario y que me espera a las cinco en los fosos de Vincennes.

-Pero como...

-Me bato por la señorita de Freneuse, amigo mío.

Roberto dio un salto.

-¡No lo consiento! -exclamó.- Nadie más que yo tiene derecho a batirse por ella. Papillón, llévame a buscar a, ese miserable. Por muy diestro que sea con la espada en la mano, te juro que le mataré.

-Imposible, Roberto. La fatalidad me ha escogido visiblemente en estas circunstancias. Soy yo quien ha maltratado indignamente al teniente Beaugnon, yo quien le ha provo-

cado, y no consentirá jamás en matarte antes de haberme matado a mí. Es un espadachín muy metódico, que lleva la contabilidad de sus negocios con perfecta regularidad.

-¡Bah! no importa.

-Importa mucho, mi querido Roberto. Importa absolutamente que mi muerte no sea inútil para tu dicha, que es lo único que me consuela de ser así suprimido en la flor de mis años. Déjame creer al menos que mi sangre hará brotar flores en tu camino. Irás a buscar a la señorita Barigoule con una carta mía, que te daré antes de entregar el alma, y le dirás que he muerto como un héroe. Se lo dirás delante de su odioso padre, que sentirá, acaso, no haber tenido un yerno como yo.

Papillón iba a comenzar dulcemente su panegírico, pero Roberto le interrumpió-¿ Quién es tu otro testigo ?

-Eurotas; le he dado cita en los fosos del astillo de Vincennes.

-¿Es hombre de corazón?

-Sí, por cierto; allí lo encontraremos.

-Basta; partamos.

-¿ Y las espadas? -dijo Papillón, repentinamente inquieto.

-Tenemos una de las que cambiamos el día de nuestro encuentro.

-Y mi adversario me prestará un arma, si es preciso. Vamos.

Apenas estuvieron fuera, Roberto interrogó a su amigo sobre el modo de que había descubierto el escondite de Laura. Cuando supo que ese escondite era un elegante taller de

modista y que el encuentro se había verificado en el baile del Tívoli, el señor de las Aubieres no pudo contener la expresión de una sorpresa dolorosa. Era aquello como el derrumbamiento de su melancólico ensueño, con más razón aún porque Papillón no pudo darle ningún detalle de los sucesos que habían ocasionado aquel rebajamiento. Todo lo que pudo decirle para borrar su penosa impresión, fue que sus compañeras la trataban con una especie de respeto particular y la joven había conservado un no sé qué altivo en su misma dulzura que, hubiera debido darla a conocer a un hombre más listo que él... Esto mismo aumentaba la impaciencia de Roberto por encontrar a la ausente, por saberlo todo y por buscar con ella el medio de sacarla de aquella situación indigna. Su terror era antes que se hubiera hecho religiosa o que se hubiera marchado al extranjero. Algunas veces se le había aparecido, triste y más dulcemente bella todavía, bajo el velo, del que pendían sus lágrimas como las gotas de rocío de las telas de araña del otoño. Ahora, echaba casi de menos esa visión, y la sombra silenciosa de los claustros le hubiera parecido menos terrible que la alegría de aquella tienda de escaparates indiscretos y abierta a todos los transeúntes. Por el camino, Roberto expresaba muy poco los pensamientos que se le ocurrían, pero Papillón los adivinaba sin duda en toda su amargura, pues se puso a exponerlos en mala filosofía sobre la injusticia de la desigualdad en las condiciones y sobre el tema, irritante, de que en todas partes hay personas honradas. Roberto apenas escuchaba aquella inútil charla. A todo esto, el pobre Papillón, sin dejar de emplear todos estos tesos-

ros de elocuencia, arrastraba un poco las piernas, después de haber pasado todo un día en divertidas fatigas y la noche entera en pie.

-Cógete de mi brazo -le dijo Roberto.- Ya ves que te verás obligado a hacer que me bata por ti.

Un coche de alquiler, que venía de dejar a unos paseantes retrasados, pasó dando tumbos en el momento en que ellos llegaban a la calle de San Antonio. La iglesia de San Pablo presentaba su rosetón amarillo y rojo iluminado sólo por fuera y que parecía un ojo de muerto que les enviaba solamente sombra. Papillón se registró los bolsillos.

-Todavía, tengo peso y medio -dijo : -tomemos ese coche.

El cochero, después de haber discutido miserablemente el precio, los dejó sentarse en la triste carroza de terciopelos ajados, que se puso en marcha con un ruido de hierro viejo y de chasquidos de látigo en el aire vivo. De este modo, teniendo Roberto para no hablar la excusa del estrépito del coche y Papillón su extremada fatiga para no continuarle su sermón, silenciosos, afectuosamente apretados el uno contra el otro y aislados, sin embargo, en su propia meditación, llegaron al castillo media hora antes de la de su cita y antes de que hubiese llegado Eurotas. Pero Papillón estaba seguro de su poeta.

A pesar de lo oprimidos que ambos estaban por sus propios pensamientos, no escaparon a ese bienestar pasajero que nos viene de fuera bajo ciertas impresiones consoladoras de la Naturaleza. A los mismos enfermos les proporciona la

Naturaleza un furtivo alivio detrás de las cortinas blancas que tamizan su palidez. De aquel despertar de todas las cosas saludando a la luz libertadora y rechazando lejos a las sombras, vínoles una especie de esperanza vaga, de confianza sin razón en el destino.

Ambos se sentaron en la orilla del foso y se quedaron mirando al vacío y saboreando el reposo de un sopor delicioso. Mostrábase a sus pies el brillo del rocío y un hormiguelo de florecillas que se abrían lentamente como ojos llenos de lágrimas, a los que las mariposas iban a agitar las alas como cálices vivientes. La torre y el castillo estaban como borrados por una ligera niebla que les daba el aspecto de algo flotante, como la visión temible de la guerra en medio de la paz del alba. Aquel velo flotante se espesaba en largas fajas horizontales que algunas veces cortaban por completo las siluetas y en las que jugueteaba la luz sonrosada del sol al subir en el horizonte.

Y en aquella especie de aniquilamiento que les producía el exceso de las angustias pasadas, no tenían los dos más que el mismo ensueño en su mente aturdida: estar allí, no ya solos, sino al lado de la amada por quien tanto habían sufrido. Y en aquella decoración en la que se estremecía la arboleda y murmuraban lejanos arroyuelos, Roberto al lado de Laura y Papillón al lado de Angela, se velan como amantes paradisíacos sentados entre las flores, suspirando palabras tiernas a las dos jóvenes, más bellas aún por el encanto misterioso en que estaban envueltas y teniendo también, como las flores,

diamantes en la cabellera y, como los pájaros, buna música en la voz.

Abandonábanse los dos a aquella frágil ilusión, temiendo que un soplo de aire o un ruido de pasos hiciera desvanecerse las queridas imágenes. Y toda la novela de su vida deplorable se transformaba en una sucesión de felicidades y de olvidos deliciosos de todo lo que había sido su tortura. Nada de cadalsos, nada de advenedizos enriquecidos, nada de destierros; los dos habían vuelto al jardín en que siendo niños cogieron las primeras violetas, éste para Laura, aquél para Angela.

Pero fueron despertados por este recuerdo y vueltos a la realidad por la llegada de Eurotas.

Este, tan ocupado como siempre de su atavío y después de haber consultado el barómetro para decidir si llevaría el bastón o el paraguas, había tenido tiempo para ponerse un perfecto traje de circunstancias, con los detalles de buen gusto y de carácter melancólico de un amigo que acompaña a otro a su último asilo. Porque Eurotas no dudaba un momento de que el teniente iba a atravesar al infortunado Papi llón como una alondra. Le habían contado lo ocurrido y el poeta tenía en la cara la solemnidad enternecida de las despedidas últimas y llevaba una casaca morada de un bonito tono de medio luto que le sentaba maravillosamente.

Con el movimiento dramático que convenía, fue a estrechar vivamente la mano de su apadrinado y se inclinó con imperturbable seriedad delante de Roberto que le miraba con

asombro. Después de lo cual, se volvió hacia, Papillón y le dijo con voz conmovida :

-Verás, pobre amigo, qué magnífico epitafio en verso te voy a hacer.

Papillón le respondió de buena fe y dándole afectuosamente la mano:

-¡Gracias!

Una banda de cornetas anunció que iban a dar las cinco, y, al mismo tiempo, aparecieron en la niebla tres hombres que se apearon de los caballos y se adelantaron: el teniente Beauguignon y dos de sus compañeros, uno de los cuales llevaba un par de espadas. Todos se saludaron gravemente.

Los cuatro testigos iban a reunirse, cuando el teniente detuvo a los suyos con un ademán, y, contra todos los usos, avanzó solo hacía Papillón, el cual tenía, por cierto, aspecto bastante sereno, a pesar de creer sinceramente llegada su última hora, y le dijo en tono muy amable:

-Su nombre de usted, caballero...

-Papillón.

-Pues, bien, señor Papillón, tengo el honor de presentar a usted mis excusas.

Los militares que, acompañaban al teniente hicieron un movimiento, de indignación, pero, muy tranquilo, el teniente les impuso silencio con el gesto.

-Dejadme acabar, amigos míos, y perdonadme que os haya traído a presenciar tal espectáculo. Pero habiendo sido público el insulto, era, preciso que lo fuera también la reparación. Por otra parte, no creo que, necesito dar nueva prueba

de valor. Hice mal, señor Papillón; estaba borracho, lo confieso, y siento en el alma lo que sucedió. Papillón, mudo, no daba crédito a sus oídos.

-La cosa es fuerte -no pudo menos de decir uno de los compañeros del teniente. Beauguignon lo oyó.

-Pues así es, amigo. Pero puedes estar tranquilo, pues doy excusas porque no tengo razón ; si no se batiese uno más que cuando la tiene... Pero he reflexionado esta noche.

Y, dirigiéndose a todos, añadió en un tono de emoción tan inesperado como su conducta :

-Sí, señores, he reflexionado mucho esta noche, cuando se disiparon los vapores del vino, y he pensado que en el momento de marcharse a la guerra, donde la patria necesita a todos sus hijos, un soldado no tiene derecho de arriesgar la vida ni de matar a un francés, que será, acaso, soldado mañana. Guardo mi sangre para la primera batalla, señor Papillón, y deseo a usted que, un día dé la vida, como yo, por su país.

Y el teniente, cuyos labios varoniles temblaban de entusiasmo, resultaba verdaderamente tan bello, que todos le miraban con simpática admiración. Como un estribillo marcial a las palabras que acababa de decir, las trompetas tocaron llamada en la torre.

-Adiós, señores, amigos míos, a caballo.

Y después de haber estrechado la mano a Papillón, el teniente montó a caballo. Los otros dos militares le imitaron, y, mientras brotaban unas cuantas chispas bajo las herraduras, al frío contacto de las espuelas en los ijares, los tres desaparecieron en la bruma, donde sus amplios uniformes formaban

pirámides de sombra al mismo tiempo que un rayo de sol, como una apoteosis, traspasaba las nubes y ponía sobre sus cabezas una vibración de púrpura y oro.

-Es un héroe -dijo Eurotas.- Le pondré un nombre griego para representar esta aventura en el teatro, y, si muere en un combate, le haré un epitafio en verso, ya que el tuyo me sobra, afortunado Papillón.

Y Eurotas, que tenía los ojos llenos de lágrimas, sonreía, sin embargo. Roberto y Papillón se quedaron mirándose.

-Ahí tienen ustedes uno que ha comprendido la vida mejor que nosotros- dijo melancólicamente Roberto.- Todos mis abuelos fueron soldados, y tuvieron razón.

-Todos los míos han sido ópticos -respondió Papillón ; - pero, para olvidar una pena de amor, creo que vale más un sable que el mejor polvo de pulimentar cristales. Eurotas tiene razón, ese hombre es un héroe. ¿Has visto, Eurotas, aquel ademán?- Y deseo a usted que dé, un día, la vida por su país.- Era así, poco más o menos, ¿no es verdad?

Y Papillón imitaba el gesto y trataba de reproducir la entonación del teniente. Debajo del hombre aparecía el incurable comediante. Roberto tuvo, al oírle, un momento de despecho.

-Sí, es un héroe -dijo,- porque obra y no se contenta con hablar.

Y acercándose a Papillón de modo que sólo él le oyera, añadió :

-Ven ; puedes comprender en qué angustia me encuentro.

-Perdóname -le dijo el buen Papillón. -¿Pero no quieres que Eurotas venga con nosotros ?

Roberto hizo un gesto de vacilación. No había podido vencer todavía su prevención contra el poeta. Papillón añadió :

-Eurotas, sin saberlo, conoce más que yo a la señorita de Freneuse.

Roberto no vaciló más, tal era su apasionada curiosidad por conocer todo lo concerniente a Laura.

- Está bien -dijo,- pero no le digas más que lo necesario.

Papillón comprendió y dijo en tono de afectada indiferencia :

-Eurotas, vas a acompañarnos, si quieres, a casa de la señora Migoulette. Quiero tener noticias de Erato, que debe de estar enferma a causa de estas terribles emociones. Mi amigo Roberto, cuyo concurso como testigo has aceptado cuando yo debía batirme, y a quien te presento, ha conocido en otro tiempo a esa joven, cuya aventura de anoche le he contado y nos va a acompañar.

-¡Pobre Erato! -dijo Eurotas con convicción.- Ese soldado es ciertamente un héroe, pero esto no le impide ser un bruto. ¡Atacar a aquella niña que lleva la inocencia en la cara lo mismo que en el corazón, a quien todos respetamos tanto como la queremos y que se encuentra allí no se sabe cómo! Pues esa criatura, a quien he dado el nombre de la más pura de las musas, sin haber sabido nunca el suyo, más parece hecha para llevar elegantes sombreros que, para fabricarlos con

sus deditos. Creo que, decididamente, has hecho mal en no matar a ese bárbaro.

Roberto bebía las palabras de Eurotas, que eran como un bálsamo puesto en su herida por la piedad de un Dios. Con los ojos húmedos, se aproximó al poeta y le cogió con gran placer la mano mientras éste seguía diciendo :

-Verdaderamente esos espadachines no conocen nada a las mujeres. A ésta se la ve enseguida. Es de las que desarman con el candor de su mirada y la única a quien nunca me he atrevido a hacer la corte. ¿La ha conocido usted en otro tiempo, caballero? Es ahora una señorita de aspecto grave, pero buena y benévola con todos. ¡Ah ! si yo tuviera la resignación del matrimonio... Pero un poeta se debe al amor ; serían muchas las que sufriesen si yo pasase ese temible Aqueronte. Sus lágrimas formarían un mar. Pues bien, todos sus favores no valdrían para mí lo que una mirada de Erato.

Y añadió con melancolía :

-Solamente, Erato no me mirá jamás.

El bueno de Papillón gozaba silenciosamente de la dicha de Roberto al oír todas estas cosas, mientras los tres caminaban apresurando el paso y buscando un vehículo para llegar más pronto a la calle de Saint-Honoré. Preciso fue a su impaciencia contentarse con el carro de un hortelano que, viendo a Papillón cojear de cansancio, le hizo subir por lástima. Un fresco olor de verduras se les entró por las narices, y Eurotas declaró que jamás se había sentido más inspirado para componer un idilio. Sonábanle en la memoria versos virgilianos, así como el

Mulcebant zephyri natos sine semine flores

de Ovidio, y se había cubierto la cabeza con una enorme hoja de col y héchose un tirso de un tallo de cebolla. Roberto hervía de impaciencia y Papillón se caía de cansancio y se dormía a pesar suyo. Así llegaron a la esquina de la calle, donde se apearon. Roberto sentía que las piernas se negaban a sostenerle al acercarse a la casa. Eurotas entró el primero en la tienda, cuyo escaparate de sombreros no era, todavía más que un esbozo.

XII

No se oía allí más que la, voz aguda de la señora Migoulette, que, sin embargo, no estaba nunca en la tienda tan temprano. La maestra parecía exasperada y toda la casa tenía un aspecto singular de tumulto. Aquellas jóvenes iban de aquí para allá, hablando entre ellas, haciéndose confidencias, en un traje matinal lleno de abandono, y era aquello una exhibición de cabelleras negras o rubias, sueltas sobre unos cuerpos claros en los que los talles no resultaban precisamente aprisionados. Corrían las exclamaciones de boca en boca y las manos se levantaban en el aire.

- ¡Quién lo había de creer!
- ¡Fíese usted del agua mansa!
- Yo lo había dicho siempre...
- ¡Marcharse sin prevenir a nadie!

Como el silbido de un mirlo, la voz maligna de Euterpe dominaba en aquella charla de cotorras, en la que se oían las palabras más injuriosas para la antigua compañera. La señora Migoulette estaba tan absorta en sus imprecaciones, que no reparó siquiera en los recién llegados, y, creyendo que eran

unas vagas compradoras, bajó solamente el tono para decir la frase legendaria :

-Sirvan ustedes a estas señoras.

En ella no perdía jamás sus derechos la gravedad profesional.

-Quisiéramos hablar dos palabras con la señorita Erato -dijo Papillón con infinita cortesía.

La señora Migoulette dio un salto, lo que hizo temblar el suelo y estremecerse los cristales.

-¡La señorita Erato! vayan ustedes a buscarla donde se encuentre.

-Con su amiga Polimnia. dijo irónicamente Euterpe.

-Esas dos señoritas han tenido por conveniente marcharse esta noche -siguió diciendo llena de cólera la señora Migoulette.- Me dejan plantada cuando más obra tenemos que entregar. Han deshonrado mi casa.

Papillón y Eurotas murmuraron al mismo tiempo :

-¡Cómo! Se han marchado...

Roberto estaba pálido como un muerto y era tal su angustia, que le crujían los dientes. Escuchaba como sin comprender, mientras la modista seguía diciendo :

-Sí, se han marchado como unas ladronas. Esto es lo que tiene haberles dado una habitación separada. Así se recompensa el bien que hace una a la gente... La tal Erato, que nadie sabía de dónde había salido, puede pasar aún. Nunca me había fiado mucho de ella. Pero Polimnia, en quien había puesto toda mi confianza, Polirnina, que era otra yo ; Polim-

nia, a quien hubiera cedido la tienda... ¿ Dónde habrán podido ir?

-Habrá que preguntárselo al teniente Beauguignon- dijo en tono de burla la señorita Euterpe.

Roberto sintió como una puñalada en el corazón y con voz moribunda preguntó a Papillón muy bajito:

-¿No sabes lo que ha podido ser de ellas?

Papillón, hizo el gesto desesperado de un hombre que, no sabe nada, y dijo dirigiéndose violentamente a Euterpe :

-Cállese usted, víbora...

Pero Euterpe replicó:

-Sí, sí ; usted las defendía siempre ; en realidad, puede que esté usted enamorado de ella y por eso rabia ahora...

-Euterpe, eres una muchacha perversa dijo a su vez Euterpe interviniendo.

-¡Las bribonas! -gritaba la señora Migoulette.

-Voy a hacer que las prenda la policía. ¿Cómo me voy a arreglar hoy?...

En este momento entró Melpómene radiante con una carta en la mano.

-Escuchen ustedes dijo;- he encontrado algo.

-¡Ah! hay novedades. Cállense, ustedes -dijeron todas las voces.

-En el cuarto de Erato estaba esta carta en el suelo...

-¿A quién está dirigida?

-A la señora Migoulette.

-¿Y la ha abierto usted, señorita? dijo severamente la maestra cogiendo de manos de Melpómene la carta en cues-

tión, mientras la muchacha se ponía muy roja bajo su trágica cabellera.

Hubo un susurro de impaciencia contenida y de cuchicheos ansiosos alrededor de la venerable dama, cuando, después de montarse en la nariz las altas gafas de moda, empezó a leer. Roberto estaba más muerto que vivo Y Papillón y Eurotas compartían, fraternalmente la angustia de su amigo. La señora Migoulette leyó:

«Señora ; está mal agradecer las bondades que ha tenido usted conmigo dejándola sin despedirme. Pero, acaso, me hubiera faltado el valor para hacerlo y mí resolución es firme. A pesar de todas las atenciones y de todos los miramientos que esas señoritas han tenido para mí y a pesar de la conveniencia perfecta que reina en su casa de usted... »

-Es muy buena de reconocerlo -interrumpió irónicamente la señora Migoulette.

-¡Miren la hipocritona! -dijo Enterpe.

« ... Me siento en ella demasiado expuesta para una joven que no tiene otra herencia más que el nombre que ha tenido que, callar a usted... »

-¡Bah! !bah! ¡bah! Novelas -continuó Euterpe.

-Es amable para nosotras-dijo Talía.

«...Mí tristeza y mi secreto eran para todas una carga. Hace mucho tiempo que quería renunciar a esta vida, aunque ustedes hacían todo lo posible para endulzámela. El insulto que he tenido que sufrir hace un momento apresura la ejecución de mi plan. No sé cómo no me he muerto de vergüenza ... »

-¡Qué comedia !-exclamó Euterpe.

« ... Si existe todavía un solo claustro en Francia y puedo llegar hasta allí, quiero enterrarme en él para siempre. Si no hay ninguno, prefiero la muerte a una existencia sin protección en el presente y sin goces honestos en el porvenir. Dios tendrá piedad de mí y me perdonará como usted...»

Roberto ahogó un sollozo en el pecho. Eurotas y Papi-llón se quedaron contemplándole consternados, mudos e inmóviles como él. La señora Migoulette arrugaba nerviosamente la carta, mientras las oficialas volvían a empezar en voz baja los comentarios, más animados que nunca. De repente la señora Migoulette, exclamó :

-¿Y el sombrero de la señorita Barigoule?

-¡Es verdad! ¡es verdad! -dijeron todas.

Erato debía llevárselo hoy por la mañana.

-Antes de las ocho -dijo la dulce Euterpe precisando.

-Y la señorita Barigoule lo necesita ahora mismo para ir a una boda... Pronto, que le busquen, y usted, Clío, le llevara enseguida

Clío hizo un gesto y gruñó :

-Ahora seré yo la que, tendrá ese trabajo.

Se pusieron a buscar por todas partes y aquello fue una revolución de cajas y una confusión de tocados puestos al aire.

-Rosa pálido, con caídas de perlitas y lazos de tul en el fondo -exclamaba la señora Migoulette.- ¡Mi obra maestra de este año!

Las oficialas continuaban revolviéndolo todo y maldiciendo a Erato y a Polirrinia, la cual hubiera sabido ciertamente dónde estaba el maldito sombrero.

-Melpómene -dijo la señora Migoulette, -vaya usted al cuarto de esas señoritas. Puede que esté allí el sombrero, o, acaso, Polimnia nos habrá dejado, como Erato, la expresión de sus últimas voluntades. ¡Atajo de farsantes!

Y la señora Migoulette echaba espuma bajo sus altas gafas.

Roberto y sus amigos, clavados en el suelo, seguían esperando. Melpómene volvió con las manos absolutamente vacías; no había ni la sombra de un sombrero en el cuarto abandonado ni una palabra de Polimnia sobre, un mueble o en los cajones cuidadosamente, registrados. Como todas las oficialas habían cobrado su mensualidad el día anterior, la situación de las dos fugitivas era la más singular del mundo desde el punto de vista de la honradez.

-¡Tomal es muy sencillo -dijo Euterpe.

-¿Qué es sencillo?-preguntó la maestra.

-Erato habrá tenido gana de un lindo sombrero para correr por el mundo.

Papillón y Eurotas se contuvieron para no estrangular a la infame. Todas las oficialas, por otra parte, protestaron vivamente.

-Está, sin embargo, tan claro como el día respondió la señora Migoulette.

-Salgamos -dijo Papillón a Roberto.

Y entre él y Eurotas se llevaron al señor de las Aubieres, que vacilaba como un hombre embriagado. Cuando el aire de la calle le dio en la cara, pareció que salía de un sueño y exclamó rompiendo a sollozar :

-Pérdida para siempre... Acaso muerta...

-¡Valor! -le dijo Papillón.

Pero el desgraciado prosiguió:

-¡No haberla encontrado un instante más que para que me sea arrebatada por segunda vez y más cruelmente todavía! La fatalidad es demasiado pesada para mí. Esta vez mi desesperación es incurable.

Mientras murmuraban a su oído triviales y dulces palabras, Papillón y Eurotas estaban muy cerca de pensar en el fondo como él. Sí, aquello era la desesperación incurable. Así se apoderan ciertas misteriosas fatalidades de algunos hombres que parecen hechos para, ser felices.

-¡Laura ! ¡Laura! - repetía Roberto., Y se quedaba callado.

De repente dijo con voz más dolorosa todavía:

-Ya no hay conventos en Francia... ¡Es la muerte!

Y pensando que Laura había dejado aquel asilo, indigno acaso, pero seguro, hacía ya muchas horas, sintió un escalofrío al temer que hubiese realizado su funesto designio. Cuando Eurotas y Papillón, también muy conmovidos, le hicieron pasar el Sena, Roberto se sintió como deslumbrado y desfallecido. ¡Quién sabía si el río arrastraba ya a Laura en sus ondas!

Cuando estuvieron en su casa, Roberto se echó en un canapé, donde se quedó con los ojos abiertos pero sin movimiento y como aniquilado.

Mientras Eurotas, decidido a velarle también -pues se temía, que aquel abatimiento diese lugar a alguna peligrosa resolución,- leía negligentemente un periódico, Papillón abrió maquinalmente una carta que estaba allí hacía tres días y cuyo, letra atrajo vivamente su mano. Después de leerla con avidez, y por dos veces, para convencerse bien de su contenido, se contentó con decir tristemente :

-Esta visto que, hay desgracias para todo el mundo.

Era la carta de un lacayo del señor Barigoule, absolutamente adicto a Papillón, que le había dado algunas veces billetes de teatro. Aquel hombre le participaba que el ciudadano Barigoule había prometido solemnemente la mano de su hija Angela al procurador Pistache, magistrado de gran porvenir y sacerdote de Themis infinitamente intrigante. Pensaba además apresurar las cosas, y había en todo aquello, según lo que había sorprendido el discreto doméstico, negocios de dinero cuya conclusión era necesaria para el crédito de Barigoule. Era, pues, de temer que la ternura de Angela por su padre estuviese interesada en aquella lamentable unión. Y, por primera vez en su vida, Papillón pensó : «Si se casa con otro, que sea para su dicha. »

-¡Dios mío! -dijo Eurotas arrojando el periódico que tenía en la mano.

-¿Qué hay? -preguntó Papillón con triste sonrisa. - ¿Te sucede al menos alguna cosa buena?

No -respondió Eurotas;- tengo mi parte en la mala suerte común. La compañía, Portariou ha ganado su pleito contra el director Sageret, el cual es desposeído del Teatro Feydeau. *Deidamia, Reina de las Amazonas*, no será representada ahora tampoco. Tengo todavía para mucho tiempo de no poder enseñar más que el eterno *Charles IX* a las bellas que quieran cogerse de mi brazo para ir al teatro... Mi pobre Nicéforo, tampoco esta vez podrás decir mis versos...

Y también Eurotas cayó en una vehemente melancolía.

Los tres amigos no habían tenido valor para almorzar. El gran calor del día cayó sobre sus fatigas en ayunas, filtrándose por las persianas cerradas que enviaban al suelo unas rayas amarillas de luz llena de un polvillo dorado. Por aquellas ardientes vibraciones de sol en polvo pasaba el zumbido lento y pesado de las moscas. En aquella canícula que hacía callar la canción de los pájaros en los tejados, una corriente, de plomo pesaba en las frentes sin pensamientos de los tres jóvenes. Cada cual en su butaca y con la cabeza caída hacia atrás, Papillón y Eurotas, se durmieron, mientras Roberto, presa, de un dolor más agudo, cerraba los ojos para que no se turbase con palabras su recogimiento desesperado. Papillón y Eurotas tuvieron sin duda pesadillas, pues de vez en cuando repetía el primero con furor :

-¡Pistache! ¡Pistache! -y movía convulsivamente los puños, mientras el segundo, con una pantomima parecida, mascullaba entre dientes los nombres de Portariou y de Sageret.

A eso de las cuatro, Eurotas se despertó el primero diciendo:

-¡Demonio! qué, hambre tengo...

-Yo también -dijo Papillón con franqueza, estirando los largos brazos.

Siempre hay en el sueño un poco de olvido. Solamente, Roberto permanecía inerte. Papillón, asustado por su inmovilidad, fue a tocarle en el hombro y le dijo :

-Salgamos... El gran calor ha pasado y no es cosa de dejarnos morir de inacción. Valor, amigo mío ; bien le necesitamos los tres.

Y añadió casi alegremente :

-Es todo lo que nos queda, pues de mi peso y medio de esta mañana, no tengo más que medio.

-Lo que hace un peso entre los dos -dijo Eurotas,- y además tengo un banquero. Sí, mi sastre. Como encuentra que hago mucho honor a su ropa, teme siempre que le deje; y habiendo echado de ver que no le pago nunca, le es igual a veces darme un poco de dinero para el bolsillo o hacerme un calzón. No le sale más caro, y le evita el ver sus obras de arte, casi nuevas, en la puerta de una prendería.

Roberto, después de haberse pasado varias veces las manos por la frente como para ahuyentar penosas imágenes, los siguió.

A pesar del abatimiento en que estaba, el aire tibio y lleno todavía de las vibrantes alegrías de la luz, dióle una impresión de salud y de juventud y esa fiebre de vivir que permanece en el fondo de todos nuestros dolores. Papillón y Enrotas, olvidando las propias desdichas, se golpeaban generosamente la barriga para alegrarle.

-Sé -dijo Eurotas- de un hostelero que nos tratará maravillosamente sin darle dinero; el del sastre excelente que se ha constituido en mi providencia. Porque ese hombre querido sabe que si yo adelgazase, sus ropas no sentarían bien en mi cuerpo. Vamos, pues, a la calle de Saint Denis, donde se oculta ese tesoro.

¿Qué les importaba el ir a un sitio o a otro? Los tres andaban con una perfecta indiferencia del fin de su paseo. Rozábanles los coches llenos de petimetres elegantes y de hermosas mujeres que se dirigían a las diversiones de los alrededores con la risa en los labios y los trajes llenos de flores. Todo aquel París epiléptico de alegría sacudía su marasmo con el ruido. Pero, también, lo que permanece en todas nuestras locuras, esa embriaguez sincera de los sentidos que respiramos con el aire y que bebemos con el sol, los penetraba dulcemente y los hacía olvidar.

Un bienestar vagamente sacrílego, los arrancaba a la legítima amargura de sus pensamientos. Las imágenes de Laura y de Angela flotaban en ellos más indecisas, como si las hubiera envuelto un poco de aquella hermosa bruma de oro que el poniente vertía en las calles y les hubiera puesto alas para huir. Los jóvenes marchaban en aquel sopor artificial de sus penas.

Ibanse a poner a la mesa con falsa animación, cuando hirió sus oídos un ruido lejano de músicas militares. Al mismo tiempo se produjo en la calle un gran movimiento de pueblo que corría, al encuentro de los soldados : obreros con mandil de trabajo, mujeres desgreadas, mancebos de tienda

en mangas de camisa y el enjambre de chicos que, parece salir de la tierra como una cosecha de cizaña en cuanto suenan las trompetas.

Los tres amigos bajaron rápidamente, y aquella multitud los arrebató como una ola que recoge en la orilla un resto de un naufragio. Todo el mundo hablaba; los que sabían algo se lo contaban a los demás, y los que no sabían eran los más charlatanes.

Eurotas tuvo un recuerdo del periódico que había leído hacía un momento cuando supo la desgracia de Sageret. El general Brune salía al frente de un ejército para ir a combatir a los ingleses y a los rusos en Holanda. Papillón se acordó también de que el teniente Beauguignon lo había anunciado su partida. El ruido de tambores y trompetas venía de la derecha y avanzaba perpendicularmente al Sena. Era la guarnición de Vincennes que atravesaba París para ir a formar en la puerta de Saint-Denis, punto de cita de todas las tropas que debían tomar parte en la expedición. Había sido preciso que Roberto, Eurotas y Papillón estuvieran muy absortos en sus propias penas para que no sintieran ninguna vibración refleja del gran movimiento de entusiasmo que dominaba al verdadero pueblo, al corazón de la nación, al que, a despecho de los lechuguinos y de las mujeres perdidas, piensa y obra.

Europa se coaligaba otra vez contra Francia; no estaba satisfecha con las victorias de Bonaparte y de Massena. Se nos amenazaba por el Norte mientras triunfábamos por el Mediodía. Y aquel nombre, de Brune, que había ya mandado gloriosas campañas, corría de boca, en boca. Las Municipali-

dades habían abierto oficinas de enganche voluntario y los jefes de cuerpo habían sido también autorizados para recibir reclutas. El sentimiento del peligro devolvía alguna virilidad a la antigua alma francesa.

El torrente humano seguía corriendo hacia el punto del boulevard donde la calle se perdía, como un afluente, aquel torrente humano en el que se mezclaban todas las voces, dominando las de las mujeres y los niños.

Detenía un verdadero dique de curiosos, que, arrollados por los que iban llegando, dejaba que las nuevas aguas se mezclasen con las del gran depósito circular. Un viva formidable saludó, en el tumulto de las músicas militares, a la irradiación paralela de los fusiles, oblicuamente puestos al hombro y que brillaban al sol como las largas gotas de un chaparrón de tempestad, al aleteo de las banderas desplegadas y al brillo de los sables de los oficiales, más y más distintos a pesar del polvo que flotaba por encima de todo como el humo de las batallas.

Las músicas entonaron el *Canto de la partida*, y fue como un inmenso eco que se elevó de la multitud. Los sombreros populares y los ramos se agitaban en el aire al mismo tiempo. Una vanguardia de infantería fue aclamada y arrastró con ella a una parte de los espectadores que querían prolongar en sus oídos y en sus corazones, patrióticamente conmovidos, la embriaguez de los tambores y de las cornetas. Avanzó en seguida, un regimiento de húsares con una ondulación de trigos bajo el viento en los chacós de los hombres y en las crines de los caballos. Todas aquellas varoniles caras de sol-

dados estaban iluminadas por una heroica sonrisa, mientras echaban a las mujeres miradas de adiós llenas de esperanza. Todas aquellas manos tendidas hacia ellos, todos los vivos con que eran aclamados, todo aquel entusiasmo popular de que eran objeto, ponían en su alma una fiebre de orgullo que se irradiaba en sus fisonomías.

-¡Es éll-dijo de repente Eurotas a Papillón.

En un soberbio caballo pasaba el teniente Beanguignon, espoleando por capricho, jugando con su alazán y con el aspecto tan dichoso como si corriese a una fiesta. No vio a nuestros amigos, como no veía a nadie. Iba caracoleando en un sueño de gloria y lleno por adelantado de los estremecimientos de la victoria, visión épica de la que se desprendían verdaderos efluvios. Aquel hombre llevaba en sí una atracción singular hacia la gloria o hacia la muerte.

-¡Qué razón tiene ese! -dijo Roberto.

-¡Quisiera encontrarme en su lugar! -añadió Papillón.

-¡Qué suerte el parecerse tanto a un héroe! -dijo Eurotas.

También ellos echaron a andar detrás de la tropa, entre los muchachos, que los empujaban y les pasaban entre, las piernas para ir más de prisa. Y el *Canto de la Partida* seguía sonando delante de ellos en las músicas que se alejaban, detrás de ellos en las bandas que se iban acercando, a su alrededor, en el gran clamor popular. Los jóvenes no se hablaban, impregnados de ese patriotismo ardiente que sacudía en el aire las franjas de oro de las banderas. Y en sus ojos fijos de hombres que marchaban impulsados por una fuerza misteriosa, se erguía una imagen muy grande y muy augusta que

llevaba una herida roja en el costado y un laurel de oro en la mano, la imagen de la patria.

La Francia se les aparecía, coronada por su bella leyenda de victorias y llamando a ella a todos los que sentían todavía los latidos del corazón en el universal decaimiento del vulgo .

En un recodo del *boulevard*, el cortejo resulto frente, a la luz. El sol, partido ya, en dos por el horizonte, parecía haber acumulado en la mitad de su disco, todavía visible, la radiación entera de todo su orbe. Era el magnífico adiós que daba a la Naturaleza y la gran ciudad cuyas siluetas dentaban de un negro violado aquella resplandeciente claridad, como una onda perdida de la laguna Estigia rompiéndose en el umbral brillante, de los Campos Elíseos.

En aquel inmenso nimbo de oro que se abría en el cielo como una puerta, nuestros tres desesperados vieron el ídolo glorioso y resplandeciente que les ofrecía una espada. Al mismo tiempo llenábase su pecho de un aliento parecido al de las cornetas, y salía de sus labios el *Canto de la Partida*, mezclando sus almas en el coro formidable que cantaba alrededor de ellos. Sin que el cansancio ni el apetito no satisfechos entorpeciesen un sólo instante sus pasos, sin conciencia del camino recorrido y como llevados en las oscuras alas de un éxtasis, los tres andaban sin fin y todo el mundo con ellos...

Iban ahora subiendo oblicuamente, acariciados por una apoteosis de púrpura y fuego, pues el sol se ensangrentaba al medida que se le iban tragando las fauces humeantes del horizonte. Las casas del arrabal iban iluminándose y apareciendo más sórdidas, llenas de flacos muchachos en los

umbrales, y rodeadas de animales apocalípticos que pacían hipotéticas hierbas dominadas por enormes cardos.

En la llanura que apareció en seguida, estaban ya como en un campamento las tropas llegadas para la partida. Los tambores redoblaban; sonaban las trompetas; los brillantes uniformes se mezclaban con las últimas claridades del día. Tiendas armadas para los oficiales, caballos ensillados y haces de armas se perfilaban sobre el hermoso cielo vagamente crepuscular. Cornetas y tambores tocaron parada.

Los tres compañeros no habían abandonado a Beau-guignon, y cuando éste se apeó del caballo, se encontró enfrente de ellos, los conoció y les dijo con franca sonrisa, yéndose derecho Papillón :

-Y bien, camaradas, ¿ no les dan a ustedes ganas de venir?

- Puede ser -dijo Eurotas.

-Teniente -preguntó con gravedad Roberto, -¿Podríamos todavía alistarnos y seguir a usted ?

El teniente se sintió como deslumbrado de feliz orgullo.

-Ciertamente, amigo -respondió cogiéndolo las manos,- y habla usted como un bravo.

-Lo somos los tres -dijo Papillón- ¿Verdad, Eurotas?

-Sí -respondió el aludido.- Que me den un sable y se verá si soy terrible.

Beauguignon, cruzándose de brazos y sonriendo con más bondad todavía, les dijo :

-Vamos a ver, muchachos, ¿ es serio ?

-Muy serio -dijo Roberto.

-Completamente serio -respondieron Eurotas y Papillón.

-¿Quieren ustedes alistarse en seguida?

-En seguida.

-¿En mi regimiento?

-Si es posible -dijo Papillón- Siempre es mejor encontrarse con amigos y esta mañana hemos hecho ya un poco de amistad.

Beauguignon soltó la carcajada.

-Y bien, muchachos, bravo; yo me encargo de eso.

-¿Pero quién nos va a dar trajes? -dijo Papillón siempre decorativo.

-No podemos batirnos sin estar temiblemente vestidos de militares- insistió Eurotas.

-Tenemos provisión de uniformes en los bagajes, queridos amigos. Si no se encuentran sables para vosotros, yo tengo a vuestro servicio varios que han hecho todos su deber. Vuestros nombres..:

Beauguignon sacó del bolsillo una cartera y un lápiz, y, apoyándose en la silla del caballo como en un pupitre, escribió :

-Remigio Anastasio Papillón, comediante.

-Eurotas, poeta lírico y dramático.

El farsante se guardó bien de decir su verdadero y poco eufónico nombre.

El tercero parecía vacilar, pero dijo de repente con voz muy firme:

-Roberto de las Aubieres, en otro tiempo noble.

Beauguignon dejó de escribir y le miró:

-Pero ciudadano -dijo,- ¿está usted autorizado para vivir en Francia?

-No, pero creo tener derecho a morir como cualquiera por mi patria.

La mano del teniente, una mano ruda y que apretaba fuerte, cayó sobre la suya.

Roberto Aubleres -dijo,- y no hablemos más. Nadie le preguntará a usted, para matarse, cómo se escribe su nombre. Y ahora, espérenme ustedes aquí mientras hago que se llenen las formalidades. Puesto que todavía puedo ser familiar con ustedes, abracémonos.

Y uno por uno, los envolvió a los tres en un varonil y conmovedor abrazo.

Cuando los tres amigos se quedaron solos, miraron a su alrededor. La noche había casi cerrado. Un viento más fresco estremecía los polvorientos árboles de la carretera. En torno de los jóvenes, apresurábase la actividad humana fustigada por los sanos apetitos de la, juventud y en medio de risas y canciones. Por encima de ellos la gran serenidad del cielo empezaba a cubrirse de estrellas con una pálida media luna. Sus miradas erraban de arriba abajo, y les parecía que todas aquellas hogueras que se encendían en campamentos lejanos e indefinidos eran como el reflejo de las constelaciones que brillaban en el infinito.

-Pido a ustedes perdón, amigos - dijo de repente Roberto con cierta solemnidad, - por haberles inspirado una resolución que acaso les cueste, la vida.

-Y nosotros damos a usted las gracias -respondió Papillón,- puesto que no teníamos que esperar de ella mucho más que usted. Más vale morir como soldado que de otro modo.

-Todos los soldados, además, no mueren en las batallas objetó filosóficamente Eurotas, que no estaba tan disgustado de las cosas del mundo como sus compañeros.

-Estaba pensando en esto desde esta mañana -continuó Roberto.- Lo pensé cuando este oficial nos habló en el foso de Vincennes. Sus palabras me conmovieron hasta el fondo del alma. Dice bien; son felices los que mueren por su país.

-Tampoco son de compadecer los que viven para él -añadió Eurotas.

Y, muy graves, volvieron a sumirse en sus meditaciones bajo las estrellas que habían desgarrado más anchamente, los velos de la, noche.

A pesar suyo, Roberto pensaba en Laura y Papillón en Angela.

Los tres fueron distraídos de aquella peregrinación del recuerdo por la vuelta del teniente Beauguignon que llegaba, del Estado Mayor con los tres enganches en regla.

-No tienen ustedes más que firmar, amigos - les dijo.

Los tres firmaron.

-Y ahora -dijo Beauguignon,- húsar Aubieres, húsar Eurotas, húsar Papillón, advierto a ustedes que me deben el mayor respeto y que, no hay que hablarme sin que yo les pregunte, porque tengo derecho para hacerles fusilar si faltan

conmigo a las conveniencias. ¡Firme! Rompan filas y a ponerse el uniforme...

Y Beauguignon se echó a reír haciendo sonar las espuelas en un movimiento de pirueta. El capitán de almacén había ido con él, y los tres soldados improvisados le siguieron. Y fue una escena ligeramente cómica aquella transformación a la luz de la luna. Roberto y Eurotas encontraron fácilmente, a su medida, y Eurotas sintió una alegría de niño al verse tan galoneado, pero Papillón, muy desgachado de estructura, como ya hemos dicho, no encontró más que un pantalón muy corto y que le flotaba lamentablemente en las piernas. Tampoco la casaca le bajaba tan abajo en los riñones como hubiera sido preciso para la decencia. Los camaradas que andaban todavía por allí le hicieron un bonito éxito de hilaridad.

-El papel del comediante es hacer reír -pensó heroicamente Papillón.- *Castigat ridendo mores.*

Tratábase después de darles monturas. Roberto, que era un excelente jinete, acogió con una caricia en el cuello al caballo que le fue presentado. Pero Papillón y Eurotas, que nunca habían estado siquiera en el picadero, se quedaron, como Panurgo, «en contemplación vehemente,» y hasta mezclada de terror ante los dos cuadrúpedos cuya sociedad les fue, asignada para la duración de la campaña. Roberto vio su embarazo y pensó que si confesaban su ignorancia los destinarían a la infantería.

-Dejad hacerles -dijo muy bajo;- antes de que lleguemos a la frontera sabréis tanto como los otros. Yo me encargo de formaros.

Hacía tiempo que había sonado la retreta y no quedaba de las hogueras más que alguna brasa aquí y allá o un delgado hilo de humo que subía hacia el pálido cielo perfilándose en un aire sin brisa. Se les indicó un rincón para dormir, una especie de cuesta en la que las hierbas estaban quemadas. Echáronse en él, se dijeron buenas noches y cayeron en un sueño delicioso, sin pesadillas, profundo, lleno de olvido.

La diana los despertó por la mañana sobresaltados, sacudiendo de todos los puntos y levantando por todas partes como un polvo humano.

Beauguignon, que estaba haciendo la inspección, los encontró en pie y les sonrió sin hablarles. Era mejor para los demás que no se supiera que eran sus amigos.

Los regimientos se estaban formando para ponerse en marcha y el Estado Mayor cabalgaba a través de las filas con sus penachos. Papillón y Eurotas temblaban ante la idea de montar sus caballos, que se encabritaban al nacer el día con la alegría que la luz infunde a los animales. De todos los alrededores del campo improvisado acudía una población de arrabal formada de pordioseros que querían beber la última copa con los héroes, patriótica canalla que sentía un verdadero amor por el ejército.

-Vamos como los demás a la cantina -dijo Papillón.

Y allí fueron los tres. Cuando se aproximaron, la cantinera estaba vuelta de espaldas para servir por el otro lado. Pe-

ro, al verla, Papillón y Eurotas lanzaron al mismo tiempo este grito de sorpresa:

-¡Polimnia!

Era, en efecto, Celeste Bachelier la que se encontraba ante ellos con un traje guerrero que sentaba muy bien a sus encantos.

-¡Silencio! -les dijo;- ya os contaré esto. Y a Eurotas le dijo muy bajito mientras le servía :

-¡Qué quiere usted! Amo al teniente Beauguignon.

Roberto, que no conocía a Polimnia, no comprendía nada de aquello, pero Papillón murmuró febrilmente al oído de la cantinera:

-¿Y Erato ?

-Se marchó sin despedirse de mí- respondió tristemente Celeste.-Eso es lo que me, ha hecho tomar esta resolución. Pero, silencio... ¡Otra ronda, amigos!

Todos chocaron sus vasos cuando sonó el botasillas. El empenachado Estado Mayor pasó en una nube de polvo dorado por los primeros rayos del sol. Los primeros regimientos poníanse en marcha y en un conjunto magníficamente saludado por la aurora, volvió a sonar el *Canto de la partida*.

XIII

Las primeras etapas se anduvieron sin más incidente que tres o cuatro caídas de caballo que dio Papillón, por fortuna poco graves, y que le valieron otros tantos castigos del equitativo Beauguignon.

-Es curioso, qué mal saben tenerse debajo de mí estas bestias -decía Papillón.

Y convencido de que le habían dado un caballo especialmente astuto y vicioso, llamó a su montura Calígula.

Eurotas, mejor dispuesto naturalmente para la equitación, llamó a su caballo Pegaso.

En todos los altos, los dos amigos iban a la cantina a hablar con Polimnia, que nunca había estado más animada. Roberto no los acompañaba más que raras veces. Al joven le hacía sufrir en el fondo lo que la vida de simple soldado tiene de fatalmente grosero. Independientemente de esa repugnancia, debida a principios de educación y a una distinción natural de sus gustos, se acostumbraba mal a la idea de que la vida de Laura hubiera estado unida tan de cerca a la de una muchacha vulgar como Celeste Bachelier. Ignoraba lo que

había sido para ella Polimnia, pues ésta, por un hermoso pudor de alma, no se había jactado jamás de ello. Lo que sabía era que habían vivido mucho tiempo bajo el mismo techo indigno de una de ellas, y que ahora parecían separadas para siempre.

Por una vuelta del pensamiento hacia tiempos más antiguos, Roberto olvidaba, como una visión penosa, el paso de Laura por el taller de la señora Migoulette. Volvía a ver a la amada en el decorado suntuoso de otro tiempo, muy pequeña y rodeada ya de homenajes, tal como había pensado siempre en ella durante su largo destierro. Y mientras Eurotas y Papillón hablaban con Polimnia interrogando con el vaso al tonelito de ron, siempre dispuesto a correr para ellos, Roberto se perdía en sus ensueños de otro tiempo, llenos ahora, de esperanzas perdidas y de melancolías incurables. Su herida se había irritado con la gran alegría, pronto trocada en un dolor mas grande, y sentía correr la sangre de su corazón al mismo tiempo que subían las lágrimas a sus ojos.

Polimnia, dio a sus fieles parroquianos algunos detalles sobre su fuga de casa de la señora Migoulette. Encontrándose en otro rincón umbrío del inmenso Tívoli, había ignorado lo que pasó entre Beauguignon y Papillón a propósito de Erato. ¡Infel Beauguignon! Una hora antes, entre dos bailes, le había dicho a ella las cosas más amables al anunciarle su partida para el día siguiente.-¿ Quiere usted ser nuestra cantinera ?-le dijo riendo ;-el empleo está vacante. -Ella tomó aquello por una broma y le respondió en el mismo tono: -Con mucho gusto.

Después desapareció en busca de Erato, según supo después. Polimnia no se alarmó por la desaparición de ésta en el baile, pues su salud delicada no le permitía las largas veladas y aquel día largo y ruidoso le habría hecho daño. Con un pensamiento de soledad afectuosa, Polimnia se había vuelto también a casa, aunque no estaba cansada de alegría ni de baile. Unos vecinos le habían dicho la fuga de la joven, y el desorden del cuarto lo indicaba también claramente. Buscando ansiosamente por todas partes si había dejado alguna carta para ella, había encontrado la dirigida a la señora Migoulette, y, con una curiosidad muy natural, si no del mejor gusto, había intentado descubrir algo en la transparencia del papel, sin romper el sello.

El papel era, en efecto, tan delgado, que se podía leer a través, y, con mil trabajos, había podido descifrar la despedida de Erato a su maestra. Habíase llenado entonces de indignación al ver que la que tanto había querido no se había confiado a ella para una resolución tan grave. Maldiciendo la ingratitud de Erato había pensado que aquella casa sería ya para ella enteramente insoportable. El resto era fácil de adivinar. Recordando lo que le había dicho el teniente, se había cerciorado de que era verdad.

Hacía mucho tiempo que deseaba ella una vida menos sedentaria y más llena de emociones. Y, además, siempre había sido su debilidad el uniforme de húsares. Iba, acaso, a dar nueva vida a la ternura de otro tiempo y a reconquistar otra nueva. A las doce, el disparate estaba hecho. Beauguignon, sin contarle lo que había pasado, se había prestado amable-

mente y dado de ella las mejores referencias. No era un obstinado en amor y a falta de pan, era hombre de contentarse perfectamente con tortas. Estaba engañado, por otra parte, por la ligereza aparente de Polimnia, que era en realidad una sentimental de cabeza un poco loca, pero la cabeza solamente. Había en ella un gran fondo de honradez natural y tenía el deseo de no ser nunca despreciada por nadie. Minerva bajo las facciones de Venus, como le decía galantemente Eurotas.

Atravesaban rápidamente la Campagne, país que no tiene nada de escabroso ; pero Eurotas y Papillón, esos hijos del antiguo París, del que nunca habían salido, iban de sorpresa en sorpresa, embriagados de aire libre y de Naturaleza. Todo era nuevo para ellos en aquel hermoso espectáculo del verano en su final, del que no se, tiene en las ciudades mas que una débil impresión, resultado del tibio calor del aire y de las luces amortiguadas ; sombras que no son ya moradas, sino grises, y tardes más presurosas con una melancolía mayor en los ponientes. Como eran ambos artistas por temperamento, a pesar de las fatigas que soportaban sin trabajo su robusta juventud, gozaban de todas aquellas cosas desarrolladas en pleno sol, llanuras doradas, ríos que parecían cintas azules, setos floridos de rosas de zarza y llenos de moras. Cuando penetraron en las *Arddennes* el espectáculo resultó mucho más grandioso. Por las espesas frondosidades escalonadas a lo largo de las colinas corría ya un vapor de moho. En una decoración más agreste de grandes selvas que van a morir en las majestuosas orillas del Meuse como inmensos leones agachados para beber, pasaba el primer escalofrío del otoño

dando una voz misteriosa a las enramadas y haciendo correr por los arroyuelos hojas prematuramente secas y que parecían piececitas de oro, como en un Pactolo. Cuando hacían alto y dormían en las tiendas de campaña, la noche se llenaba a lo lejos de aullidos de lobos, mientras que las estrellas se diamantaban más que en las noches de verano, cuando parecen bañarse en su propia luz, difusas en el azul flotante del cielo. A Papillón no lo gustaba aquella música. Eurotas pretendía hacerla callar, como Orfeo, recitando versos. Al cabo de unos cuantos días de marcha llegaron a la frontera, pero para seguir marchando por un país amigo. La República Bátava, en efecto, hacía ver que era aliada de la República Francesa, aunque todos los partidos no fuesen en ella igualmente adictos a la Revolución y a nuestro país. Lo que no impedía que fuese, para defender ese territorio para lo que Brune, lleno de polvo todavía de sus victorias en Italia, había sido llamado a París y arrojado en Holanda con aquel pequeño ejército de veinticinco mil hombres que iba a hacer tantas maravillas. Pero las tropas mandadas por el Duque de York y por el general ruso Haarlem amenazaban con desembarcar en los alrededores de Herman y había que llegar pronto a la orilla del Zuyderzée.

Al huraño paisaje de las Ardenes sucedió, ante los ojos maravillados de nuestros amigos, la espléndida Naturaleza de las llanuras brabantonas, que parecen tan fértiles como la Normandía. Las siluetas tan abundantemente frondosas se aplanaban ; el horizonte recobraba su implacable rectitud, apenas dentaba aquí y allá por el negro recorte de las ciuda-

des ; y a través de terrenos empapados de agua, llegaron a Amberes y a aquella admirable desembocadura del Escalda que parece ya el mar. En Amberes mismo, Papillón y Eurotas fueron deslumbrados por admirables cosas. Por primera vez volvían a encontrarse en una gran ciudad que recordaba a París y Nuestra Señora, y sintieron un enternecimiento de buenos burgueses. Pero no era permitido detenerse ante estas maravillas. Estaban entonces en el corazón mismo de Holanda y se aproximaban al fin vislumbrado, como el sol que se pone en una gloriosa aureola de sangre.

En Dordrecht, donde se ensancha una de las bocas del Meuse, su entusiasmo estuvo a punto de olvidar un momento las orillas maternas del Sena.

En Rotterdam las noticias se precisaron en un sentido grave. Desde allí se oían ya los rumores de la guerra, un gruñido humano en el gruñido insensible de las olas. El enemigo había atracado sus navíos a las costas y no se podía ya avanzar sin vanguardias de reconocimiento. Brune había dividido el cuidado de la defensa entre los generales Daendels y Dumonceau, no quedándose más que con una reserva de la que formaba parte el regimiento de húsares que nos interesa. Se sabía que el Duque de York acababa de entrar en el Tessel y se había apoderado de Helder, haciendo cautiva por sorpresa a la flota holandesa, nuestra aliada.

La proximidad del peligro infundía una fiebre verdaderamente heroica en el corazón de Roberto de las Aubieres. Todo noble francés es soldado de raza, y éste tenía sed de

defender el país, contra el que había estado a punto de combatir.

Hijo arrepentido, estaba pronto a dar toda su sangre a Francia.

Este hermoso remordimiento estaba mezclado en él con la desesperación de su vida perdida, y con un deseo sincero de salir de ella por la puerta más gloriosa. De este modo esperaba Roberto impacientemente la primera batalla y aspiraba a estar en primera fila, aquélla en que se cae, seguramente, para morir pensando en Laura.

Eurotas estaba, embriagado de gloria y de ruido. Como Tirteo, componía canciones guerreras y encantaba las largas etapas cantándolas a voz en cuello por el camino, para que todos sus camaradas repitiesen en coro el estribillo ; pues los que han sido soldados saben que cantar da a la vez piernas y corazón.

Papillón no hacía mal papel, y es todo lo que se puede decir. Sería exagerado que dijéramos que tenía una sed infinita de combates. La pena por la pérdida de Angela no había apagado por completo en él el prudente instinto de conservación. Por otra parte, continuaba viviendo en la peor armonía con su caballo y temía que aquella maldita bestia se encabritase y le condujese a pesar suyo a lo más fuerte de la pelea. Semejante animal era tener el suicidio en casa. Aunque lleno de detestables sentimientos para su montura, no dejaba de halagarla de todos modos para ablandarla, como los cortesanos del emperador romano cuyo nombre llevaba. Había embotado las espuelas contra una piedra para no hacer a

Calígula -intempestivas cosquillas, y a pesar suyo y sin poderlo remediar, pensaba con frecuencia en la tienda del bueno de su padre y se decía que el de óptico era en suma un oficio menos expuesto que el de soldado. ¿Y quién iba a representar Nicéforo si él se hacía matar estúpidamente ?

Papillón ocultaba con cuidado estas meditaciones melancólicas delante, de Roberto, pero el joven las adivinaba y no podía menos de sonreír. Muy cuerdamente, por otra parte, Roberto pensaba que aquellos para quienes es penoso el deber, tienen más mérito en cumplirlo. Beauguignon estaba loco de alegría al pensar que iba a haber jaleo. Este diablo de hombre no soñaba más que con el hierro y el fuego. El entusiasmo de Polimnia por él iba en aumento. El valor en la mujer depende con frecuencia de la curiosidad. Celeste estaba impaciente por conocer esa gran novedad que se llama una batalla, daba alientos a los reclutas, haciéndoles beber, y prometía un beso a los que se batiesen mejor.

El ocho de septiembre se divisó al enemigo en las avanzadas. La noche se pasó en el recogimiento y en el temor de una sorpresa. Se sabía que las fuerzas del enemigo eran ya superiores y que todavía esperaba refuerzos. Para no dejarlos llegar, Brune resolvió tomar la ofensiva e hizo cargar a unos cuantos regimientos, pero estaban bastante cerca de la costa para que dos fragatas y dos *bricks* rusos, que estaban allí anclados, los atacasen por el flanco con su artillería. Eurotas resultó con el chacó atravesado en aquel primer ataque y declaró que pensaba tapar aquel agujero de metralla con una hoja de laurel. Calígula recibió también un poco de plomo en

una pata, y Papillón le decía luego al curársela : Eso te enseñará a correr como un imbécil, Roberto, que también veía el fuego por primera vez, conservaba una especie de embriaguez en el cerebro. Repentinamente se había hecho tan soldado como Beauguignon.

A todo esto el Duque de York estaba decidido a contemporizar a pesar de que su ejército debía engrosarse con nuevos envíos de tropas, mientras que el nuestro no podía menos de debilitarse. Pasó una semana entera sin ningún acontecimiento militar.

El 18 por la mañana un movimiento de las tropas enemigas indicó que pensaban recomenzar la acción. No es éste el lugar de referir aquella heroica jornada ni cómo una parte del ejército ruso, cortada de improvisto, fue hecha prisionera. A pesar de sus prodigios de temeridad, Roberto, siempre al lado del intrépido Beauguignon, salió sano y salvo de aquella acción mortífera; Eurotas no se distinguió menos y le mataron a Pegaso, lo que le inspiró un soneto melancólico. Arrebatado por Calígula, casi curado de su herida, Papillón hizo lo que todo el mundo, sin dejar de murmurar entre dientes este verso trágico :

¡Ah! ¿por qué no estoy sentado a la sombra del bosque?

Calígula, a quien molestaba su cicatriz mal cerrada, llegó hasta a desbocarse, y se metió tan de lleno, con su dueño agarrado al cuello, en lo más recio de un combate de caballería, que Papillón fue citado entre los hombres más heroicos de aquella memorable victoria, y mencionado en la orden del día a propuesta del íntegro Beauguignon.

El ejército aliado se había replegado bajo el fuego de su flota, donde era imposible el perseguirle, y el nuestro acampo en las posiciones conquistadas, entre las rutinas de la aldea de Bergen, cuyos miserables habitantes tuvieron que pedir a nuestros soldados un abrigo en sus tiendas y tinas cucharadas de rancho Polimnia estuvo admirable de abnegación con aquellos desgraciados. Eurotas, que tenía el alma sensible se ocupó sobre todo de las mujeres y de los niños

Papillón estaba aturdido por su éxito militar. Aquel Calígula tenía algo bueno. ¡ Ah! si Papillón padre, ante su sempiterna mesa cubierta de lentes, hubiese podido verle... Estaba viendo al buen hombre correr por toda la casa, cuando lo supiera, para contar a todo el mundo, hasta a la cocinera, las heroicas acciones de su hijo. ¿Y Angela? Angela Barigoule no hubiera podido rehusar a un héroe lo que no había dado a un gran comediante. No todo, pues, era teatro en la vida. Se daban en ella, en el campo del honor, verdaderos sablazos y se moría de veras, a no ser que se citase a alguno en la orden del día por haber estado sublime sin haberse dado cuenta de ello un solo instante.

Después de un momento de patriótica embriaguez que sintió como todo el mundo por la victoria y por la patria vengada, Roberto volvió a caer en un indecible abatimiento. Con la noche que subía en el firmamento ahuyentando rojos humos, erguía ante él la imagen de la muerte que iba a cerrar los ojos a todos aquellos jóvenes, enemigos de hacía un momento, caídos ahora en la misma tumba y mezclando su sangre en el mismo polvo; la imagen de la muerte inicua que

se había llevado a tantos seres alegres y gozosos de vivir mientras le había respetado a él, tan desesperado; de esa muerte que la había querido.

Y en el silencio del doble reposo de los que dormían y de los que no existían ya, bajo los ojos de las constelaciones en que parecían ser lágrimas, Roberto se enterneció por todos aquellos funerales injustos, dudó de la bondad de Dios y pensó que nunca Laura le sería devuelta.

La campaña, a todo esto, no había tenido aún resultados definitivos, puesto que la flota holandesa seguía prisionera de la flota aliada y ésta, no había dejado el suelo de la República Bátava. El Duque de York había tomado posiciones delante del Zyp, y seguía amenazador, mientras que el ejército ruso parecía condensarse detrás de él para una acción definitiva. Esta no se verificó hasta, el 8 de octubre, retardada por las primeras lluvias que habían calado el terreno en un país naturalmente pantanoso. El campo de la segunda y última batalla fue la llanura de Castricum. Aquella jornada pertenece también a la historia, que cuenta que el general Brune cargó en ella él mismo a la cabeza de toda su caballería, arrolló el cuerpo de ejército del Duque de York y obligó a éste a pasar el Zyp.

Pero la historia ha omitido añadir que el teniente Beau-guignon perdió su caballo y cayó muy delante de su compañía, por lo que fue hecho prisionero después de heroicos esfuerzos para hacerse matar en el acto; que los soldados Aubieres, Eurotas y Papillón salieron milagrosamente sin un arañazo y que la cantinera Polimnia hizo fuego como un

hombre y fue presentada al día siguiente como ejemplo a todo el ejército.

El general en jefe esperaba las órdenes del Directorio para tratar, pues el enemigo había llegado a la costa en desorden y no parecía disponerse a continuar la lucha. En Alkmaar se verificaron las entrevistas, de las que resultó la evacuación de la República Bátava por el ejército anglo-ruso. Brune quiso obtener en ellas que fuese devuelta su flota a los holandeses, pero no habiéndolo conseguido, obligó, al menos, al enemigo a devolverle los 8.000 prisioneros franceses que habían sido hechos en Bergen y en Castricum, así como en las escaramuzas que se habían verificado entre los dos principales encuentros.

De este modo el heroico Beauguignon, dolorido todavía del combate y con el bello uniforme hechos jirones, fue devuelto a la admiración de sus jefes y de sus soldados. Todo el regimiento de húsares le festejó y Eurotas compuso una canción en su honor. Beauguignon, que había llegado a ser un Dios para Polimnia, recobró sus funciones y lo primero que hizo fue imponer un castigo a Papillón que, en su alegría de volverle a ver, había olvidado curar a su camarada Calígula. En desquite, propuso a Roberto y a Eurotas para la alta dignidad de caporales.

La campaña había terminado y Eurotas y Papillón tenían verdaderamente la *morriña*, o mal del país, más doloroso que nunca cuando ese país es París. Además, Angela Barigoule estaba, acaso, enterada de que Papillón había sido un héroe en la memorable batalla de Bergen. Luego, tenía también ga-

na de abrazar al viejo Papillón, el óptico ridículo. Eurotas pensaba que era posible que Segeret hubiera recobrado el Teatro Feydeau y que si él no se presentaba, se olvidaría a *Deidamia, Reina de las Amazonas*. Roberto mismo se encontraba poco a gusto en país extranjero, lo que era como una prolongación de su largo destierro de la emigración. Francia era dos veces su patria, pues por muy desgraciado que hubiera sido su amor, allí era donde había amado. Polimnia estaba dispuesta a seguir a todas partes a Beauguignon, el cual, para decir verdad, no hacía gran caso de ella, pero la joven pensaba que París sería una guarnición muy agradable.

El desengaño fue, pues, general cuando se supo que quedaría en Holanda un cuerpo de ocupación, bajo las órdenes del general Daendels, y que el regimiento de húsares formaría su caballería ligera. La noticia era más lamentable para los interesados porque el invierno, muy rudo en aquel país, llegaba ya del Norte en las alas abiertas y grises de las gaviotas para caer en las tristes orillas de Zuyderzée. Los soplos que venían de la costa eran más amargos y las olas, al rodar por la arena, parecían tener ya almenas de nieve en sus movibles cimas. La helada endurecía las arrugas de los caminos, en los que habían hecho surcos las ruedas de los cañones, y el hielo empañaba los charcos de agua, a los que no bajaba ya la imagen del cielo. Pero qué importaba a Papillón y a Roberto todo lo que no fuese Laura y Angela...

XIV

El ejército seguía ocupando Alkmaar y sus alrededores después de la firma del tratado. A las emociones fuertes del combate siempre inminente y a los goces de la victoria, sucedió una especie de aburrimiento y el ocio de la vida de los campos cuando el peligro no despierta las nobles facultades del alma. Aquel estado de embrutecimiento del medio en que estaban condenados a vivir, en un aire viciado por el humo de las pipas y los vapores del cognac, debía pesar en Roberto y en sus compañeros. Para el teniente Beauguignon era sencillamente la vuelta a la costumbre, y encontraba todavía medio de causar infinitas penas a la sensible y silenciosamente celosa Polimnia. Pero era tan valiente y tenía tan buen humor... Era un ideal de hombre aquel malvado...

Eurotas seguía haciendo canciones, lo que le había hecho muy popular. Todos las aprendían de memoria en las veladas, lo que le halagaba enormemente. Una noche, el muchacho que decía sus versos, apenas un adolescente lo hizo con tal fuego, que Eurotas se quedó enteramente impresio-

nado. El timbre de la voz, todavía mal formada, era casi el de una voz de mujer con entonaciones de contralto.

El poeta le escuchaba con delicia y Papillón lamentaba fraternalmente que un joven tan bien dotado no estuviese en el teatro, cuando, de repente Eurotas se dió un golpe en la frente :

- Hijos míos -exclamó,- ¿queréis que representemos comedias para matar el tiempo?

Sonó la retreta y cortó el movimiento de asombro y, después del entusiasmo con que había sido acogida aquella inesperada proposición. Sólo Papillón, cuya exuberancia era invencible siguió gesticulando ruidosamente y diciendo versos hasta después del toque de silencio, lo que le valió dos días de arresto del íntegro Beauguignon que pasaba por allí.

Eurotas, más silenciosamente pero no con menos intensidad de pensamiento, pasó la noche entera combinando su proyecto. ¿Por qué no hacer representar por camaradas de buena voluntad *Deidamia, Reina de las Amazonas?*... Una obra en la que no había más que un solo papel de hombre representada por húsares... Y, todavía, el único papel de hombre había sido prometido solemnemente, a Papillón, cuando tan bonito hubiera sido dárselo a Polimnia...

Pero el teatro vive de convenciones. En los tiempos antiguos, como hoy en el Japón, los papeles de mujer estaban representados por hombres y éstos mismos se desfiguraban hablando a través de máscaras sonoras. Aquello sería sencillamente una vuelta a las grandes tradiciones de Sófocles y Esquilo.

Eurotas se tocó la frente para ver si se le había rajado con la impetuosidad de su genio como la loza en el fuego. Tranquilo sobre el estado de su cráneo de poeta y sin haber podido consultar a nadie, pues la diana no había sonado todavía, púsose a combinar en sus menores detalles el estudio del drama y de su presentación. Hizo mentalmente el reparto entre los más imberbes de sus camaradas, y cuando la banda de cornetas saludó por fin al alba, bajo el cielo cobrizo del horizonte, el primero a quien comunicó su magnífico desig- nio fue Papillón. Pero éste había adivinado en seguida la noche antes y también él traía el fruto de sus meditaciones nocturnas, el arreglo completo del teatro y un reparto que fue inmediatamente comparado y discutido con el otro.

Hay que convenir en que Roberto no mostró más que un entusiasmo muy moderado ante aquel proyecto. El soldado histrión, aun por capricho, disgustaba a su incurable propensión a la nobleza. En cambio, Polimnia se volvió loca de alegría hasta el momento en que, hubo que decirle que ella no representaría, porque una mujer entre tantos hombres no podía menos de destruir la ilusión. Beauignon soltó la carcajada y hasta un alegre juramento cuando le fue sometido respetuosamente el plan.

-Me gusta que el soldado se divierta -dilo.- Invitaremos a todas las muchachas guapas de Alkmaar.

Y este grito del corazón no fue de los más a propósito para poner un bálsamo en la herida de Polimnia.

Hacía falta el consentimiento de la autoridad superior, pero Beauignon se encargó de eso. Todos los actores de-

signados por Papillón y Eurotas se presentaron de buena voluntad. Eran los más ilustrados del regimiento y los que sentían más necesidad de diversiones menos embrutecedoras.

-Los ensayos empezaron en seguida. Papillón declaró que, a pesar del gusto que hubiera tenido en dirigirlos poniendo su experiencia al servicio de su amigo el poeta, era preciso absolutamente que se consagrara a su papel, el más importante de la obra. ¡Mil trescientos versos! Para decir verdad, el drama debiera llamarse *Nicéforo conquistador de las Amazonas*, pues todas aquellas vírgenes guerreras debían enamorarse de él, y era preciso justificar ese fenómeno con un torrente de lirismo al que no resistiese ni la virtud de Lucrecia.

Eurotas, que no se separaba jamás de sus obras completas, tenía las copias de todos los papeles y dio a cada cual el suyo después de habersele leído con las entonaciones que él concebía. Se negó obstinadamente a una lectura general, diciendo que se desfloraría su obra y que había que desconfiar de la charla de las mujeres. Esta observación hizo reír a los húsares incorporados por el autor al bello sexo.

Entonces empezó para el campamento un nuevo aspecto que nunca sin duda había previsto ningún estratégico. Entre los ejercicios, las centinelas y los toques de corneta, no se encontraban más que soldados recitando en alta voz y diciendo monólogos. Todos los versos sublimes de *Deidamia* se desparramaban por las mangas de las casacas que se cepillaban, por las patas de los caballos que se almohazaban, por el cuero de las botas que se embetunaban con rabia, versos de

amor tejidos de oro y azul, como se posa el vuelo de las mariposas de primavera en la aridez de las murallas.

Las valientes rimas se espantaban apenas por los mujidos huraños de las trompetas. Era aquello como una obsesión para todos los actores improvisados y apasionados. Los más concienzudos y también los más bromistas, se tomaban un trabajo del diablo, para fingir verdaderas voces de mujer, y aquello formaba una música de loros enteramente graciosa.

Pero Eurotas, lejos de reírse de aquellos esfuerzos, los animaba. Estaba serio y convencido como un bronce. Papi-lón se había convertido en el terror de sus compañeros de tienda. Mugía los versos de Nicéforo entregándose a tales pantomimas, que sus grandes y nudosos brazos tropezaban en todas partes. De este modo dio sin querer una enorme bofetada al teniente Beauguignon que entraba de improviso a hacer una inspección. El teniente, que en aquella ocasión, había sufrido más que la disciplina, se creyó obligado a ser generoso y, por extraordinario, no castigó a Papillón.

La construcción del teatro ocupaba a otra serie de aficionados, que cortaban madera por los alrededores, plantaban palos derechos y cepillaban tablas. Unas cureñas de cañón, cogidas al enemigo en la derrota de Castricum, sirvieron para sostén de la escena.

En vista de que Polimnia quería absolutamente hacer algo, le dieron la plaza de apuntador. La voz de las mujeres se oye con más claridad. Le ahuecaron una concha de pino en la que estaría perfectamente en medio de un olor sano de resina fresca.

Una inmensa tienda hecha de lienzos fuera de uso, concienzudamente cosidos unos con otros, cubrió aquella escena improvisada, y sostenida por grandes mástiles coronados de trofeos.

El pintor Ugolin, también húsar por amor, y a quien Eurotas había tratado en París, pintó la decoración con ladrillo machacado, por no tener a mano otro color. Hizo la parte verde con verdaderas ramas de pino plantadas en la tierra auténtica. Así obtuvo un admirable efecto de bosque, destacándose en la sombra sobre el color púrpura de un sol poniente reflejado por el mar. Los accesorios, escudos, vasos antiguos y hoguera, fueron hechos con la misma fantasía ingeniosa. Se decidió que la sala del espectáculo no estaría cubierta para que pudiera ser más espaciosa, y que se esperaba un día de sol para la primera representación.

El gran día llegó por fin, después de unos cuantos de lluvia que rayaron melancólicamente el cielo, ensombreciendo todavía las brumas del Zuyderzée, y que sometieron a una ruda prueba la paciencia de Eurotas y de Papillón, de cuya fiebre dramática participaba toda la compañía. Por fin amaneció una mañana clara en el mojado firmamento, donde chispeaban todavía húmedas estrellas. Una cortina de pálido azul se extendió sobre las cabezas, y el sol hizo en ella un radiante desgarrón, salpicando de luz los terrenos deslumbradores por la escarcha del invierno.

El sargento Malitourne, que había sido jardinero y conocía el estado del cielo como un pastor de Caldea, presagió un tiempo soberbio por veinticuatro horas por lo menos. Inme-

diatamente se fijaron anuncios en las tiendas, redactados hacia mucho tiempo, y que, a semejanza de los teatros de París; decían en caracteres enormes :

DEIDAMIA, REINA DE LAS AMAZONAS

TRAGEDIA LÍRICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Y seguía este reparto :

Deidamia	El húsar Barbasson.
Cintia, su dama de honor.....	id. Riboulet.
Calirro, guerrero.....	id. Bonifacio.
Delia ».....	id. Cascamille.
Xoe ».....	id. Bridoulle.
Nicéforo, joven griego.....	id. Papillón.

Ninfas de los bosques y de las aguas. Personajes invisibles: Eolo y Apolo. Coros y música de escena. Apoteosis con cañonazos.

A las tres, momento fijado para levantar el telón, el público, contenido en un recinto de cuerda, pero cómodamente sentado en cajas de bagajes, leños y sillas, ofrecía un espectáculo verdaderamente variado ; con los soldados, que habían cedido galantemente los mejores sitios a las lindas damas de la ciudad, estaban mezclados los habitantes de Alkmaar y de todos los pueblos próximos.

Las primeras filas, ocupadas así por espectadoras privilegiadas, ofrecían un golpe de vista encantador de cabelleras rubias como la miel, encerradas por las sienes en anchas placas de oro fino, como es aún el tocado frisón; de cutis deslumbradores de blancura, iluminados por ojos azules como violetas y por sonrisas llenas de perlas como rosas matinales; de ajustados cuerpos que encerraban talles menos elegantes que los de nuestras parisienses, pero cuya robustez respira salud y dice bien las valientes cualidades de la raza. Las faldas rojas, como un campo de amapolas, daban una alegría indécible a aquel decorado de invierno. Y toda aquella gente se estremecía de placer, pues los holandeses, para quienes hemos sido con frecuencia malos aliados y crueles enemigos, han conservado siempre una singular simpatía por los franceses.

Beauguignon, en su calidad de oficial y con un uniforme nuevo de deslumbradores galones, revoloteaba como un moscón dorado por aquella canastilla de flores de nieve. Por fortuna, la pobre Polimnia estaba ya en su perfumada, concha... Nuestros soldados, por otra parte, tenían un gran partido con aquellas hospitalarias personas que habían podido admirar tan de cerca su valor.

Los tres golpes sacramentales en los teatros de Francia, dados en el suelo con la culata de un fusil, fueron la señal de un religioso silencio. Eurotas, entre bastidores, muy emocionado, hacía a todos sus comediantes las últimas recomendaciones, mientras Papillón ensayaba la sonoridad de su voz con unos gorjeos que no hubiesen sido indignos de un barítono preparándose a cantar su romanza.

Deidamia, de la que es tiempo de decir unas palabras, era una especie de poema de ópera hecho para ser recitado solamente, como se hicieron muchos en aquella época en la que todos los géneros estaban un poco confundidos, pues Chénier no había dado todavía a la posteridad, a través de la cuchilla sangrienta de la guillotina, la simiente de genio que debía renovar para siempre nuestra cosecha de poetas. El asunto tratado por Eurotas no dejaba de tener algún parentesco con el de Telémaco. Pero Fenelón estaba tan olvidado en aquel tiempo de ingratitud literaria, que no se hubiera encontrado, ni aun en el público que frecuentaba, los teatros parisienses, quien hiciera la observación, y menos aún quien se lo reprochase. Su Nicéforo no era, sin embargo, hijo de Ulises, sino simplemente el de los compañeros del héroe, salvado por el Rey de los encantos de Circe, para tener al menos un marinero en su galera. Pronto los separó un naufragio, y Ulises volvió a tomar el camino homérico de la Odisea. Nicéforo, que se había salvado a nado, llegó, con gran trabajo, a una isla desconocida.

Ahora bien, esta isla estaba ocupada por hurañas guerreras que habían jurado a los hombres un implacable odio, la Reina Deidamia y sus amazonas, terror de todos los que se aproximaban a aquellas costas, siempre envueltas al menor ataque, de una bandada de flechas de oro. Pero a la hora matutina en que Nicéforo, rendido, se había agarrado a las piedras de la ribera, cubierto de verde claro por los líquenes y las algas y lleno de conchas que le colgaban del cabello, las

belicosas insulares dormían aún bajo la bóveda nacarada de las rocas, con las armas a su lado, brillantes de rocío.

Cintia, la más amada de la Reina y que nunca se, separaba, de ella, fue la que el vagabundo vio la primera, y el sueño de la joven era tan dulce, que Nicéforo, que tenía el alma de un poeta, olvidó un instante su miserable estado y el frío que le hacía tiritar, para contemplar aquel admirable espectáculo, para admirar con religiosa emoción aquellas hermosas formas virginales revestidas por el brillo inmaculado de una azucena viviente, aquella postura cuyo casto abandono inspiraba ante todo respeto, y aquella inmortal imagen de la mujer que transforma en olímpica morada las más agrestes soledades. Cintia dormía en el umbral de una especie de caverna florida, de musgos brillantes como un polvo de esmeralda y cuya sombra estaba atravesada por las vibrantes alas de unas mariposas deslumbradoras como pedrerías animadas. Un poco más allá, detrás de una cortina de hierbas transparentes en la que se perfumaban al pasar los alientos de la aurora, reposaba Deldamia, de una belleza mas madura, pero formada, sin embargo, de una triunfante expansión de juventud. Nicéforo, desesperando de poderse ocultar a todas las miradas de aquella isla tan agradablemente poblada, pero de tan terribles habitantes, resolvió implorar la piedad de la Reina de las Amazonas, y se arrodilló en silencio al lado de su lecho, esperando con impaciencia y terror que despertase.

Unos coros eólicos que penetraron en la gruta a través de la enramada al mismo tiempo que un rayo de sol, hicieron abrir lentamente los ojos a la hermosa Deidamia. La Reina

sacó un pie indolente de su lecho de verdor y encontró la cabellera hirsuta y enmarañada de musgos marinos, del suplicante, lo que le hizo lanzar un grito de sorpresa que despertó a todas sus compañeras. Al mismo tiempo descubrió al miserable, y prorrumpió en una exclamación feroz. Veinte lanzas amenazaban ya con sus puntas de oro las carnes de Nicéforo estremecidas de terror.

De, repente, al ver su aspecto dolorosamente contrito, la cruel Soberana soltó la carcajada y, a una señal de su mano, en la que brillaba una enorme turquesa, todas las jabalinas se levantaron. No convenía que el profano saliese tan bien librado. Sería solemnemente quemado vivo en la punta mas alta de las isla para que el fuego de su hoguera, cien veces reflejado en el mar, fuese como una roja amenaza de las ondas a todos los imprudentes que quisieran seguir su ejemplo. El sacrificio iría acompañado de danzas guerreras y canciones belicosas, y se verificaría a la caída de la tarde, cuando la llama sube más brillante en el aire, del que se ha retirado el sol.

Después de un día pasado en dolorosas meditaciones, Nicéforo, encadenado de lianas y arrastrado por las más jóvenes amazonas, que se regocijaban por adelantado con su suplicio, llega por fin a la colina, en la que se eleva una pira de plantas resinosas cogidas por los invisibles genios de los bosques, al servicio de Deldamia, Reina de la isla. Misteriosos y dóciles soplos se disponían a activar el holocausto. Nicéforo estaba más muerto que vivo y los escudos de oro se chocaban alrededor de él en una ronda salvaje, midiendo los últimos minutos que le quedaban que vivir.

Pero una potencia invencible e inesperada debía salvarle. Hijo de aquel Endimión para quien Diana había tenido miradas de mortal en la soledad de los profundos bosques, no podía faltarle la protección de la diosa en aquella ocasión cruel. Apenas las guerreras habíanle quitado el manto de los hombros para entregarle desnudo a la mordedura de las llamas, cuando, de repente, la Luna, velada hasta entonces, descendió de las nubes y llenó el espacio de una inmensa claridad argentina, de una luz mate, ebúrnea y encantadora. Diana, para, hacerse perdonar la debilidad de haber sido mujer un instante, revestía al hijo de Endimión de la belleza de un dios. Deidamia, repentinamente encantada, suspendió con un ademán imperioso los últimos preparativos del sacrificio, y, abdicando sus cóleras, con gran asombro de sus compañeras, tendió al náufrago los brazos con un gesto lleno de clemencia y de abandono.

Nicéforo era un alma recta, y el mismo Ulises, su antiguo maestro, no había podido enseñarle a mentir. La impresión que le había producido Cintia no podía salir de su mente. Con audaz imprudencia, declaró a Deidanna que nunca se casaría más que con Cintia. -Furor celoso de la Reina.- Amenaza terribles.- Los dos culpables, pues Cintia compartía ya los sentimientos de Nicéforo, van a ser atados el uno al otro y arrojados a la misma hoguera. Pero Deldamia, que sabe todas las grandes cosas del pensamiento, comprende que serán felices muriendo juntos y que se castiga a sí misma al condenarlos. Cediendo, como es justo, a la irremediable ruina de sus esperanzas, es ella la que se arroja de cabeza a las resinas

que arden, atizando el incendio con el vuelo de sus propios cabellos. Y la alta llama que sube de la pira y en la que desaparece su imagen en una espiral de humo cien veces repetida en el mar, escribe con letras rojas en las ondas que, una vez más, el Amor inmortal ha triunfado.

Tal era, en sus líneas sumarias, la fábula que Eurotas había adornado con sus rimas más armoniosas.

Después de una sinfonía en la que, las trompetas sonaron con estrépito, se oyó un murmullo de simpatía cuando se levantó el telón, compuesto de sábanas unidas, y que se, arrolló no sin trabajo alrededor de un arbolillo suspendido horizontalmente. Después de desatar sobre los hombros las trenzas de sus pelucas Y de anudarse en la cintura las pieles quitadas de los caparzones de las sillas, los húsares ejecutaron una danza guerrera que detuvo en seguida, una señal de Deidamia-Barbasson. Las demás amazonas se arrodillaron y, arrastrándose como fieras, fueron a los cuatro rincones de la isla a ver si algún imprudente marinero se había aventurado en sus orillas. Habiendo tranquilizado a su Reina, acompañaron a ésta hasta la entrada de la gruta en que debía reposar y cuyo interior era visible desde, la sala. Después apareció, en medio de unas risas difícilmente contenidas, Papillón lleno de líquenes, sin enseñar al principio más que la cabeza y haciendo después una flexión muy halagüeña, para su fuerza muscular. Con una expresiva pantomima dio a entender la impresión que hacía en él la belleza de Cintia-Riboulet dormida, y, penetrando en la gruta, murmuró al lado de Deldamia-Barbasson un cántico acompañado desde los bastidores

por un joven flautista holandés de buena voluntad, el melodioso Van den Bemol.

Pero la cruel Deldamia, despierta por el último quejido de la flauta de Van den Bemol, se levantaba furiosa, llamaba a sus compañeras y hacía cargar de cadenas de hojas al desgraciado: Nicéforo-Papillón.

Este primer acto fue acogido con marcado favor. Las bellas damas de Alkmar le aplaudieron moviendo sus cabezallas con un lindo rumor de oro y volviendo a todas partes la cabeza para decir sus impresiones.

El segundo acto fue un conmovedor idilio. Nicéforo, prisionero, recibía los hipócritas cuidados de Cintia, lo que le hacía enamorarse más de ella. Era verdaderamente una escena de amor de un carácter elevado aquella en que el condenado, sin esperanza, se contentaba con pedir a la adorada, que soprase en su hoguera para no estar ardiendo mucho tiempo. Hubiera sido preciso un corazón de roca para rehusar semejante prueba de ternura. La misma Lucrecia se lo hubiera concedido a Tarquino si éste se hubiera contentado con pedirselo.

El dúo terminaba con una soberbia invocación a la inmortalidad, que reúne las almas depuradas por el fuego y las mezcla en el espacio al coro abrasado de las constelaciones. La misma Cintia se embriagaba con aquella música exhalada por los elocuentes labios de Papillón, siempre sostenido por los gorjeos de Van den Bemol. Pero llegaba la hora del sacrificio y los húsares recobraban sus modales militares para ir a prender a Nicéforo guiados por el sargento Barbasnon.

La escena de la hoguera llenaba el tercero y último acto.

No había sido fácil realizar en pleno día el efecto de luna que debía revelar a Deldamia la belleza sobrehumana de Nicéforo. Pero Papillón se había arreglado de un modo muy ingenioso. En el momento en que debía ser de noche cerrada, se ensombreció la escena con velos formados de pesadas mantas. Un agujero dejado en lo alto y que se destapaba rápidamente para dejar entrar la luz, daba la impresión de la claridad lunar.

En el mismo instante Papillón, que tenía las manos llenas de fósforo, se las pasó por la cara y por el busto en un gesto desesperado. Inmediatamente sus facciones se iluminaron con una fantástica luz azulada muy semejante a la del astro de la noche cuando baña los objetos a través de la enramada.

El efecto fue magnífico, pero el pobre Papillón no había reflexionado que esos vapores son particularmente irritantes, y en cuanto estuvo rodeado de ellos, empezó a toser y a estornudar furiosamente, mientras Deidamia se quedaba absorta de admiración.

Todos los espectadores, engañados por la escena, se reían a carcajadas, mientras Papillón se esforzaba en vano por hacer más discreto aquel resfriado repentino y repetía sus ¡Atchul! ¡Atchul! al son de la flauta de Van den Bemol.

Aquel detalle de comedia en una trágica aventura no desagradó a un público que no tenía prejuicios en materia de género, y hacía perfectamente bien.

-¡Ese diablo de Eurotas! Cómo sabe hacer reír... -decían con entusiasmo los húsares que formaban el gran patio y que estaban convencidos de que aquel incidente alegre formaba parte de la obra. Salvo que el húsar Cintia-Riboulet se prendió fuego a la peluca por acercarse demasiado a la hoguera, la escena del suplicio fue todo lo heroica que convenía. Deldamia-Barbasson murió soberbiamente mientras los gorjeos de la flauta sé precisaban en sollozos agonizantes.

-¡Viva Eurotas! ¡Viva Papillón! ¡Vivan los compañeros! -tales fueron los gritos del patio.

-¡Vivan los húsares! - gritaban las lindas damas de Alkmaar con las sienes oprimidas en sus conchas de oro.

-Ahora estoy seguro de mi obra -decía Enrotas hinchado por legítimo orgullo.

-Y yo de mi papel -añadió Papillón desfosforándose la cara con mil trabajos.

-Y yo dejo cuando vuelva el taller de David, para hacerme escenógrafo -dijo el pintor, que se había hecho amigo de los dos.

La modesta Polimnia no había tenido que apuntar ni una sola vez, y feliz con el éxito de sus amigos, se volvió a su cantina, donde tuvo mucho que hacer, pues las horas que precedieron al toque de silencio fueron pasadas alegremente en el campo. Beauguignon, seguido por una mirada dolorosamente inquieta de Polimma, había obtenido de una de las más lindas damas de la ciudad, permiso para acompañarla hasta las puertas y no había vuelto todavía. Pero el toque de llamada le encontró en su puesto.

El teniente Beauguignon era, ante todo, buen soldado.

XV

Se había anunciado otra representación de la obra maestra de Eurotas, pero no existía ya la novedad, y la animación de todos se había amortiguado. La vida era monótona bajo un cielo siempre gris, atravesado por el vuelo de las gaviotas en un aire húmedo, con frecuencia adiamantado por las agujas de la escarcha. Estábase en pleno invierno, que inclinaba hacia el suelo la palma de los pinos cubiertos de nieve y que convertía a Alkmaar y sus alrededores en un rebaño de carneros y de blancos copos de lana.

Los árboles, negros y sin hojas, ponían misteriosos signos en la triste uniformidad del horizonte y aquellas garras negras parecían desgarrar el firmamento como las de un ave monstruosa.

Es verdad que a algunas leguas estaba el admirable espectáculo del Zuyderzéeel, cuyos témpanos se acumulaban los unos sobre los otros como las tumbas en el día sagrado de la resurrección de los muertos; y cuando un día de sol ponía sus resplandores deslumbradores en aquellos hielos amontonados, jamás palacio de príncipe adornado de piedras precio-

sas, hubiera dado tan refulgente golpe de vista. Pero aquellos días de plena claridad que parecían caer en una inmensa caja de diamantes, eran escasos, y, siempre en observación, en un país cuya fidelidad era sospechosa, los húsares no podían permitirse paseos muy largos. De aquellas nubes siempre flotantes descendía, pues, una gran melancolía, la melancolía del mar que acababan de rozar, del mar cuyas inefables tristezas llevaban con ellas. Nuestros tres amigos fueron así sumidos en sus pensamientos dolorosos. Papillón pensaba infinitamente en Angela, aunque no hablase mucho de ella; pero un día, Eurotas, leyendo por encima de su hombro, le dijo :

-¡Calla! ¿Tú también haces versos?

-Sí -respondió Papillón- me ha ocurrido hacerlos pensando en la que amo.- Y suspiró más que dijo la canción que estaba componiendo a la mujer amada.

-Está muy bien -dijo Eurotas- No hay como el amor para hacer poetas.

-¡Qué feliz eres en no amar! -exclamó Papillón, acaso un poco aturdidamente.

Pero Eurotas no adivinó, y tuvo razón, ninguna ironía en aquella frase. Su amor propio le hubiera acorazado, por otra parte, contra malignidades reales. El poeta. respondió con fuego :

-¡Que no amo! ¿De dónde sacas eso, Papillón? ¿Porque, como Roberto y tú, no permanezco eternamente fiel a una ternura de la que no saco provecho alguno? Yo amo más que vosotros, amigos míos, puesto que amo a todas las mujeres, a

las rubias, a las morenas, sin perjuicio de las castañas y sin desdeñar a las bermejas. Sí, las adoro a todas y muy sinceramente. Pero hay una querida a la que prefiero : la Libertad. No esclavizar el corazón, guardarle para uno, para darlo con frecuencia y cuando se tiene el capricho, he aquí la cordura y la verdad en amor. La Libertad ; en ella está la verdadera dicha.

Roberto escuchaba todas estas cosas con perfecta indiferencia, o más bien, las oía solamente como un ruido vano de palabras como el rumor de las olas, sin la gran poesía de su música. Desde las fiebres heroicas que había conocido en las batallas, ninguna impresión le había distraído de un dolor que no esperaba nada del olvido. Sentía amargamente no haber podido cambiar de regimiento cuando se marchó Brune y no haber seguido al general victorioso a cualquier combate, puesto que en todas partes se peleaba por la Francia.

La Revolución del 18 brumario había tenido poco eco en un mundo extraño a toda preocupación política. Poco importaba a todos aquellos hombres que se hubieran acabado las vergüenzas del Directorio, puesto que ellos eran los únicos que no las habían sufrido. El nombre de Bonaparte brillaba en sus escritos, llenos con el relato de maravillosas conquistas. No eran bastante ilustrados para saber si se había violado o no la ley. Roberto hubiera podido formar una opinión de las cosas, pero no le interesaba más que aquella llanura montuosamente sonora del mar del Norte, cuyas olas enviaban su rumor hasta su oído. Estaba impaciente, por morir con un poco de gloria; se había alistado sólo para eso y

el destino le había hecho traición. Convencido de que Laura estaba muerta, su fe de cristiano le decía que no había otro medio de volverla a ver.

Una mañana, Papillón bajó a la cantina y encontró a Polimnia deshecha en lágrimas. La interrogó, pero ella no tenía fuerza para contestarle. Lloraba y reía al mismo tiempo, y el joven acabó por comprender que se trataba de una alegría.

Cuando el pecho de la cantinera, estuvo un poco más libre de sollozos, dijo, a Papillón :

-¡Una carta de Erato! ¡Tengo una carta de Erato! ¡La señorita de Freneuse está viva! Y también Papillón se quedó admirado. Quiso correr a buscar a Roberto y traerlo pronto, pero hubo todavía una fatalidad. en aquel relámpago de dicha. Roberto, a las órdenes de Beauguignon, había ido a hacer un reconocimiento hacia Haarlem y no volvería hasta la noche.

-Cuéntemelo usted todo, Polimnia. ¿Cómo le ha llegado a usted la carta?

Las cornetas tocaban a pienso.

-¡Bah! poco me importa. Seré castigado por faltar a la llamada, pero ardo en deseos de saber... ¡Mi querido Roberto!

Y el pobre muchacho rebosaba verdaderamente de alegría.

-Cálmese usted -le dijo Polimnia enjugándose los ojos.- Tome usted una copita de ron y yo haré lo mismo para acompañarle. Esa querida Erato ha sido ingrata conmigo, pero se ha acordado de mí. Cuando el cabo me ha entregado la carta y he visto su letra, soy fuerte, Papillón, pero por poco

me desmayo. He querido leer y tenía los ojos llenos de lágrimas. Todavía no he podido leerla toda.

-Cuénteme usted el principio - dijo impaciente Papillón,- y leeremos juntos el resto.

-Eso es; ha tenido usted una buena idea de mi discreción... Esos son nuestros secretos, señor Papillón.

-Pero yo soy amigo de las dos. ¿ No estuve a punto de hacer que ese matamoros me matase por ella ?

-Le prohibo a usted hablar mal del teniente Beauguignon.

-Es un buen hombre a quien adoro en la actualidad, aunque. está destinado a castigarme esta noche por haber faltado al pienso. Pero hable usted, Polimnia. ¿ Cómo ha sabido Erato que estaba usted aquí ?

-Por haberme puesto en la orden del día después de la batalla de Castricum. Mucho tiempo después, como de costumbre, el Diario Oficial se ha dignado dar cuenta a sus lectores.

-¿Dónde está?

-En París.

-¿En casa de quién?

-En la de una encantadora señorita que la hace perfectamente dichosa. Esto estaba leyendo cuando ha venido usted.

-¿Pero cómo ha sido eso ?

-Déjeme usted hablar, se lo ruego. Recuerde usted que la pobre joven desapareció después que tuvo usted aquel altercado con el teniente Beauguignon, que terminó tan feliz-

mente. Como ella misma, lo dijo en su carta a la señora Migoulette, Erato no quiso soportar un género de vida que la exponía continuamente a semejantes afrentas. No decía más y todo indicaba en ella una funesta resolución. Por un sentimiento de delicadeza un poco pueril en tal momento, pero que yo, que la conozco, comprendo bien en ella, recordó en el desorden de sus pensamientos que tenía orden de llevar un sombrero a una parroquiana de la isla de San Luis, que lo necesitaba aquella misma mañana. Erato pensó que debía cumplir con su deber hasta el fin, cogió el paquete y quiso llevarlo ante todo a su destino. Pero prefiero que siga usted leyendo, Papillón: tengo los ojos irritados y no puedo hacerlo yo misma.

Papillón cogió con impaciencia, los pliegos que le entregaban, y siguió leyendo en el punto que Polimnia le indicaba con la punta del dedo:

« ... Llevaba la muerte en el alma, mi querida Polimnia, al recorrer aquel camino. Cuando atravesé el Sena, azul, brillante de sol, casi tentador, conocí que no tendría valor para ir hasta el fin. Creó verdaderamente que fue Dios quien me sostuvo. Era todavía demasiado temprano para llamar cuando llegué a la casa. Habíame, aproximado a ella con la cabeza baja y sin recordar el número ni el nombre de la calle, que había sido cambiado, cuando alcé los ojos delante de la puerta y sentí una gran opresión en el corazón. Aquel hotel, cuyos árboles sobresalían de la tapia, aquella gran casa de ladrillos, de la que no se veía más que el tejado entre la espesura, allí era donde, había pasado las hermosas horas de mi

infancia ; donde había conocido de pequeño al amigo del que tanto te he hablado, donde habíamos jugado juntos, donde Roberto me había llamado su mujercita...»

-¡ Eh! -dijo Papillón interrumpiéndose de repente.

-¿ Qué tiene usted? -le dijo Polimnia.

-Sería extraordinario -respondió el joven. Y siguió leyendo :

« Aquella querida morada, aquel lugar lleno de mis recuerdos era el hotel de Aubieres ... »

-¡ Eso es ! Laura está al lado de Angela. ¿ Dice usted que sigue, allí? ¡ Oh! La Providencia tiene piedad de nosotros.

-Tranquilícese usted, amigo mío -dijo la excelente Polimnia.

Y Papillón siguió leyendo febrilmente:

« ... Todo aquel dulce pasado se erguía delante, de mis ojos. Creía oír la voz de Roberto detrás de aquellos altos muros y los pasos de nuestros padres que nos buscaban cuando estábamos cogiendo flores en los jardines. Puse mi caja de cartón en el suelo y me senté en uno de los grandes postes que estaban en otro tiempo unidos por una cadena entre dos argollas de hierro. Los pájaros cantaban como en aquel tiempo dichoso y los tilos tenían el mismo estremecimiento perfumado. Cerré un instante los ojos y gocé de la ilusión completa de mi dicha resucitada. El rindo de la puerta que se abría me arrancó de aquel sueño delicioso. Unos soberbios caballos, llevados del diestro por los palafreneros, salieron del hotel. Todas las ventanas se habían abierto. Entré, sin-

tiendo unos latidos que me rompían el pecho, y pregunté si la señorita Barigoule ... »

-¡Angela mía! -no pudo menos de exclamar Papillón.

-¡Cómo! ¿también está allí la que usted ama? -dijo Polimnia interesada, en el más alto grado.

-Ciertamente, pero no me interrumpa usted. ¡Si usted supiera!

« ... podía recibir un encargo que había hecho. Muy turbada y reconociendo todo a mi alrededor en aquella casa donde era entonces tan extraña, fui introducida en el cuarto de una joven que me recibió con una amable sonrisa y una mirada simpática que me tranquilizó. Inconscientemente y sin coquetería alguna, se probó el sombrero y le dejó caer con negligencia en un sofá. «Está bien; es muy bonito,» me dijo. Yo me sentía clavada en el suelo. Desde la ventana de aquel cuarto elegante y lleno de flores, estaba viendo la pradera en que jugaba en otro tiempo con mi amigo, y, a pesar mío, se me llenaron los ojos de lágrimas. Aquella señorita lo vio y me dijo cogiéndome la mano«¿Qué le hace a usted llorar, pobre, niña?» sin rechazarla, no le respondí. Tenía, sin embargo, en la voz una piedad tan sincera, y me sentía yo tan sola en el mundo y tan desesperada, que la dulzura de su frase me inspiró una especie de confianza. Le dije que lloraba porque había sido feliz en otro tiempo donde ella lo era en la actualidad, y porque, no me quedaba nada de todo lo que había querido. La joven se enterneció a su vez. «Tan niña, dijo, y sin nadie en el mundo ... » Me preguntó qué pensaba hacer, y le respondí que, había puesto mi alma en manos de Dios. La

joven tuvo miedo del modo con que dije aquellas palabras. «¿ Quiere usted quedarse a mi lado?» me preguntó vivamente. «Tenía un aya anciana, de la, que mi »padre me, libra hoy mismo, asegurándole la vida, y quisiera a mi lado una persona joven y de buena educación, como usted parece ser. Mi padre no es siempre amable, pero es bueno en el fondo, me quiere mucho y acaba siempre por hacer lo que yo deseo. Permítame usted que la presente a él dentro de un momento. » Yo estaba aturdida y escuchaba casi sin comprender. Sentía solamente que se me arrancaba a la muerte como un ahogado a quien se saca del fondo del abismo. Me suplicó que tuviese confianza en ella y que le dijese todo mi secreto, pero le callé mi nombre, para que no fuese profanado allí por otras bocas. Le dije que era noble y huérfana y que estaba sin asilo. ¿Qué necesidad tenía de saber más? Así lo comprendió y después de hacerme sentar a su lado, me habló con infinita dulzura. Me dijo que me trataría como a una amiga más que como a una sirviente, pues se sentía atraída hacia mí y sabía que me iba a querer mucho. Vi, sin embargo, que retrasaba con algún embarazo el momento de presentarme al señor Barigoule. ¡Un Barigoule en la casa de los Aubieres! En fin...

»No -hacía mal, pues aquel grosero personaje al principio por lo menos, puesto que ahora es muy bueno para mí, no se tomó siquiera el trabajo de volverse cuando su hija me presentó. Le dijo todo lo que sabía de mi historia, con emoción muy sincera, y él se puso a mirarme con ojos, más que benévolos, curiosos y casi impertinentes, y en el tono indiferente de un hombre que quiere echarlas de gran señor, dijo

por fin: «Señora hija, debo hacerte observar que, me has hecho adoptar ya esta semana a un gato estropeado y a un perro perdido...»

-¡Canalla de Barigoule !-aulló Papillón.

»Estaba yo roja de indignación, pero mi protectora le echó en cara su lenguaje y él nos pidió perdón por lo que llamaba su gracia parisiense. «Ya sabes, hija mía, que hago todo lo que quieres» siguió diciendo en su tono de gran señor. «Que esta bella niña te preste los mismos servicios que la señora Pitonnet.» Y me despidió porque un lacayo, galoneado hasta la cabeza, vino a anunciarle la visita de un banquero.

» Seremos muy felices juntas -me dijo la señorita Barigoule besándome como una hermana, cuando estuvimos solas.

»Y verdaderamente ha cumplido su palabra, pues me prodiga todos los días esa ternura protectora a la que tú, querida Polimnia, me habías acostumbrado y sin la cual no podría ya vivir. Pero no creas que te olvido y no estés celosa; el recuerdo de mi madre querida, que murió en tus brazos, me une a ti como a ninguna otra persona. Cuando me habla, me parece que, es tu voz la que oigo. ¡Qué extraño es lo que pasa entre nosotras!... »

-En esto estaba -dijo Polimnia. -Ahora lea usted más despacio para que yo no pierda nada.

Papillón desdobló solemnemente el sexto pliego de los doce que tenía la carta :

«Me parecía que todo sería doloroso para mí en aquella casa y que la amargura, de mis recuerdos aumentaría pesada-

mente mis penas. Pero no es así. Encuentro dulce, por el contrario, vivir aquí en la memoria del pasado y en la sombra de todo lo que he querido. Muchas veces, cuando estoy sola, por las mañanas llenas de luz o por las noches bajo el brillo consolador de las estrellas, me apoyo en el brazo de Roberto ausente, le hablo y le juro que mi corazón no será nunca más que suyo. Y entonces tengo miedo de que haya muerto ... »

-No, a Dios gracias -exclamó Papillón.

« ... y que sea su sombra la que se inclina hacia mí, la que me escucha y la que me dice dulces palabras. Porque todo nos ha separado y nunca sabré, acaso, qué ha sido de aquel a quien he consagrado este eterno cariño ... »

-¡Qué, feliz va a ser! exclamó el comediante interrumpiéndose otra vez.

-Es usted insoportable, Papillón -le dijo Polimnia.

« ... ¿Has guardado las cartas que le escribía cuando tú me sorprendiste y en las que ponía toda mi alma? Si alguna vez nos encontramos en este mundo, quiero que sepa cuánto y que fielmente le he amado...»

-Así se hará dentro de un momento -dijo a su vez Polimnia.- Ahí las tengo en un cofrecillo. Pues ese Roberto de las Aubieres debe de ser el húsar, su amigo de usted, que tan poco galante es conmigo, pero al que quiero a pesar de todo. Además es un valiente, y mi Erato será muy dichosa con él.

-Cuando hable usted de ella, Polimnia, sírvase llamarla la señorita de Freneuse.

-Convenido, caballero, sé lo que debo hacer lo mismo que usted... Adelante.

« ... Sí, mi querida Polimnia. Me contentaría con tener asegurada para siempre esta existencia tranquila, si no dichosa. Vivo con mis ausentes y nadie se burla de mi melancolía. Por el contrario, la señorita Angela no trata de distraerme con placeres que me harían daño y respeta con un tacto perfecto lo que, hay sagrado en mi dolor. No soy una compañera muy alegre para ella, pero dice que me prefiere así. Tiene gustos serios y adora la lectura. Muchas tardes devoramos, las dos solas, las páginas muchas veces leídas del poeta que más nos gusta. Pinta también agradablemente ... »

-Le, daremos a Ugolín corno profesor dijo Papillón a modo de aparte.

« ... El señor Barigoule nos molesta poco. Está metido en grandes empresas, va a las reuniones del mundo elegante y cultiva las relaciones que pueden serle útiles. No podemos adivinar cuáles son sus ambiciones, pero es de creer que las tiene todas. Los periódicos no hablan más que de su vida y milagros y él se arruina para que se ocupen de su persona. Es el hombre de moda, buscado en todas partes, en los salones, en los teatros ... »

-No será así cuando yo represente exclamó Papillón.

« ... Hacemos, pues, una vida muy alejada de la suya, que nos da miedo a su hija y a mí. Sin embargo, desde que ha resuelto casarla... »

-¡Ay! -suspiró Papillón poniéndose rojo como una amapola.

« ... recibe con frecuencia, y esto es para nosotras un verdadero suplicio. Ha escogido para su hija un futuro ridículo y al que ella no quiere, según dice muy alto ... »

-¡Valiente, muchacha!

« ... Es procurador y se llama Pistache. Se dice que es muy malo para los miserables y le detestamos las dos. No habla más que, de enviar gente a la cárcel y cuando ha hecho condenar a un pobre diablo, se pone más orgulloso que si hubiera ganado una batalla. ¿Querrás creer que, después de haberle contado todas sus malas acciones, se atreve todavía a decirle lindezas y a ofrecerle flores? Hay que, ver el aire desdenoso con que ella recibe sus ramilletes y con qué expresión de mal humor los deja caer de las manos... Yo veo aquello algunas veces al dejarlos, y no puedo menos de sonreír viendo al pobre enamorado con tal vanidad y tan lastimoso al mismo tiempo ... »

-De qué buena gana me reiría yo también -dijo Papillón.

«...Verdaderamente, sería una desgracia, para Angela, que es sensible y buena, casarse con semejante hombre, grotesco por la importancia que se da, lo alto que habla, la presunción que muestra y su manía de echarlas de galante sin gracia ... »

-Es su retrato de cuerpo entero -dijo Papillón.

-¿Pero usted le conoce ?-preguntó Polimnia.

-Si le conozco... es mi rival. La señorita Angela Barigoule es la mujer a quien amo y por ella me he hecho soldado.

-¡Qué aventura, señor Papillón! Las dos palomas en el mismo nido... Pero siga usted...

-No queda ya mucho.

-« ... Creo que Angela, como yo, tiene un amor en el corazón, algún amigo de la infancia, como mi Roberto...»

-¡Yo! ¡yo! -dijo Papillón.

« ... Sin duda, menos amable y menos noble que él ... »

Papillón hizo un gesto y continuó con cierta vacilación :

«... pero a quien no puede olvidar. He creído comprenderlo por algunas palabras que me ha dicho ; pero no habiendo querido, a pesar de todo mi cariño hacia ella, decirle mi secreto, no tengo derecho a preguntarle el suyo, Sería una gran desgracia para mí que, se casara...»

-Excepto conmigo - interrumpió el comediante.

« ... y no me atrevo verdaderamente a pensar en ello; sería mi existencia perdida una vez más, mi destierro eterno de este templo del recuerdo donde me complazco en vivir y donde, todo me habla del pasado. ¡No ver más estos árboles donde los pájaros dicen las mismas canciones ; no oír el salto del agua que pone un ritmo con sus sollozos a la melancolía de mis sueños; ser desterrada una vez más, de mi propio destierro, que había sabido hacerme tan querido!... Pero no quiero entristecerte, mi querida Polimnia, con estos temores que acaso sean todavía quiméricos. Tu Erato no ha sabido nunca confiarte más que tristezas, pero tú tomabas tanta parte en ellas, que la mía resultaba ligera. No vayas a hacerte matar si vuelve la guerra. Si supieras qué orgullosa he estado de ti cuando he leído tus hazañas... Eres mejor que yo, más valiente y más útil a los desgraciados. ¿Por qué no me dijiste tu proyecto antes de separarnos? Hubiera hecho lo que tú, pues hacen falta mujeres para, cuidar a los heridos en el campo de

batalla. Hubiera sido una de las que mueren, a veces, tan gloriosamente como los soldados. Sabes dónde hay que escribirme; no me dejes sin noticias tuyas. Te escribiré con frecuencia, pues eres mi primera amiga y, acaso, pronto serás la única. Recibe de lejos toda la ternura de aquella cuyas primeras lágrimas has enjugado y que te guarda, acaso, sus últimos dolores.

LAURA DE FRENEUSE,
para ti siempre : ERATO.»

Polimnia se secó vivamente los ojos.

-¿Dice, usted, señor Papillón, que el húsar Aubieres no estará aquí hasta esta noche?

-O mañana temprano. Se dice que los partidarios del Príncipe de Orange se agitan por el lado de Haarlem.

-Con tal de que no le suceda alguna desgracia...-dijo la cantinera.- Todo da, miedo cuando se es demasiado dichoso.

XVI

Parece que es a veces tentar al destino indicarle por adelantado los golpes con que puede herirnos. Había venido la noche, una de esas prontas noches de invierno que llenan el espacio de repente como una luz de sombra. Aquel velo, apenas desgarrado aquí y allá por los fuegos del campo, que sembraban en él como rojas estrellas, estaba agitado por soplos helados que venían del mar. El aliento de las nieves hacían pasar por él invisibles copos. En el fondo de todos los corazones había una impaciencia melancólica, sobre todo en los de Polimnia y Papillón, a quienes empezaba a pesar como un fardo la buena noticia.

De repente golpeó el rudo suelo un ruido precipitado de herraduras. Era, una estafeta que llegaba a rienda suelta, trayendo el caballo niebla en las narices y el hombre escarcha en los bigotes. Todos le rodearon. Las noticias eran malas. El pequeño destacamento mandado por Beauguignon, había encontrado un grupo de guerrilleros enemigos, con el que, había cambiado varios tiros. Algunos húsares habían sido heridos y, entre ellos, el húsar Aubieres que parecía perdido.

-¿Qué decía yo? -exclamó Papillón, que parecía loco de verdadero dolor.- El Cielo está decididamente contra nosotros.

-El infierno más bien -dijo Polimnia con los ojos quemados por las lágrimas. - ¿Y el teniente ?

La tranquilizaron sobre la suerte de Beauguignon. Había estado heroico, como siempre, y volvía sano y salvo. Se hubiera podido cribar trigo con su chacó, y él solo, a sablazos, había puesto fuera de combate a tres hombres. El destacamento había quedado dueño del campo y fortificados en él.

Pero no queriendo abandonar a los heridos, había tenido que quedarse en el sitio, y pedía para la vuelta angarillas y un ligero refuerzo que los protegiera en el camino contra alguna nueva traición. Papillón y Eurotas pidieron formar parte de aquella nueva expedición y Polimnia obtuvo el seguirlos. Debían salir en cuanto amaneciese, pero el alba llegó tarde en febrero y la noche pasó llena de angustia para los amigos de Roberto. Por segunda vez la suerte le hería en el umbral de sus esperanzas.

Por fin, una bruma gris indicó vagamente el horizonte, y la sombra, menos espesa, fue conmovida por los toques de corneta, mientras palidecían los fuegos. Montaron a caballo. Papillón había acabado por acostumbrar a Caligula a tenerse debajo de él, y aunque no se atrevía todavía a ser familiar con su montura hasta el punto de espolearla o pegarla con el látigo, obtenía de ella cierta docilidad por la dulzura y la persuasión.

Al ver llegar el refuerzo, Beauguignon hizo ejecutar alegres toques y abrazó a Polimnia admirando su valor y su adhesión. La pobre muchacha por poco se desmaya de alegría.

-¿Y Aubieres ?

Beauguignon hizo un gesto doloroso y se, encogió de hombros.

-¡Muerto! -dijo Papillón, cuyo aliento se detenía en la garganta, tan violenta era su emoción.

-No, pero temo que le falte poco -respondió el teniente.- La, bala le ha pasado demasiado cerca del corazón. Todos los demás están mejor.

Papillón y Polimnia lloraban y Eurotas maldecía a los dioses. Beauguignon dijo al comediante:

- Venga usted a ver a su amigo; puede que tenga algo que decir a usted.

En un cuadrilátero de caballos sólidamente atados a unos pies derechos y formando alrededor de los heridos una sólida muralla viviente que los defendía del viento y de las ráfagas de nieve, estaban éstos echados en las pocas mantas que se habían llevado para los animales, con las cabezas apoyadas en los arzones de las sillas y cubiertos con las casacas que unos camaradas compasivos se habían quitado a pesar del frío. La vida militar está llena de este compañerismo sublime, que basta para que merezca el respeto de todos. Los otros heridos estaban sentados y pedían de beber. Algunos hasta sonreían, dichosos por haber rozado tan de cerca a la muerte.

Roberto yacía como una masa inerte y respiraba con trabajo pronunciando en su estertor el nombre de Laura apenas distinto. Polimnia y Papillón se inclinaron hacia él, pero no los conoció. Habían llamado a un cirujano, que le visitó el primero e hizo al verle un gesto doloroso.

-¿Perdido? -preguntó Beauguignon.

El cirujano palpó al paciente antes de responder. Levantó la cura provisional que había sido hecha y que dejó escapar una fuente de sangre; Después examinó la herida, la lavó y le aplico nuevos vendajes. A cada uno de sus movimientos veíase una convulsión de sufrimiento en la cara de Roberto. Polimnia, muy valiente y con la habilidad propia, de las mujeres, ayudó a fijar las vendas y las sujetó con la aguja cuando estuvieron colocadas. Papillón y Eurotas seguían ansiosos sus menores movimientos. Hubo un instante, en que Roberto estuvo tan a punto de desmayarse que creyeron que iba a morir. Polimnia, hizo la señal de la cruz sin dejar de sostener en su hombro aquella cabeza inerte y bañada en mortal palidez. Un poco de aguardiente en los labios reanimó al moribundo.

-Transportarle en el estado en que se encuentra sería matarle -dijo el cirujano,- ¿Qué hacer sin embargo?-respondió Beauguignon ;-no podemos abandonarle.

-Mejor nos quedamos aquí con él -dijeron valientemente Papillón y Eurotas.

-¿Quién vive? -exclamó de repente un centinela haciendo sonar la llave, de su fusil.

-Amigo -respondió una voz muy dulce en la niebla.-
¿No me conoce usted? Que me lleven al teniente sin hacerme
daño.

Y Beauguignon vio llegar, conducido por dos húsares,
cada uno de los cuales le llevaba por un brazo, al dulce Van
den Bemol, que le dijo :

-Soy el que tocaba la flauta el otro día en la comedia.

-Es verdad -dijeron Eurotas y Papillón- y los franceses
no tienen en Holanda amigos como ese buen muchacho.

-Sí, me gustan los soldados franceses -dijo el joven ho-
landés con entusiasmo.

-¿Qué quiere usted? - le preguntó Beauguignon después
de haber hecho una señal a los guardias para que dejaran en
libertad los miembros del prisionero.- Y bien, bonitos están
sus compatriotas de usted..

-Hay muchos que quieren a la Francia -respondió viva-
mente el flautista.- Los hay que así lo prueban, y uno de esos
soy yo. Me han dicho que tenía usted heridos...

-Tengo algunos, es verdad, pero uno solo que lo está
gravemente.

-Escuche usted, mi teniente. Vivo en Alkmaar, donde
doy lecciones, no por necesidad, porque soy rico, sino para
difundir el divino arte de la flauta entre estas poblaciones
atrasadas...

-Como Orfeo -no pudo menos de decir Eurotas.

... y acabo de pasar cuatro meses casi completamente en
el campamento de ustedes, viviendo su vida, y cantando sus
alabanzas a los habitantes de Alkmaar. Todos estos soldados

me han tratado como camarada hasta el punto de burlarse de mí con frecuencia, pero no les guardo rencor, al contrario. Esa familiaridad me, gustaba y se la agradecía. No estoy en Alkmaar, sino en Haarlem, donde mi familia ocupa una posición considerada y participa de mis sentimientos por Francia. Haarlem está a dos pasos. Si tiene usted algún herido al que, no se pueda llevar, déjenos recogerle y cuidarle, para devolverse curado. Estaremos orgullosos de esta hospitalidad dada a un héroe y rodearemos de una afección fraternal al que sea confiado a nuestra lealtad.

Van den Bemol dijo estas palabras con una sinceridad que les dio cierta elocuencia.

-Respondemos de él -dijeron vivamente Papillón y Eurotas, que veían la salvación de Roberto en aquel concurso inesperado de un extranjero.

-Venga esa mano, camarada -dijo el teniente al holandés.- No dudo de usted.

Y dirigiéndose al cirujano, le preguntó -¿ Se le puede transportar hasta Haarlem ?

-Sí, con muchas precauciones. En todo caso es la única probabilidad de salvación que tiene.

-Tengo cerca de aquí un coche y excelentes caballos -dijo sencillamente Van den Bemol. -He traído dos criadas de mi hermana, muy hábiles para estos cuidados, y no tenemos que temer ningún mal encuentro en este corto trayecto. Los partidarios del Príncipe de Orange, a quienes han matado ustedes varios hombres, se han retirado al lado del mar, donde

tenían un barco preparado para el caso de que los hubieran ustedes perseguido.

Se dieron órdenes para abrir el cordón de centinelas de que estaba rodeado el pequeño ejército, y una carroza de familia, que hubiera podido servir para la consagración de un rey, rodó por la nieve, que empezaba a caer, tirada por dos de esos caballos alazanes de nariz borbónica con tanta frecuencia, pintados por Van der Meulen y cuya raza se conserva allí cuidadosamente. Bajaron de ella dos mujeres vestidas a la frisona y de una irreprochable limpieza en sus trajes de campesinas. Sacaron del coche blandas almohadas que se pusieron bajo el cuerpo dolorido de Roberto, y transportaron entre todos al herido.

Lentamente y con infinitos cuidados lograron acostarle en una especie de colchón que había en el coche. Roberto llevaba al cuello un medallón de oro con cabello de su madre. Polimnia le abrió suavemente y metió en él un pétalo de rosa seca. Aquel resto de flor estaba en la carta que había recibido de Laura.

-Al menos -dijo la cantinera,- se le enterrará con este recuerdo suyo.

Polimnia dio un beso en la frente de Roberto, sudorosa de agonía, y Papillón y Eurotas besaron llorando la mano helada del amigo al que no creían ver más.

Los otros heridos fueron colocados en parihuelas colgadas entre dos caballos, mantenidos a la distancia conveniente por un solo jinete. La vuelta fue lenta a causa de aquel convoy, y sólo al caer la tarde llegaron al campamento. Papillón y

Eurotas hablaron de Roberto durante todo el camino. Polimnia, por primera vez en su vida, estaba silenciosa y abrigaba en su corazón de mujer una rebelión instintiva contra la injusticia del destino.

A todo esto, el excelente Van den Bemol, que se había instalado al lado de Roberto, ponía en marcha el coche, y por la nieve, que servía de alfombra e impedía los movimientos bruscos, se le llevaba a Haarlem y depositaba su preciosa carga en una casa risueña, de persianas verdes, muy vasta, y con una estufa en la que florecían en todo tiempo hermosos tulipanes.

Van den Bemol no había mentido; los suyos querían a Francia. Si Roberto hubiera tenido alguna conciencia de lo que pasaba a su alrededor, se hubiera encontrado con sorpresa en un blando lecho de deslumbradora blancura, bajo unas cortinas de tela antigua que un conocedor hubiera pagado a peso de oro, y, sobre todo, acariciado por la mirada compasiva de una hermosa joven que le traía un cordial en un vaso, que temblaba entre sus lindos dedos de marfil. Era la señorita Lisbeth, hermana del flautista y que cuidaba, maternalmente de dos hermanitos más jóvenes que ella, y que su madre al morirle había confiado. Era, pues, la dueña de la casa, aunque, no tenía aún veinte años, pues su padre, un excelente hombre y el más célebre coleccionador de tulipanes de Haarlem, no se ocupaba más que en el cultivo de sus flores.

Lisbeth pasaba por ser la más linda muchacha en una población en que la burguesía contaba aún muchas. Realizaba el tipo del país con una perfección encantadora; demasia-

do pequeña para ser comparada con una figura de Rubens, tenía sin embargo ese brillo lácteo de la tez, esos tonos de rosa en los párpados y esos labios ligeramente carnosos y purpurinos que constituyen la belleza de las mujeres del Norte. Era su cabellera de un rubio miel admirable, como el interior de una colmena en la que una araña celestial hubiera tendido hilos de oro, pues pasaban brillantes luces por aquel rubio pálido.

De una gracia naturalmente juvenil, tenía sin embargo los hombros ligeramente redondeados y sus blancas manitas estaban puntuadas de hoyuelos circunflejos. Pero lo que era verdaderamente imposible de escribir, era el rincón de cielo que tenía en los ojos y la dulzura infinita de su sonrisa. Van den Bemol tenía un culto por su hermana como el que se puede tener por una santa.

Y por su bondad exquisita y por su adorable caridad, Lisbeth merecía aquella veneración de su hermano mayor, de los pequeños confiados a su cuidado y de todos los que la rodeaban.

Se llamó a toda prisa al médico más renombrado del país y no disimuló el estado desesperado de Roberto. Para salvarle era preciso un vigor de temperamento muy raro o uno de esos milagros que hace a veces la Naturaleza. El doctor Voitus mandó ante todo que hubiese alrededor del enfermo un gran silencio y un absoluto recogimiento. Lisbeth se encargó de ello por sí misma y empezó por apartar del cuarto la curiosidad de los niños que esperaban a la puerta, impacientes de novedades. La cura del cirujano fue confirmada.

Se aproximó a los labios del enfermo el cordial, que apenas tocó, y, velado por la joven, pasó aquella noche y las dos siguientes en un completo abatimiento y en una inercia inconsciente, atravesada por algunos gemidos arrancados al dolor.

Al tercer día solamente, a los primeros albores de la mañana, el herido abrió los ojos, en los que se había apagado el brillo de la fiebre, unos ojos en los que ya no había aquella espantosa fijeza y en los que parecía entrar lentamente la impresión de la vida. Pintábase en su mirada un vago asombro y se detuvo después en una imagen donde pareció que bebía un encanto singular y profundo.

Lisbeth estaba delante de él. Los párpados de la joven se bajaron y pintóse en su mirada un bello rubor. Estaba también como sorprendida y como avergonzada con el adorable rubor de la caridad. Roberto se creyó por un instante juguete de un sueño. Todas las piedades de su infancia remontaron a la superficie de su alma y le pareció que era la Virgen María que ya le sonreía en su bienaventuranza paradisíaca. ¿Sería tan dulce la muerte por tal resurrección? Una música lejana y apenas perceptible por su alejamiento, tal como puede sólo percibirla el oído de un enfermo, completaba aún esa ilusión. Era el pobre Van den Bemol, que se había retirado a la pieza más lejana de la casa, para, ensayar sus incurables gorgoritos.

Los párpados de Lisbeth se levantaron lentamente bajo el estremecimiento de oro de las pestañas, al mismo tiempo que se levantaba la mirada, ya más atrevida, de Roberto. Y

sus ojos se encontraron en un mismo rayo de azul que venía del cielo.

El joven no habló. Le parecía que una sola palabra iba a espantar aquella visión encantadora. Por deber y por modestia natural, ella también permaneció silenciosa. Y así pasó el día, uno de los más deliciosos, acaso, de la vida de los dos. Pues Roberto sentía un anueva expansión de su alma en el bienestar que llevaba a sus venas el calor reanimado de la sangre y la vuelta sagrada a la vida. Pues Lisbeth conocía de repente un gozo misterioso, y le era revelada de pronto la dicha de las abnegaciones infinitas hacia un ser por el que se sentía invenciblemente atraída.

Por la, muerte prematura de su madre, por la existencia de horticultor apasionado de su padre, Lisbeth, cuyo hermano mayor no era más que un delicioso maníaco de la música, había estado confinada a la ternura hacia los hermanos a quienes educaba, y no conocía el mundo, no ya pasional, sino mundano. De todas las obscuras necesidades de afección que lleva consigo una mujer así abandonada, tenía que surgir de repente, un gran sentimiento. Había sonado para ella la hora, de amar en lo profundo de su corazón virginal.

El que allí estaba merecía además aquel exceso de simpatía, pronto a convertirse en amor. Roberto tenía una belleza varonil y llena de nobleza. Leíanse la raza y el valor en su frente, de líneas puras y en su mirada al mismo tiempo radiante y tranquila. Era un soldado, uno de aquellos a quienes las mujeres tienen siempre derecho a amar, pues los heroísmos, desde el principio del mundo, han sido concebidos por

la sonrisa de la belleza. Y aquel soldado acababa de verter su sangre por la patria.

Otra razón había para justificar aquel sentimiento repentino de una joven por un desconocido, aunque no haya nada menos raro en el mundo: el amor es un contagio, y todo decía que Roberto había amado profundamente y hasta el sufrimiento. No hay nada más común ni más humano que el instinto de la ternura que otro inspira despierte en nosotros una especie de ternura refleja, y, verdaderamente, todo está de sobra para explicar la cosa más sencilla del mundo.

Podemos, por otra parte estar seguros de que la púdica criatura no se confesaba nada a si misma. Creía en un goce caritativo más intenso que todos los que había sentido. En su alma pura, daba gracias a Dios por haber puesto tanta voluptuosidad en el cumplimiento del más dulce de los deberes.

Sí, el amor es un contagio, Una vez dueño de sí mismo por el mejoramiento de su estado físico, el pensamiento de Roberto había, corrido fielmente a Laura y vuelto a beber las primeras gotas de vida en la copa. sagrada, de su recuerdo. El cariño eterno e inviolable estaba para él en aquel insuperable luto de la señorita de Freneuse, un cariño formado de lágrimas y de inútiles penas.

El roce, por decirlo así, de otro cariño que iba a él viviente y realizable, adormeció por cierto tiempo, sin apagarlo, aquel pensamiento siempre desesperado de la ausento. De los cuidados que continuaron para él a medida que se afirmaba

su convalecencia, resultó una dulzura que no era solamente el impulso del agradecimiento.

-No está salvado todavía -decía el médico, temiendo que se rompiese la cicatriz mal cerrada ;-pero todo puede salvarse.

Aquellas palabras ponían un himno de gracias en el corazón de Lisbeth, siempre recogida y silenciosa en aquel encanto cada vez más vibrante y deliciosamente opresor.

La decoración era a propósito para aquel discreto cambio de impresiones entre dos almas igualmente vírgenes en el fondo e igualmente puras. Veíase a través de las altas ventanas como una cosecha de azucenas sobre los tejados, donde se había endurecido la nieve. Todo era blancura argentina en la habitación a que bajaba aquella luz pálida. Todo era candor en aquel paisaje vislumbrado detrás de los cristales. Pero nada era tan blanco, ni tan cándido ni tan misteriosamente puro como lo que los unía el uno al otro, sin que ellos tuviesen conciencia, y como si esas cadenas hubiesen sido tejidas entre ellos durante su sueño.

Van den Bemol no dejaba de adivinar un poco el sentimiento que crecía en el alma de Lisbeth hacia el herido. Pero sabía que el húsar Aubieres era noble; había apreciado con frecuencia su buena educación, que tanto contrastaba con la grosería de sus camaradas, y tenía una pasión por aquel francés que era un bravo. Le hubiera querido por hermano y le sonreía vagamente la idea de una alianza que mezclase su sangre y sus nombres.

Lisbeth no concebía nada superior a la dicha de ver a Roberto a su lado y volviendo por ella a la vida.

Los del campamento, que seguían tiritando en la fría sombra de Alkmaar, estaban menos resignados. Papillón, Eurotas y Polimnia no tenían noticias de Roberto, y la impresión que habían traído era que el pobre joven debía de haber muerto. Polimnia había respondido a Laura, pero había tenido el valor de no hablarle de Roberto. ¡Para qué, puesto que hubiera habido que decirle en seguida que su amado estaba perdido para siempre en la profundidad de una tumba!

Otra carta de Laura había continuado las confidencias de la primera. El procurador Pistache parecía que ganaba terreno. Laura temía que Angela acabase por ceder a las instancias de su padre, detalle que produjo a Papillón una cólera espantosa. Quería desertar, irse a París a pie y matar a aquel ridículo magistrado. Eurotas y Polimnia le calmaban como podían. Nadie se casa en dos días y la campaña iba a terminar. Eurotas, que sentía más que nadie la nostalgia de su país, entretenía sus ocios cantando, como Ovidio, las tristezas del destierro.

Para darle un poco de paciencia, Ugolin le dibujaba de memoria los principales panoramas y monumentos de París, los teatros sobre todo. La vista del Teatro Feydeau por poco arranca lágrimas al sensible Eurotas.

XVII

A todo esto, Papillón y Polimnia estaban en un estado de angustia imposible de describir, no sabiendo si Roberto estaba vivo o muerto. El encuentro inesperado de unos cuantos enemigos, en el último reconocimiento, había hecho que se apretasen en el campamento los nudos de la disciplina. No se permitía que ningún hombre se separase ni se alejase en las marchas. Ninguno de los destacamentos enviados en observación, y de los que Papillón había conseguido formar parte, había llegado hasta Haarlem.

Un día, el buen muchacho no pudo dominar su impaciencia y pidió al teniente Beauguignon permiso por veinticuatro horas. El teniente le recibió al principio muy mal; pero, cuando supo el motivo de la petición, se dulcificó. También él deseaba, tener noticias de su antiguo adversario de los fosos de Vincennes, por el que sentía una especie de amistad. Había visto a Roberto en la batalla, y le tenía por uno de sus mejores soldados. Pero Beauguignon no era el jefe y todo lo que podía prometer era cerrar los ojos. Papillón se marcharía sin permiso formal, bajo su responsabilidad, y si

en alto lugar se notaba su ausencia, sufriría, todo el rigor de la ordenanza. Papillón no vaciló, a pesar de que Polimnia quiso retenerle, sabiendo la gravedad de la, pena a que se exponía. Papillón partió y hasta se atrevió, por primera vez en su vida, a espolear a Calígula, que respondió a pares de coces a aquella falta de consideración. Pero el comediante sabía ya tenerse a caballo y llegó a Haarlem a rienda suelta.

Después de enterarse, de la dirección de Van den Bemol, se fue a su casa sin perder momento. Sintió una gran emoción ante aquellos muros risueños de los que acaso había volado el alma de su mejor amigo, entre los perfumes de aquellos tulipanes. Papillón preguntó por el flautista, que bajó en seguida. El comediante sintió que le latía de nuevo el corazón al interrogarle con una palabra, :

-¿Vivo?

-Ciertamente, y salvado.

-¿Puedo verle?

-Sí, pero el médico ha recomendado que se le evite toda emoción. No le hable usted de nada, que le interese demasiado.

Papillón pensó :

-¡Todavía tendré que, guardarle el secreto de que depende su felicidad!

Entró de puntillas y sin dejarse ver en el cuarto del herido, cuya imagen veía en un espejo. Roberto estaba muy desmejorado y era grande, su palidez, y, sin embargo, al visitante le chocó en seguida cierta expresión feliz que había en su semblante.

Lisbeth estaba a su lado y vio a Papillón en cuanto entró. La joven sintió al verle un estremecimiento involuntario, como si saliese bruscamente de un sueño feliz para caer en la triste realidad olvidada. Aquella impresión de espanto fue rápida en sus hermosos ojos, que pronto se tranquilizaron con blanda sonrisa, como un rayo de sol en una nube de tempestad. Se acercó a Roberto, después de haber reprimido los movimientos de su corazón, y le dijo muy bajo que iba a ver a un amigo quien quería mucho.

¡Extraño efecto de esta feliz noticia! también él pareció despertar de un sueño en el que hubiera querido seguir! sin embargo.

-¡Papillón! dijo con alegría un poco forzada.

Papillón, blanco como la nieve, se adelantó y abrió los brazos. Pero, temiendo hacer daño al herido, se contentó con envolverle en un abrazo imaginario, como en un anillo demasiado ancho, y aproximó solamente la cara a la suya.

-Ya sabe usted que no hay que, hablarle mucho -le dijo con dulzura la enfermera.

Pero Papillón estaba incapaz de decir palabra, tanta era su sorpresa y su alegría al encontrar vivo a su amigo.

La visita fue corta, como solamente las permitía el médico. Cuando Papillón volvió a encontrarse en la elegante escalera de oloroso pino que, por una espiral esculpida de flores, conducía al cuarto del enfermo, preguntó a Van den Bemol :

-¿Me jura usted que no hay ningún peligro?

-El médico nos lo ha asegurado, a condición de que siga siendo prudente - le respondió el flautista.

Papillón salió de Haarlem loco de felicidad, pensando que ahora se podría anunciar a Laura que aquel por quien tanto había llorado, estaba vivo.

Cuando llegó al campamento supo que el teniente Beau-guignon estaba arrestado. Habiéndose echado de ver la ausencia de Papillón, el teniente le había cubierto declarando que el húsar había salido por orden suya, para una misión personal. Papillón quería ir a declarar la verdad y tomar, al menos, su parte del castigo, pero Polimnia le hizo comprender que eso agravaría las cosas haciendo constar un convenio tácito entre el oficial y el soldado. Bealiguignon, por otra parte, tenía una hoja de servicios que le permitía no ser comprometido en su carrera por tan poco.

También Polimnia estaba entusiasmada con la buena noticia que le traía el mensajero. Mientras éste trataba de captarse de nuevo la benevolencia de Calígula frotándole «como a un príncipe,» según su expresión, que indicaba en él una extraña idea de la etiqueta de las cortes, la cantinera escribió unas líneas haciendo saber a Laura que Roberto de las Aubieres vivía, que era soldado y que seguía amándola.

Por un sentimiento muy delicado, Papillón prohibió absolutamente a Polimnia que hablase de él a la señorita Barigoule. No quería que el padre sorprendiese la carta y que esto causase a la joven nuevas contrariedades. Pero su probidad picaba más alto. No quería deber su unión con Angela más que a ella misma, a la constancia de su recuerdo y a la fide-

dad de su ternura. Midiendo la distancia que la fortuna había puesto entre los dos, no quería que la joven se sacrificase en modo alguno. Si, como se lo había jurado, se conservaba para él, rechazando todo otro proyecto de casamiento, sería el más dichoso de los hombres. Pero no debía pesar en la balanza de aquel querido destino.

La verdad era también que Papillón tenía una confianza absoluta, a pesar del rudo golpe que recibió con la respuesta de Laura a la carta de Polimnia, respuesta en la que rebosaba una alegría elocuente y pura, largo grito del alma, libertada de una horrible angustia. Después de hablar de Roberto y de su ternura hacia él con un abandono que nunca había tenido, Laura terminaba expresando sus temores por el presente. Angela Barigoule, su amiga, estaba desesperada. El procurador Pistache parecía más insolentemente seguro de sí mismo que nunca. Se decía además que la situación financiera del ciudadano Barlgoule no era tan sólida como se había creído hasta entonces. Había arrojado por la ventana mucho dinero sin que volviese a entrar por la puerta.

-Ojalá se arruine pronto -exclamó el egoísta y sublime Papillón.- Nada me separará entonces de Angela.

Pero su pensamiento tomó otro sesgo, y el comediante añadió :

-Es preciso, sin embargo, que estemos allí si ocurre algún cataclismo. ¿No va a acabar nunca esta maldita campaña?

Eurotas, que le oyó, hizo coro con él. ¿Qué se esperaba ya para llamar las tropas a Francia? No se, habían alistado

más que para la expedición de Holanda. Bonaparte y Massena acababan de aplastar los restos de la coalición. Era tiempo de que volviese a florecer la edad de oro después de aquella larga edad de hierro en que se consumía su viril juventud. Y seguía tomando así líricamente el sentido contrario de las impaciencias heroicas de Aquiles, retenido lejos de los combates en traje de mujer.

Ugolin era absolutamente de la misma opinión. Ardía en deseos de emprender el retrato de alguna linda parisiense, fuese o no dama de calidad. Pues el pintor no pedía a sus modelos más que un poco de belleza, y tenía mucha razón.

Mientras que en París, en el antiguo hotel de las Aubieres, y en el campamento, bajo las tiendas de los húsares, se agitaban estos pensamientos y se reanudaban entre los personajes de este verídico relato las relaciones interrumpidas a través del espacio y del tiempo, esas dos convenciones de los geómetras y de los relojeros, se iba afirmando en _Haarlem la convalecencia de Roberto, siempre velado por los delicados cuidados de Lisbeth.

Con el dulce orgullo del deber apasionadamente cumplido, la joven seguía uno por uno los progresos que corroboraban la curación del herido. ¡Qué alegría la primera vez que éste bajó lentamente de la cama para ir de su brazo al ancho sillón en que le esperaba un verdadero racimo de almohadas! Dos días después podía dar la vuelta al cuarto y detenerse delante de la ventana para mirar a lo lejos los árboles, que parecían empolvados de azúcar fina.

Por un sentimiento complejo, Lisbeth, al expresar el temor de que se cansase, interrumpió lo antes que pudo aquella contemplación, como en los nidos se alarman las madres al ver brotar las alas de sus hijuelos. Es que todo era frágil en el sueño de la joven, frágil y blanco como aquella nieve que desharía el sol de la mañana. ¿Estaba hecha toda aquella blancura para el traje de la desposada o para los largos pliegues del sudario en que su corazón sería sepultado para siempre? Ante ese misterio dulce y cruel, Lisbeth hubiera querido que aquel invierno y aquella convalecencia durasen eternamente en la prisión que los retenía el uno al lado del otro y que sostenía entre, ellos un acuerdo obscuro en su bienestar inconsciente.

Y los días pasaban detrás de los cristales en que se pintaban las mismas sombras de chubasco, entre la tibieza del hogar y el dulce aroma de las lisanas perfumadas, sin que sintiesen ni el uno ni el otro la impresión del tiempo ni del espacio.

Midámoslos o no, sin embargo, la eternidad se desarrolla como el infinito y no podemos prolongar ni un minuto la dicha llegada al término de su carrera como al fin fatal de un rollo de papel. El gran torrente nos arrebató, sin detenerse un solo instante, y rompiendo para nosotros, a cada inflexión de sus aguas, el encanto de las riberas desaparecidas y a las que vuelven solos nuestros recuerdos. Tampoco Roberto veía nada más allá de aquel horizonte de ternuras dulces y discretas en que se sentía envuelto y acariciado, sin comprender el fin que tenían en sí mismas. No hablaba nunca del campa-

mento ni de sus compañeros, pues había notado que ese asunto de conversación hacia pasar un velo de melancolía por la frente de Lisbeth. La verdad, que es preciso decir, era que él tampoco pensaba en eso casi nunca.

Le resultó, pues, como la caída de un rayo cuando recibió de Alkmaar la orden de reunirse con su regimiento en cuanto la herida se lo permitiera. Respondió que el médico pedía aún unos días, pero aquel fue el fin del encanto en que había vivido y el primer tizeretazo en la trama, más soñada que vivida, en que se había sentido tan deliciosamente envuelto.

A todo esto llegaban noticias malas para nuestros amigos. Una carta de Laura insistía en la gravedad creciente de la situación. La de Barigoule era decididamente crítica. Las dos jóvenes podían encontrarse envueltas en dolorosos azares. Y, en fin, Laura se moría por no haber visto aún a Roberto y los partes oficiales de París anunciaban como muy próximo el regreso de las tropas de Holanda. La coalición estaba vencida a los pies de Bonaparte.

Papillón debidamente autorizado esta vez, volvió a Haarlem para apresurar la vuelta de Roberto al campamento. No era cosa de marcharse abandonándole en el extranjero. Lisbeth palideció al ver al húsar y se alejó tristemente, pensando con razón que aquellos dos hombres tendrían que decirse cosas que, ella no debía oír, ahora que Roberto estaba bastante fuerte para escucharlo todo.

Papillón, con alegre exuberancia y ahogado por la volubilidad misma de sus palabras, hizo saber a Roberto que Lau-

ra estaba viva y encontrada. Al oír este nombre y esta noticia, Roberto se levantó llevándose las manos a la frente para asegurarse de que no era la nada lo que latía en su cráneo. En aquel ademán el pasado se volvió a apoderarse, de él por entero. Todo lo demás se desvaneció como un sueño.

-Estoy bastante fuerte para seguirte -dijo a Papillón.

En este momento Lisbeth, que, sin saber nada todavía, estaba angustiada por la instintiva adivinación de los que aman, entró con mentida sonrisa en los labios.

-Tengo que despedirme de usted, señorita le dijo Roberto con gravedad y extrañado por su palidez.

Lisbeth se quedó muda como si no le comprendiese. Pero llamó, y, probando bien que había comprendido, hizo reunir por los criados los efectos del herido. Van den Bemol acudió y se puso a gemir ruidosamente porque se iba a separar de aquel amigo a quien quería como a un hermano y al que, acaso no volvería a ver. El flautista tenía el enternecimiento fácil y lloró al decir a Roberto que no quería separarse de él y que lo seguiría a Francia, donde había necesidad de buenos flautistas...

Lisbeth seguía inmóvil, dando órdenes con voz tranquila, aunque un poco temblorosa. Nunca había estado más hermosa que en aquella despedida muda que hacía a la vida al mismo tiempo que a su sueño. Abandonó la mano a Roberto, que puso en ella los labios murmurando palabras de agradecimiento, pero no le acompañó ni un solo paso. Solamente cuando la puerta del cuarto se cerró al salir él, la joven dejó que su corazón le subiese, a los ojos y cayó de rodillas.

Al levantarse miró maquinalmente a su alrededor. Su mirada se detuvo en la ventana. Hacía un sol admirable que había fundido el bello paisaje de nieve, frágil como su esperanza, y cuyo peso le parecía que bajaba a su pecho oprimido.

Aquella misma noche invitó a su padre a hacer venir una tía suya que quería mucho a los niños, y le notificó su firme resolución de meterse en un convento. Unos años después, llevaron su luto en la familia sin haberla vuelto a ver más.

El trayecto de Haarlem al campamento se hizo con la lentitud necesaria al estado del herido y que estuvo para hacer morir a Polimnia de impaciencia. Roberto anduvo sin decir palabra. Sus compañeros atribuían su silencio al cansancio y a la impresión del aire libre que no había respirado hacía mucho tiempo; pero la razón estaba en otra parte, en el curso tumultuoso de los pensamientos que le agitaban. Aquella ternura de hermana de la caridad murmurando oraciones a su cabecera volvía a su mente como el eco lejano de una música.

La vida se abría ahora delante de él, ancha como un río, acaso como un abismo al que la llamaba el despótico y eterno amor. Iba a volver a entrar en la lucha para reconquistar a la que le había hecho eternamente suyo y sentía una alegría profunda y casi feroz. ¡No tenía ya nada, que desear en el mundo. Sin embargo, en aquel torrente de entusiasmos y de acciones de gracias, había un poco de melancolía. Sobre aquella gran claridad que le rodeaba, flotaba una sombra, la de las cortinas blancas que entreabría la linda cabeza rubia de Lisbeth para sonreírle en su lecho de dolor.

Sabía que Laura estaba viva y salvada, pero había momentos en que le mortificaba la angustia de que ya no le amase. Todo lo que le habían dicho de la fragilidad del corazón de las mujeres, acudía, cruel, a su cerebro. Después, rechazaba esos malos pensamientos como blasfemias, y se exaltaba con la dicha que le iba a ser devuelta pero siempre mudo y encerrado en sus ensueños surcados, como un cielo tempestuoso, de tantos relámpagos y mojado de tantas lágrimas.

Polimnia le esperaba en el límite de las tiendas y le abrazó en medio de la alegría general. Como por un azar del servicio, el teniente Beauguignon se encontraba allí para felicitar al húsar Aubieres por su hermosa conducta y por su curación. Se habían pedido para él nuevos, galones.

-Y bien....-dijo Polimnia a Roberto cuando estuvieron solos, pues Papillón y Eurotas se habían retirado para dejarlos hablar.

-Tan dichoso soy -respondió Roberto,- que creo que estoy soñando. Pero usted que sabe todo lo que ella piensa, tranquilíceme con una palabra. ¿ Me ama todavía?

-Nunca ha dejado de amar a usted -respondió Polimnia- Tome usted, si quiere, la prueba.

Y sacó de un cofrecillo un paquete de cartas atado con una cinta de color rosa muy ajada. Eran las que en otro tiempo había escrito Erato en el taller Migoulette, cuando dejaba escaparse su alma en aquellas líneas que el ausente no debía leer jamás

-Lea usted -dijo Polimnia a Roberto;- todo esto está lleno de usted y hecho para usted.

Con mano temblorosa de emoción, Roberto abrió uno de los pliegos doblados, del que salía como un perfume de relicario y como un penetrante olor de flor marchita. Su nombre estaba en la primera línea. La primera frase era un recuerdo de su infancia, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Oprimió contra el pecho el precioso paquete y se retiró para gozar solo de aquella alegría misteriosa y sagrada, para leer y releer, remontando como una corriente todas aquellas alegrías del pasado con esos pliegos blancos por velas.

Y cuando sonó el toque de silencio, Roberto, infringiendo por primera vez la disciplina, ocultó una luz en la cabecera de su cama y siguió leyendo y releendo, mientras la grande y silenciosa quietud de la noche hacía mas distinta a su oído la voz que le hablaba de tan lejos y no le dejaba perder ninguno de los latidos de aquel corazón que le había permanecido tan noblemente fiel.

Al día siguiente, al sonar la diaria, Papillón se quedó admirado y dichoso al ver la alegría que respiraban las facciones de Roberto. Este, que tenía el pudor de su felicidad, no le habló de las cartas. El recuerdo agradecido de la pobre Lisbeth no era ya más que una de esas brumas ligeras que parecen consumirse con la roja hoguera del sol del amor.

Una carta de París, que llegó aquella misma mañana, causó nuevas perturbaciones en la calma producida después de las angustias pasadas. Después de expresar la inmensa alegría que había sentido al saber que Roberto estaba salvado y próximo á volver, Laura manifestaba grande inquietud por el presente. Había sabido la razón de la falsa resignación de

Angela al matrimonio que le daba horror. No había que hacerse ilusiones; el vanidoso Barigoule estaba, no sólo arruinado, sino a dos pasos de un irremediable deshonor. No era, solamente su fortuna personal lo que había perdido en la fiebre de las especulaciones, y pesaban grandes responsabilidades sobre su conciencia y sobre su consideración. Necesitaba cierta complicidad de la magistratura, para no ser llevado a los tribunales.

Este poco honrado apoyo era lo que él esperaba encontrar en una alianza con el procurador Pistache, el cual sabía, por otra parte, lo que hacía, afectando un desinterés que no se desanimaba por el cambio radical de la situación financiera de su fortuna. Una, vez evitados los tribunales, había mucho que pescar en el agua revuelta de aquella fortuna comprometida. Era solamente una cuestión de tiempo. Cuando los acreedores se convencieran de que no había nada y se resignasen a su pérdida, se recogerían las migajas olvidadas en aquel festín de pródigo y habría todavía, con qué, rehacer la mesa del mal rico y alimentarse en ella muy cómodamente.

Mientras tanto, reinaba entre los engañados una gran animación contra Barigoule, que no podía ya salir sin ser insultado. Era aquello un concierto de injurias y de maldiciones, alrededor de las tapias del parque, llenas de amenazas y de letreros insolentes. La pobre Angela estaba desesperada y dispuesta a todos los sacrificios para arrancar a su padre de aquel oprobio por medio de una unión que inspirase un respetuoso terror.

Cuando Polimnia, con las precauciones posibles, comunicó estos lamentables detalles a Papillón, éste montó en una terrible cólera y quiso correr a París para aplastar a Pistache y hacer todas las locuras del mundo. Roberto estaba más tranquilo, pero acaso más profundamente desolado. Hagamos lo que queramos, la profundidad de nuestros sentimientos se mide, siempre por la de nuestra alma. En Roberto rugía una indignación espantosa contra el destino.

El azar no había conducido a Laura a la casa robada a sus antepasados más para que sufriese en ella nuevas afrentas. Era preciso que compartiese la vergüenza con el pan de los que le habían despojado. Pesaban hoy aún sobre ciertas familias fatalidades como en otro tiempo sobre los Atrides; un encarnizamiento de la suerte contra el nombre y contra la sangre, dos cosas inertes e inconscientes que no pueden defenderse...

Por un camino diferente de la mente y de las emociones, Roberto llegó a la misma conclusión desesperada que Papillón. Había que volar sin demora al socorro de las dos jóvenes y arrancarlas por la fuerza, si era, necesario, de todos aquellos peligros y de todo aquel fango. También él estaba dispuesto a arriesgar su vida y su honor de soldado para llegar antes a su socorro.

Los dos amigos se comprendieron con la mirada y se estrecharon las manos.

-Nos volveremos a encontrar en el jardín de Aubieres -dijo Papillón en voz baja.

-Unidos para la vida y la muerte, -le respondió Roberto en el mismo tono.

Cambiaron aún algunas palabras; la noche no los encontraría ya en el campamento.

Pero, de repente, corrió un rumor inesperado. Las noticias de París anunciaban la paz firmada y la vuelta de las tropas de Holanda. Los regimientos, reducidos a su efectivo de marcha, irían a la frontera por un itinerario fijado por el ministerio de la Guerra. Los alistados solamente para la campaña estaban libres aunque tenían derecho a ser repatriados, como sus compañeros, a costa del Estado.

-Y bien, camaradas, ¿qué van ustedes a hacer? -preguntó Beauguignon a Papillón y a Roberto, locos de alegría.

-Nos vamos ahora mismo -exclamó Roberto.

-¿A pie? -preguntó el teniente.

Los dos amigos se miraron. En efecto estaban sin dinero e iban a encontrarse sin caballos.

-Llegaremos antes que ustedes -continuó Beauguignon, pues los húsares forman parte de la vanguardia y se nos manda volver a grandes jornadas como si se tuviera todavía necesidad de nosotros. No nos dejen ustedes, y volveremos juntos a París. Saben ustedes, por otra parte, que ya no soy su oficial sino simplemente su amigo.

Y con un ademán franco, cordial y muy militar, Beauguignon los ofreció las dos manos, que ellos estrecharon con orgullo.

Fueron a beber juntos a la cantina, y Eurotas convenció a Polimnia de que dejase el servicio para ir a apuntar su dra-

ma en el Teatro Feydeau o en otro. Por otra parte, la apetitosa cantinera era solicitada por Ugolin, voluntario también, para servirle de modelo en una bacante que estaba proyectando. Las libaciones desataron las lenguas, y Papillón, que hubiera podido llamarse a sí mismo «el tambor de los secretos,» entró con Beauguignon en la vía de las confidencias y, a pesar de los esfuerzos de Roberto, le puso al corriente de su situación amorosa.

-¡Dos señoritas que robar! eso es cosa mía, -exclamó el teniente.- Soy de los vuestros, amigos, y, conmigo, una docena de mis mejores húsares.

Y añadió con una fatuidad llena de animación :

-Hay que hacer saber a las lindas damas de París que los húsares están de vuelta en sus muros. Parece que, el Gobierno quiere mejorar las costumbres. Le daremos una buena lección y le enseñaremos a ocuparse de sus asuntos. Al amanecer del día siguiente al de nuestra llegada, las blancas tortolillas estarán en nuestras manos.

Roberto de las Aubieres estaba profundamente ofendido al pensar que Laura era objeto de aquella profesión de fe soldadesca, y, para hacer callar a Beauguignon, le rogó que guardase el secreto de la ayuda que les había prometido. Aquella misma tarde se pusieron en marcha para llegar en la primera etapa a Haarlem.

En la habitación tapizada de flores claras en que velaba una lámpara, Lisbeth, medio desnuda y con el hermoso cabello suelto por los hombros, sufrió un sobresalto doloroso al oír acercarse las trompetas francesas y alejarse después lle-

vándose con ellas todo lo que le quedaba de esperanza y de corazón. Cuando se estableció el silencio se arrodilló y el alba la encontró con los ojos llenos de lágrimas y los labios de oraciones. En el convento, al menos, la vida, le evitaría aquellos momentos de cruel despertar.

Como nuestras victorias nos habían valido una respetuosa y prudente admiración del mundo entero, los soldados no atravesaban más que países verdaderamente amigos.

Eurotas saludó con un himno el regreso a la patria al llegar a las Ardenes. Se respiraba a plenos pulmones en aquel magnífico paisaje, en el que el alma de los abuelos subía en la atmósfera con la savia de los nuevos retoños. Roberto, dos veces proscrito, saboreó como ninguno aquellas patrióticas impresiones del niño que vuelve a ver a su madre y pisa un suelo en el que quisiera poner los labios. En aquella hermosa Francia que le volvía a abrir los brazos, había para él dos patrias a la vez ; aquella en que había dejado la cuna y la otra en que le esperaba el amor ; todos sus recuerdos juntos con todas sus esperanzas.

Con un sentimiento más exuberante, menos recogido y más burgués, Papillón pasaba por impresiones parecidas y no las encerraba tan completamente en él. Pero al mismo tiempo que en Angela, a quien iba a libertar como un caballero andante, pensaba con enternecimiento en el viejo Papillón, que debía encorvarse más en su mesa Para pulimentar con mano más temblorosa los lentes de sus eternos anteojos.

Después de media jornada de sol, que refrescó de repente la proximidad de los lindos jardines de los alrededores

parisienses, llegaron, a eso de las tres, a las puertas de París. Una orden del Ministerio de la Guerra indicó a los húsares su cuartel. Papillón y Eurotas se apearon de sus caballos para no volverlos a montar. Papillón, que había acabado por tomar cariño al feroz Calígula, le abrazó varias veces al despedirse de él. Dieron cita a Beauguignon para la mañana siguiente, al amanecer, en la isla de San Luis, cerca del hotel de Aubieres. Eurotas y Ugolín formarían parte de la expedición, con lo que serían cinco bien resueltos y Beauguignon podría ir solo, sin correr el riesgo de hacer castigar a algunos de sus soldados.

Papillón corrió ante todo a abrazar a su padre. -El viejo, que no estaba ya muy sensible pues la edad y el pulimento diario de los anteojos no son para facilitar el enternecimiento, no tuvo más que esto que decirle, :

- ¿Te acuerdas de nuestro amigo Barigoule ? pues ha resultado un canalla.

-¿,Está ya preso? -preguntó con ansiedad Papillón.

-Todavía no -dijo el óptico,- pero se cree que le prenderán mañana. El muy ladrón se, las echaba de orgulloso con sus antiguos amigos. ¡A la cárcel, tunante!

Y con una expresión de indecible crueldad en sus ojos grises, Papillón padre se puso a aplastar más furiosamente el fino polvo en el cristal.

-Adiós padre- dijo Papillón.

Pero el bueno del hombre no se molestó en contestarle y siguió frotando y gruñendo:

-¡ Canalla! ¡Ladrón! ¡Pillo!

A pesar del rodeo que había dado, Papillón, que tenía buenas piernas, llegó a la isla casi al mismo tiempo que sus amigos. Era verdad que Eurotas los había detenido en el camino haciéndoles contemplar un espectáculo verdaderamente inesperado y que por poco le hace, desmayarse de alegría. En un cartel que llevaba como encabezamiento estas palabras :

TEATRO FEYDEAU

DIRECCIÓN SEGARET

se leían en grandes caracteres estas líneas fulminantes como un delicioso *Mane, Thecel, Phares:*

Muy en breve, primera representación de

DEIDAMIA, Reina de las Amazonas

Nadie había podido tener la audacia de robarle una obra que él había, contado por todas partes y que se había representado con éxito en Holanda. Era pues la suya la que se iba a representar, y estaba sin duda en el ensayo. Quiso echar a correr al teatro, pero estaría cerrado a las cinco de la mañana. Cuando loco de alegría, anunció a Papillón el acontecimien-

to, éste, a pesar de su dolor, sintió despertarse al comediante ante una monstruosa hipótesis

-Y bien -dijo con voz temblorosa de indignación.- No soy yo quien representa el papel de Nicéforo..

Y con gran vehemencia, recordó a Eurotas sus juramentos.

El poeta, que era como todos, magnánimo, le tranquilizó y le dijo que suspendería los ensayos hasta que Papillón hubiera recobrado una creación en la que, nadie podría igualarle. Pero Papillón seguía echando pestes contra la, perfidia de los directores. Habían elegido el momento de su presencia en el ejército para hacerlo aquella infamia.

- ¡Silencio! -dijo Roberto muy pálido.

Llegaban al hotel de Aubieres y vieron que, alrededor, había mucha gente que profería palabras de burla, ensuciaba el aire con palabrotas y daba patadas a la puerta. Como si hubieran tenido que sostener un asedio, todas las ventanas estaban herméticamente cerradas. Parecía, una casa vacía o habitada por la muerte. Los hermosos árboles que sobresalían de las tapias habían sido destrozados. Una morada en la que se hubiera cometido un crimen, no tendría un aspecto de más completa desolación.

Y en aquella atmósfera de maldiciones, manchadas en su pureza de armiño por aquella vergüenza, era donde respiraban Angela y Laura, donde sufrían, donde lloraban sin duda. Aquellas dos azucenas inmaculadas presentaban en vano a la piedad del Cielo sus cálices empapados en lágrimas y su eter-

no horror de toda mancha. Una impaciencia dolorosa abrió los puños cerrados de Papillón y Roberto.

No esperarían hasta la mañana siguiente. Se agarrarían a aquellas verjas; romperían las persianas cerradas; caerían a los pies de las perseguidas y les pedirían perdón para salvarlas. A Eurotas y a Ugolín, les costó gran trabajo el contenerlos, demostrándoles que no podían lograr su empeño a una hora en que la casa estaba llena de gente, y que una empresa, fracasada no se podía volver a empezar.

-¡Vámonos entonces! -dijo Roberto.- Me siento morir aquí.

Encontraron un asilo en el antiguo hotel de Papillón, pero la noche fue cruel y larga, a pesar de que en aquella estación no se hace, esperar el alba. Papillón se durmió de cansancio después de su gran emoción; Eurotas y Ugolín durmieron a pierna suelta, pero Roberto, cuyos párpados no se habían cerrado un solo instante vio subir del horizonte, como la espuma de una ola blanca y flotante, ante la cual parecían huir las estrellas. Era la aurora que, invisible todavía, creaba aquel torrente de claridad al peinar el oro de su cabellera, como no hubiera dejado de decir Eurotas.

Roberto despertó a sus amigos y se pusieron en camino en un París fantástico que flotaba en una niebla rayada de grandes sombras azules. Beauguignon, que presentaba una altiva silueta, en las brumas del río los esperaba acompañado de dos húsares para los que había conseguido permiso para la noche.

XVIII

Era la mañana del 30 floreal, un año, día por día, después del comienzo de este relato. La misma decoración también. Parecía que la, Naturaleza, que obedece a ritmos desconocidos, se había acordado de aquella fecha para ponerse enteramente igual en los mismos lugares.

El alba había apuntado como en el año último desparamando primero una pelusa de cisne en el Sena dormido y expansionándose después en rosas pálidas, pronto atravesadas por los primeros rayos del sol, todavía debajo del horizonte. Pero bajo aquella, caricia de la blanca luz, París no se había despertado.

Todo era recogimiento en el jardín de Aubieres, al que llegaban en fiesta las bellas claridades del Oriente tamizadas por las espesas frondosidades y pintando en la arena de las calles y en el musgo mojado de rocío pequeñas lentejuelas de oro, vibrantes como alas de mariposa.

¡Qué embustera es la calma, de las cosas! ¡Bajo qué tranquila máscara se agitan nuestras agonías! De repente se, abrió la puerta del hotel que daba a la escalinata del jardín y bajó

por ella un hombre que no iba seguramente a saborear las apacibles dulzuras de la aurora, como hacen los poetas, y los lagartos en las grietas de las tapias. La alteración terrible de su cara denotaba el estado tumultuoso de su alma. Llevaba en la mano una cuerda y sus dedos la apretaban convulsivamente. ¿Quién hubiera conocido al arrogante Barigoule, en aquel fúnebre y funicular compañero?

Era él sin embargo, arruinado, insultado y sin otro recurso más que la muerte. El mismo procurador Pistache, viéndolo perdido todo, se había vuelto generosamente contra él y le había amenazado el día antes con hacerle prender, amenaza seria, pues el prudente Pistache había destruido previamente, con el pretexto de ayudar a su futuro suegro a arreglar sus papeles, todos los que podían comprometerle personalmente.

Después de una noche terrible, el antiguo chanchullero había tomado el único partido que podía poner, al menos, el respeto de la muerte entre el deshonor y su memoria.

Se dirigió lentamente hacia un tilo que tenía una rama horizontal y sólida al alcance de su mano, echó la cuerda por encima con un estremecimiento epiléptico en los dedos, hizo un nudo en uno de los extremos, dobló el otro en lazada y, delante de aquella horca improvisada, empezó a reflexionar, un poco tarde, sobre las tonterías de la vida que iba a dejar. En sus ojos hinchados por el insomnio se encendió como el fuego desesperado que queda debajo de las cenizas cuando se apaga el último tizón. Y aquella llama siniestra iluminó en su pupila, las visiones de todos los goces disfrutados, de todas las fortunas disipadas, de todas las ruinas acumuladas en

su camino. Ningún remordimiento detrás de aquellos fantasmas; sólo el horrible y egoísta dolor de ser confundido en el supremo desastre. En la jaula, cuyas barras eran ya para él desgarrones y mordeduras, aquella alma sórdida se agitaba sin un impulso hacia el Cielo que perdona o hacia el arrepentimiento que absuelve. Y era verdaderamente horrible y repugnante el espectáculo de aquella bestia forzada por el destino y que no encontraba en ella, nada humano para refugiarse en el ideal.

No era en Angela, que iba a llorarle dentro de un momento, sino en sí mismo, en quien pensaba, aquel miserable, indigno de ser llorado.

Estaba casi cómicamente feroz en el desarreglo matinal del que rebosaba su gordura de glotón, pues no era de aquellos de quienes ha dicho Víctor Hugo, hablando de Agripina, que tienen el vientre trágico. Los mirlos, que tienen obligación de penetrar el fondo de nuestros pensamientos y que son naturalmente burlones, hacían, sin duda, sonar sus picos amarillos en lo alto de las ramas -que es su manera de reir,- viendo gesticular a aquel tipo y levantar hacia el cielo unos brazos regordetes como morcillas.

Al fin, como la bola que la suerte impulsa ante, la vista de los jugadores hacia el rojo o hacia el negro, el hombre fue a detenerse al pie del tilo de que había partido. Por última vez, Barigoule tomó por testigo de su desdicha a un nido de grajos que estaba justamente encima de su cabeza, sin que él lo viera, y después, como quien se apresura para no cambiar de opinión, se pasó el nudo corredizo alrededor del cuello y,

con mucha menor animación, empezó a encoger las piernas hacia el trasero para levantarlas del suelo, mientras su cara se ponía morada por adelantado como la sotana de un obispo y aparecía ya entre sus labios una cereza, que era la punta de la lengua.

En aquel mismo momento apareció una cabeza sobre la tapia de la derecha y salió de ella un grito. Otra cabeza se asomó inmediatamente por la tapia de la izquierda. Roberto Y Papillón estaban entrando en el hotel de Aubires por el mismo camino de hacía un año. Entre ellos, y por encima de la verja cubierta de hiedra, aparecieron al mismo tiempo las caras de Beauguignon, de Eurotas y de Ugolin. Un segundo después, rompiendo ramas y haciendo crujir la arena bajo sus pasos, hablan saltado al jardín cinco hombres y se habían precipitado hacia Barigoule, que empezaba a columpiarse en el extremo de su cuerda como las pesadas campanas de Pascua cuando echan al aire sus sonoros volteos. Cortada, bruscamente la cuerda, el ahorcado cayó sobre las rodillas, ya tiesas por ese comienzo de muerte que se llama el terror. Beauguignon, que estaba por los remedios heroicos, quería administrarle unos cuantos latigazos para restablecer la circulación ; pero no bien lo había dicho cuando Barigoule abrió los ojos espantados e hizo entrar prudentemente la lengua en la boca, mientras renacían en su cara las amapolas de la vida.

-¡Padre mío!

Angela, despertada por el ruido y enloquecida por aquel espectáculo que vio por la ventana, acudió lanzando aquel grito. Después de ella venía Laura toda despeinada.

Y ambas rodearon al falso cadáver con sus brazos, mientras Roberto y Papillón, más tranquilos, las contemplaban con éxtasis en los ojos.

En este momento sonó un golpe violento en la puerta.

-¡Abrid, en nombre de la ley!

Era el procurador Pistache, que iba a presidir él mismo la detención de Barigoule. Pero fue recibido por Beauguignon, Eurotas y Ugolin, que le hicieron pasar un miedo horrible. Beauguignon le hizo arrodillarse con mano vigorosa y le arrancó con la otra la orden de prisión.

-Si no juras arreglar este negocio, eres muerto -aulló el teniente.

El procurador Pistache, que amaba la vida y había leído en los ojos resueltos de Beauguignon que la sentencia era implacable, juró y tomó muy en serio su juramento.

Roberto y Papillón seguían en éxtasis al lado de Laura y de Angela, que se ocupaban de Barigoule, ya más tranquilo. Después se arrodillaron y dos manos se abandonaron a sus besos respetuosos, mientras dulces lágrimas corrían de los ojos.

.....

...

Hace mucho tiempo que se habría acabado el mundo si la Casualidad, detrás de la cual se oculta el capricho de un Dios al que tenemos el deber de creer bueno, no quisiese reparar, a veces con usura, todo el mal que ha hecho. De este modo las cosas, desarregladas un instante, vuelven a su sitio y se realizan los destinos en su desenvolvimiento lógico. Estaba escrito que, después de tantas desdichas, Roberto de las Aubieres se casaría con Laura de Freneuse, y así sucedió. La cosa fue más fácil porque el Marqués de las Aubieres, que había prescindido de su intolerancia política, fue uno de los primeros emigrados a quienes el cónsul Bonaparte devolvió sus bienes y el derecho de entrar en Francia. Es verdad que este último favor le aprovechó poco, pues la muerte le sorprendió en el camino, del otro lado de la frontera. Pero Roberto pudo heredarle normalmente y tomar posesión del hotel, donde se celebró el casamiento, y en el que el humilde Barigoule pidió la gracia de permanecer como intendente, lo que le fue concedido.

Era igualmente de absoluta necesidad que Remigio Pappillon fuese marido de Angela Barigoule, y así fue, no sin haber llevado una concienzuda silba en el Teatro Feydeau, del que volvió en la misma noche de su boda acribillado de patatazos. ¿Pero qué lo importaba ya? Era dichoso. Siempre un poco vago por naturaleza, se hizo uno de los más célebres rebuscadores de libros viejos del muelle, y, si variaba sus placeres, era para ir a sentarse en los merenderos donde los saltimbanquis enseñaban perros sabios.

Parece que el matrimonio de Polimnia con el teniente Beauguignon podía faltar sin que se turbase el orden del Universo. Esa boda estaba, sin embargo, resuelta en principio, pero tres días antes de celebrarse, sonaron las trompetas para una nueva campaña. Beauguignon no tenía más que una palabra, la que dijo a Papillón cuando se negó a batirse con él. «Cuando la patria llama, a sus hijos, el soldado no tiene más que un deber, y no puede privar a Francia de un defensor.» Así habló a Polimnia, expresando su pena por no poder complacerla en su deseo.

Pero tampoco estaba en los imperiosos decretos de la Providencia que Polimnia permaneciese soltera, pues esta joven no tenía, en cuanto a tal vocación, más que una semejanza muy lejana con Santa Catalina. Un día, Eurotas le pidió su mano, diciéndole amablemente

-Es usted la única a quien no hice la corte en el taller de la calle de Saint-Honoré. Debo a usted una reparación.

Polimnia sonrió y aceptó como buena muchacha.

Todas aquellas buenas personas estarían olvidadas, ahora que son felices, si Ugolin no hubiere hecho sus retratos, que han venido a mi poder por una lejana herencia de familia y que me han permitido reconstituir la verídica historia en cuyo fin estamos.